

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

CARLOS MALATO

LEÓN MARTÍN

LA MISERIA, SUS CAUSAS, SUS REMEDIOS

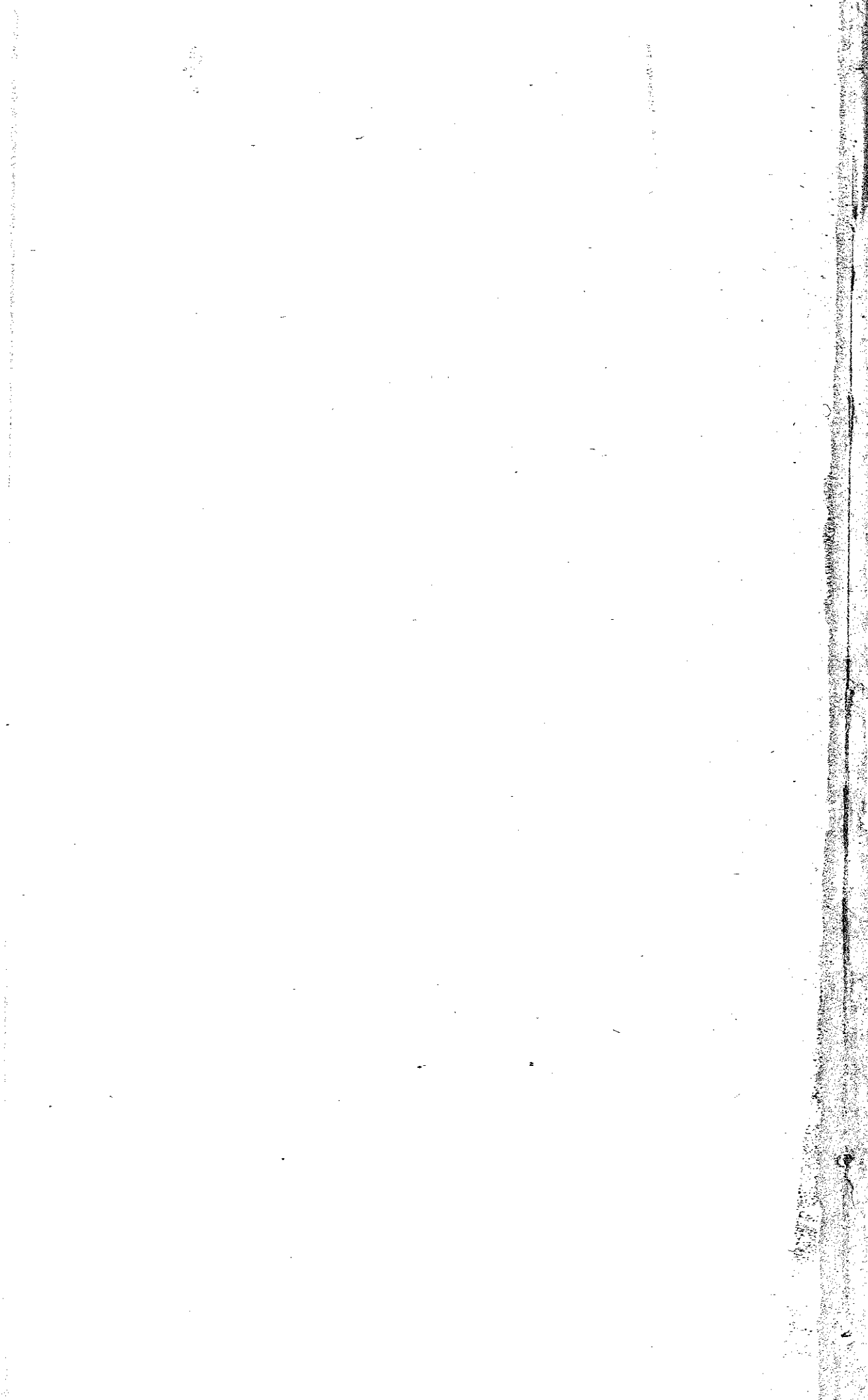
LECTURA POPULAR



BARCELONA

Calle de Bailén, núm. 58

1905



LEÓN MARTÍN



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

CARLOS MALATO

LEÓN MARTÍN

6

LA MISERIA, SUS CAUSAS, SUS REMEDIOS

LECTURA POPULAR



BARCELONA

CALLE DE BAILÉN, NÚM. 56

1905

—
ES PROPIEDAD
—

CAPÍTULO PRIMERO

La familia Martín, el tendero Monpoignon y el conde de Godsilver

León Martín, cuya historia emprendemos, no era un príncipe ni un rico; pertenecía á la clase inmensa de los que se denominan los pobres, á quienes no corresponde otra misión que trabajar con todas sus fuerzas, viviendo malísimamente, para mantener en la abundancia otros individuos que no trabajan.

Esos pobres son los que, en fábricas como presidios, trabajan desde la mañana á la noche, sustraídos al sol y al aire libre, condenados á carecer hasta de lo necesario para que su patrón se refocile en los grandes restaurants, vaya al teatro, compre ricos trajes y perifollos á su mujer y á su hija, viaje por puro placer; en una palabra, goce á sus anchas de la vida.

Ellos son los que en la profundidad de las minas están expuestos siempre á todos los accidentes: desprendimientos, explosiones de grisú (1), asfixia. Los

(1) Gas que, en las minas de ulla, se desprende á través de las fisuras y, mezclándose con el aire, forma un explosivo muy inflamable. Las explosiones de grisú causan aún, á pesar de todas las precauciones tomadas tales como las lámparas de seguridad, terribles catástrofes.

ferrocarriles, los barcos, que efectúan las comunicaciones entre los pueblos, circulan merced al prodigioso trabajo de los mineros, que son mal pagados y enriquecen á ociosos accionistas.

Ellos son quienes en los campos, en todas las estaciones, bajo la lluvia, el viento, el granizo y la nieve, inclinados sobre la tierra, se agotan sacando la subsistencia de los seres humanos y también las primicias deliciosas reservadas á la mesa de los ricos, mientras se alimentan escasamente de pan negro y de sopa de verduras.

Ellos son los pescadores que arriesgan su vida en el Oceano y cuya muerte deja viudas y huérfanos en la miseria.

Ellos son, en fin, los que ni aun encuentran el medio de hacerse explotar, de vender sus brazos ó su inteligencia á los ricos, que, por la fuerza ó la astucia, han monopolizado la tierra, las minas, los talleres; como consecuencia, véseles hambrientos, haraposes, sin albergue, recorrer las calles de las grandes ciudades ó vagar desesperados por los campos.

Eso repugna al buen sentido, ¿verdad? Quizá os parezca extraordinario; pero yo os aseguro que hay países en que las cosas pasan de ese modo, y tal vez conoceréis alguno de ellos.

Volvamos á León: era hijo de un pobre jornalero que ganaba dos pesetas diarias, trabajando desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde en las tierras del conde de Godsilver. Su madre, María, ganaba dos ó tres reales haciendo cestas ó lavando

ropa de los vecinos. En resumen; á pesar de todos los esfuerzos, aquel infeliz matrimonio apenas podía vivir con su hijo.

Este no tenía más que ocho años al principiar nuestra historia, pero su inteligencia era despejada. Frecuentemente preguntaba el porqué de las cosas, y no se contentaba con respuestas estúpidas que nada dicen, como: «qué te importa eso», «no tienes necesidad de saberlo», ó «ha de creerse porque así nos lo han enseñado.» León, aunque niño, trataba de pensar por sí mismo y, á fuerza de razonar sobre todo, se hacía cada vez más inteligente, porque el cerebro, donde se forma el pensamiento, es un órgano que se perfecciona por el ejercicio ó se enmohece por la inactividad.

Bardabas, tal es el nombre del pueblo en que vivía la familia Martín, contaba unos trescientos cincuenta vecinos, dedicados unos á cultivar la tierra, otros á diversos oficios, como cesteros, caldereros, carpinteros, albañiles, etc. Todos eran pobres.

Sin embargo, al lado de éstos, de tal modo dominados por la miseria que ni tenían ánimo ni suficiente inteligencia para preguntarse si ese destino era justo y si podrían crearse una vida diferente, sólo dos hombres eran dichosos.

Esos privilegiados eran el tendero Monpoignon y el conde de Godsilver.

Monpoignon, hombre corpulento y de unos cuarenta años, de rostro sanguíneo y risueño, llegó á Bardabas, joven aún, tirando de un carrito lleno de mercancías diversas compradas en la ciudad, mitad

al contado, mitad á crédito. Revendió todo al triple de su valor, y, repitiendo los viajes, acabó por hallarse en posesión de regular cantidad de dinero. Decíase que había abusado del crédito, olvidando pagar á alguno de sus proveedores hasta haber llegado á ser bastante rico para hacerlo sin molestia. El hecho podía ser ó no cierto, pero sí verosímil, porque Monpoignon juzgaba que únicamente los imbéciles tienen escrúpulos.

Comprar barato y vender caro, aprovecharse de la desgracia ó de la ignorancia ajenas, engañar sobre la cantidad y la calidad de la mercancía, faltar á su palabra y mostrarse feroz respecto de los desgraciados que no pueden pagar, eso es saber comerciar, y por eso abundan los tunantes que, como Monpoignon, se enriquecen. La ley les protege contra la cólera de sus víctimas, y son saludados respetuosamente por el agente de policía que detiene al desgraciado sin domicilio ó al hambriento que echa mano á un pan en la tahona.

Eso es lo que los pícaros y los rutinarios llaman el *orden social*.

El almacén de Monpoignon indicaba la riqueza de su propietario. Era grande, estaba pintado de rojo y ostentaba una muestra grande con letras doradas; los escaparates y la anaquelera estaban atestados de géneros de clases muy variadas, y el mostrador era de cinc brillante como la plata.

Porque Monpoignon vendía también bebidas, y aun hay que consignar que ese artículo era el más lucrativo. Con pasas, campeche y fuschina fabrica-

ba un vino que le costaba muy poco y causaba enfermedades á los consumidores; con agua, pimienta y diversos productos químicos, aumentaba el surtido de sus bebidas alcohólicas. Muchos habitantes de Bardabas, para olvidar su miseria, contrajeron el vicio de consumir en gran cantidad aquellos líquidos abominables, y lograban, en efecto, olvidar su triste suerte, porque se incapacitaban para pensar; no pocos murieron locos furiosos, y otros se embriecieron hasta el punto de no pensar más que en beber. Como consecuencia, Monpoignon se enriquecía por momentos.

La familia Martín sólo bebía agua; por eso era odiada por el tendero.

A veces el tío Martín decía:

—Más vale beber agua que envenenarse con esas drogas. ¡Y pensar que la comarca produce buen vino, y que, ni aun trabajando como lo hacemos, podemos beberlo, es triste!

El conde de Godsilver era mucho más rico que Monpoignon, y ni había de tomarse la molestia de vigilar la venta de mercancías. Su abuelo, que se llamaba Godsilver á secas, se enriqueció vendiendo como esclavos negros africanos á los plantadores de Cuba y del Brasil; al morir dejó sus riquezas á su hijo Félix, y éste, no pudiendo dedicarse á la venta de negros, porque ese comercio había sido prohibido, abrió una fábrica, para que en ella trabajasen los obreros doce horas diarias por un ínfimo jornal. Para ellos era eso una forma de esclavitud, pero ésta, no sólo no era prohibida, sino que se conside-

raba justa y el gobierno la protegía. Los obreros, por su parte, hubieran preferido vivir libres y trabajar á su gusto, pero como sus padres no habían vendido negros, eran pobres, y para no morir de hambre se veían obligados á venderse ellos mismos á un patrón.

De ese modo Félix Godsilver aumentó considerablemente la fortuna heredada de su padre, y se sirvió de ella para abrir nuevas fábricas en las cuales hizo trabajar mujeres y niños, cuyo jornal redujo mucho más, porque, según él, las mujeres y los niños no necesitan comer tanto como los hombres. El resultado fué que se hizo millonario; es decir, llegó á poseer él solo sin trabajar mucho más dinero que lo que pagaba á todos los obreros y todas las obreras reunidos que morían de fatiga á su servicio. Entonces pudo satisfacer todos sus gustos y todos sus caprichos mientras sus esclavos yacían en la miseria.

Llegado á tal estado, quiso hacerse respetar, y al efecto compró al papa el título de conde romano. El papa, como todo el mundo sabe, es un hombre muy rico, que vive en Roma y tiene á sus órdenes y diseminado por todo el mundo una colección de negociantes que venden á buen precio vales de felicidad ultraterrena. En tiempos pasados los papas eran más poderosos que en la actualidad, porque podían impunemente quemar vivos los hombres que no se sometían á su autoridad. En el día, se es algo menos tonto y no pueden cometer tantos crímenes aunque cometen muchos aún. Uno de sus comercios más extraños es la venta de títulos de nobleza.

Un título de nobleza es un papel que declara que en lugar de llamarse uno sencillamente señor Fulano ha de ser llamado el ser barón, el señor conde, el señor marqués, el príncipe Mengano. Esos papeles cuestan muy caros, aunque sólo tengan importancia para los imbéciles.

Félix Godsilver compró, pues, al papa, que es tan buen comerciante como Monpoignon, un papel que le declaraba conde, y dejó en herencia ese título á su hijo Alberto, que de ese modo llegó á ser el personaje más importante de la región.



CAPÍTULO II

Las preguntas de León Martín

León Martín, aunque niño, ayudaba á sus padres en cuanto le era posible, haciendo recados, ayudando á su madre á lavar la ropa, dedicándose á la limpieza de la casa ó recogiendo leña en el bosque de Brujol.

Ese bosque limitaba la propiedad del conde de Godsilver, que se extendía á lo lejos, rodeado por una alta verja con una amplia puerta dorada. Desde fuera se percibía en primer término el gran parque, formado de artísticos y frescos parterres, canastillos de flores hermosas y paseos bordeados de frondosos árboles; más lejos, en lo alto de una suave pendiente, se hallaba el palacio, magnífico edificio con escalinata de mármol blanco, un peristilo y bellas columnas. Su aspecto era grandioso é imponente y León no podía por menos de comparar aquel palacio con la miserable casucha de tierra cubierta de paja que cobijaba su familia.

Pero eso era aún poca cosa. Detrás del castillo se extendía el campo del conde de Godsilver, que ocupaba mucha mayor extensión que todo el pueblo de Bardabas.

Allí un centenar de hombres y de mujeres se dedicaban, como el tío Martín, á escarbar, labrar, sembrar, recolectar, á conducir el agua; en una palabra, á todos los trabajos agrícolas y á dar por acesión (1) el producto de su trabajo al propietario holgazán.

Muchas veces se había detenido León delante de la verja del parque, preguntándose por qué un hombre solo, que nunca había trabajado, poseía tantas riquezas, mientras que tantos otros que pasaban su vida penando se veían privados de todo. Había visto muchas veces al conde Alberto de Godsilver pasar por el pueblo en carretela descubierta, tirada por hermoso tronco de caballos blancos y conducida por un cochero de librea verde galoneada de oro, y sabía que su padre y muchos otros trabajadores se sacrificaban para aumentar la riqueza de aquel opulento gandul, y por ello le odiaba instintivamente.

—Papá, ¿por qué hay ricos y pobres? preguntó León un día á su padre viéndole volver del trabajo sudoroso, cansado y sucio, sentándose ante la cazuela de patatas que María había preparado.

El tío Martín era un buen hombre, que no carecía de buen sentido, pero á quien la pesadez del trabajo no había permitido reflexionar ni instruirse.

(1) Acesión es el derecho que por la ley, aunque no por la razón ni por la justicia, tiene el que disfruta del título de propietario á una cosa y á cuanto ésta produzca ó la hagan producir los trabajadores mediante el salario.

¡Instruirse! ¿Cómo y cuándo? Inclinado todo el día y en toda estación sobre la tierra, sufriendo, mal alimentado y vestido, las inclemencias atmosféricas agregadas á la rudeza del trabajo, ¿quién estudia en tales condiciones? Por otra parte, la instrucción que se daba en la comarca era tan mala ó peor que la ignorancia: se enseñaba á los pobres explotados el respeto á sus explotadores, á los esclavos á amar la esclavitud, y se les metía en la cabeza que cuanto más desgraciados fueran en la tierra durante su vida, más felices serían después de muertos en otro mundo llamado la gloria ó el cielo, adonde serían transportados para gozar de una felicidad eterna.

Aunque el tío Martín no estuviese del todo conforme con tales majaderías, no sabía qué contestar á la pregunta de su hijo; por lo que, encogiéndose de hombros, se limitó á decir:

—¡Qué quieres, hijo mío! Porque ha de haberlos. Y así ha sido siempre, y así será.

Pero el chico, no dándose por satisfecho, volvió á preguntar:

—¿Ha existido siempre esta casa en que vivimos?

—No, respondió el padre.

—¿Existirá siempre?

—Claro que no.

—Bueno. Ahora dime, insistió el preguntón: ¿has trabajado siempre para el conde Godsilver?

—No; porque cuando yo era criatura no trabajaba.

—¿Y trabajarás siempre para él?

—No; porque él y yo moriremos.

—Pues entonces, concluyó victoriosamente León;

puesto que todo cambia; puesto que lo que existe hoy no ha existido antes y no existirá después, ¿por qué existe siempre la miseria?

El tío Martín quedó estupefacto ante aquella sagacidad; pero su mujer, asustada, levantó los brazos como en ademán de súplica á seres fantásticos que viese en las alturas, y exclamó:

—¡Oh pobre hijo mío! ¡Qué desgracia es para ti que sepas razonar! ¡No te librarás de que te lleven á la cárcel!

Los temores de la tía María eran fundados, porque en aquel país eran odiados los que pensaban y procuraban instruirse no conformándose á vivir como brutos ni á trabajar mansamente para sus amos. Además, como consecuencia de tanta ignorancia, los ricos, los amos, los explotadores eran los más fuertes y todos aquellos que protestaban y manifestaban públicamente su pensamiento pronto eran encarcelados ó desterrados.



CAPÍTULO III

Los Charlatanes

Leoncito, dos días después de su nacimiento fué bautizado; es decir, que su padre, acompañado de su vecino Mateo y de su vecina Casal, llevó la criatura á la iglesia de Matar, distante un kilómetro de Bardabas, y allí, un hombre afeitado y vestido con faldas le echó agua por la cabeza y le puso sal en los labios, murmurando palabras incomprensibles, mediante el pago de dos pesetas.

A causa de su tierna edad, León no se dió cuenta de nada. Pasaron algunos años antes de que pudiera enterarse de que había sido bautizado por el Sr. Nocedal, cura párroco de Matar, lo que constituía para él una felicidad inmensa, porque de sus resultas, cuando muriese iría derechito á la gloria á disfrutar una felicidad sin fin.

Ese derecho á la felicidad eterna había costado solamente dos pesetas, ó lo que es lo mismo, el precio de un día de trabajo de su padre en la propiedad del conde de Godsilver, la paga legal mediante la cual el ilustre conde unía por accesión á su propiedad el fruto del trabajo de su padre y de sus demás

compañeros de fatigas para disfrutar de aquella vida de fausto y de ocio que se daba su excelencia. A León no le pareció caro; porque á la verdad, dos pesetas por una felicidad eterna, superior á la perecedera que gozaba el conde, era casi de balde. Sin embargo, el muchacho tenía sus dudas; porque no le cabía en la cabeza que tuvieran poder tan grande dos piececillas de metal, incapaces de hacer brotar ni siquiera un grano de trigo.

Un día que había feria en el pueblo, vió un individuo que echaba las cartas diciendo la buena ventura á unos campesinos, á quienes, por dos sueldos, prometía todo género de bienandanzas, y pensó que aquel charlatán era mejor que el cura, porque á lo menos prometía casi lo mismo por un precio veinte veces menor.

Impresionado por esta idea preguntó á su padre en cuanto llegó á casa:

—Papá, ¿cómo puede adivinar el que echa las cartas lo que sucederá á los que le preguntan y le pagan?

—No seas tonto, respondió el padre; aquel hombre no sabe una palabra de lo que le preguntan, pero finge saberlo para sacar dinero á los imbéciles que le creen.

—¡Ah! exclamó León. Pues y el cura, que dice que se puede ser dichoso después de la muerte, ¿sabe algo más que el otro?

—¡No digas eso! ¡No hables de esas cosas, desgraciado! exclamaron á dúo el tío Martín y la tía María.

¡Pobres gentes! era natural que, adiestrados como

animales para el trabajo; no sólo no instruídos, sino enseñados á creer sin discernimiento y á acatar cuanto les decían el cura, las autoridades y los ricos, se asustasen y temiesen por su hijo. Esa educación absurda había debilitado su inteligencia natural y les parecía justo que su hijo fuese educado de la misma manera.

A causa de que la mayor parte de las familias educan así á sus hijos, hay en el mundo infelices explotados cuya vida es un martirio, y á quienes se puede tratar despreciativamente, colmarlos de trabajo y tenerlos sumisos sin que piensen jamás en rebelarse.

En la mente de León el buen sentido natural luchaba contra los consejos de ciega sumisión que le daban sus padres. Así, cuando le dijeron que había de asistir al catecismo para prepararse á hacer su primera comunión, el chico tuvo un gran disgusto.

Muchos domingos le había llevado su madre á la iglesia de Matar, donde León tuvo que descubrirse, arrodillarse, levantarse, sentarse llevando su mano derecha sucesivamente á la frente, al pecho y á los hombros—lo que se llama hacer la señal de la cruz—mientras que el cura Nocedal, afeitado siempre y vestido con faldas blancas y una pieza florida y galoneada que le cubría el pecho y la espalda, pronunciaba aquellas palabras que ninguno de sus oyentes comprendía.

—Mamá, ¿qué dice? preguntó un día.

—¡Chist! ¡Calla! En la iglesia no se habla alto.

— Pero ¿comprendes lo que dice? insistió el muchacho.

—No. Es latín... Una lengua que se hablaba antiguamente, y que se usa ahora para hablar á Dios, por considerarse esta lengua más respetuosa que la nuestra.

¡Dios!

León Martín había procurado saber quién era aquel personaje, y sobre el cual su madre le había dado explicaciones confusas y difusas de las cuales nō había sacado nada en claro.

Dios, le decía la pobre mujer, es un ser que no se le puede ver, ni oír, ni tocar, ni oler, ni gustar, y que no pudiéndose manifestar á nosotros por nuestros sentidos, ha de creerse en él por la fe, sin comprenderle, porque ha creado sin nada todo el universo, como afirman los sacerdotes.

León comenzaba á sospechar que los curas eran charlatanes más caros y malos que los que dicen la buena ventura, quienes, á lo menos, después de haberos sacado diez céntimos por una mentira os dejan en paz y no tratan de imponer á nadie una creencia ni una manera de vivir, mientras que los curas, por el contrario, se apoderan de uno, desde que nace, por el bautismo, en el cual un padrino y una madrina prometen por él que ha de convertirse en un imbécil; le mantienen bajo su autoridad por la misa, el catecismo, la confesión, la primera comunión, la confirmación, el matrimonio religioso, hasta que, moribundo, le untan con aceite, lo que se llama la extremaunción, y, después de enterrado, le

echan el último responso, y aun le conservan en tierra sagrada, es decir, de su propiedad, formando el todo un sistema de sobra suficiente para volver loco al cabo de algunos años al hombre de buen sentido sometido á tan tiránico y absurdo régimen.

León rogó á sus padres le eximiesen de asistir al catecismo ó explicación de la doctrina cristiana, pero fué en vano.

—Eres nuestro hijo, respondió su padre; eres nuestro, y has de hacer lo que mandemos.

León, que no había pedido á sus padres ponerle en el mundo, no quedó convencido por estas palabras. Preguntábase por qué había de ser cosa propia de su padre y de su madre y sufrir su voluntad, en lugar de seguir libremente la suya, toda vez que él pensaba, sentía y no era una materia inerte como un peñasco.

Tales eran las ideas que germinaban en su cerebro de niño.

No obstante, como María tuvo el buen tacto de no confiar la persuasión al autoritarismo paternal, sino que apeló al sentimiento, haciendo observar al niño que si no iba al catecismo su padre perdería su plaza en casa del conde de Godsilver, León, que amaba entrañablemente á sus padres, se resignó, y con el corazón dolorido por la contrariedad fué al catecismo.

Al fin, también su padre y su madre le hubiesen llevado á la fuerza.

¡Pobres gentes!

CAPÍTULO IV

El Catecismo

La iglesia de Matar, donde León había sido bautizado, distaba de Bardabas, como ya hemos dicho, cerca de un kilómetro.

Era un gran edificio de piedra, con un campanario dorado y grandes ventanales con vidrios de colores en que se veían pintados monigotes con la cabeza cercada de una aureola.

Aquellos monigotes vestidos de ropas azules ó rojas, llevaban casi todos luengas barbas blancas. Eran santos; al lado de cada cual se veían uno ó varios borregos, en señal de que los creyentes han de dejar de ser hombres para dejarse conducir como tiernos corderillos. Sobre la puerta principal y en el centro de un grande y artístico rosetón, se veía pintada una paloma, rodeada de rayos de oro; hubiérase dicho que representaba un volátil flamígero como enseña de un colmado á la moda; pero no, que era la imagen del Espíritu Santo, y los curas hablaban de él con más veneración y respeto que de su jefe el papa y aun que del conde de Godsilver.

En el interior de la iglesia, grandes columnas proyectaban masas de sombra; los ventanales coloreados permitían el paso á una escasa y misteriosa luz, y al entrar se sentía una impresión desagradable de asfixiante sofocación. El hombre, los animales todos, los vegetales, en una palabra, todos los seres organizados tienen necesidad de la pura luz del sol para vivir y desarrollarse. En la iglesia, contrariando la naturaleza, todo está combinado para impresionar desagradablemente, para perturbar, para impedir el sano razonamiento.

En los rincones, bajo la sombra de las columnatas, se veían unos cajones como garitas, con un enrejado á cada lado.

León Martín preguntó á un muchacho de Bardabas, dos años mayor que él, para qué servían aquellos kioscos.

—¡Cómo! ¿no sabes eso? exclamó el interrogado con asombro. Son los confesonarios. Ahí se confiesa.

—¿Y qué es confesar? volvió á preguntar León, que no quería saber las cosas á medias.

—Pues confesar es, respondió el muchacho, referir al señor cura lo que piensas, lo que dices, lo que haces, y si te lo pregunta, lo que piensan, lo que dicen y lo que hacen tus padres.

—¡Eso es un espionaje! replicó León indignado.

Porque, aunque fuese un niño, su buen sentido natural y su dignidad de jovenzuelo ser humano se indignaban ante el pensamiento de haber de referir lo que hacían él y sus padres á un individuo á

quien no correspondía saberlo. Sentía íntimamente más que pensaba que todo polizante, cualquiera que sea su traje, es muy despreciable.

Hagamos esta justicia al tío Martín: no se sintió dispuesto á modelar el cerebro de León de conformidad con todas las locuras que á él mismo le habían sido inculcadas, y dejaba á María el cuidado de la educación religiosa de su hijo; mas como la pobre mujer hallaba muy difícil explicar al pequeño muchas cosas que nunca había comprendido, y no pocas que había completamente olvidado, se limitó á enseñarle á santiguarse, á arrodillarse en la iglesia y á recitar algunas palabras aprendidas de memoria.

Suerte tuvo León de que su madre fuese incapaz de enseñarle más sobre este asunto, porque de otro modo hubiera corrido el peligro de volverse loco. Los sacerdotes, á cuyo cargo ha estado durante siglos la educación de los pueblos, han creado generaciones de alienados y de fieras que llegaban hasta atormentar y matar á los que se atrevían á pensar. El papa se había extralimitado hasta crear en todas las naciones que reconocían su autoridad un tribunal sanguinario conocido con los nombres de Santo Oficio, Tribunal de la Fe, Santa Inquisición.

León ignoraba todo eso, porque sus padres, pobres ignorantes, nunca le habían hablado de la Inquisición y jamás habían pronunciado el nombre del infame Torquemada, que en el siglo xv hacía quemar vivos multitud de seres humanos; pero sa-

bía por intuición que no ha de creerse sino lo que se comprende ó lo que se ve, y que no hay que atenerse ciegamente á lo que digan los otros, sobre todo si esos tales viven de la credulidad de los demás.

En el fondo de la iglesia de Matar se hallaba una pieza llamada sacristía, donde los curas revestían su traje antes de comenzar sus ejercicios, lo mismo que los actores se visten y caracterizan en su cuarto antes de presentarse en la escena. Esta pieza servía á la vez de despacho; allí el cura Necedal discutía los precios de las ceremonias con sus clientes: tantas pesetas por un bautismo, tantas por una misa, tantas por un entierro, tantas por los accesorios que dan á las ceremonias el carácter de primera, de segunda ó de tercera, el órgano, la orquesta, el canto, las luces, ni un céntimo menos; todo, por supuesto, en relación con la eficacia del acto para disminuir las penas del purgatorio; porque sabido es que, según el número de misas y de oraciones, la categoría del acto y aun del consumo del incienso y cera y del número de aspersiones, todo pagado rigurosamente á precio de tarifa, se rebaja ó no la pena de las ánimas benditas.

Al lado de la sacristía había una sala grande, semi-obscura, con dos filas de bancos, una para las muchachas, la otra para los muchachos. En el fondo se elevaba una plataforma con tres escalones, detrás de la cual había un altar, es decir, una especie de mesa llena de velas encendidas, y á cada lado varias sillas. En la pared y dominando la mesa había una gran cruz, y clavado en ella de pies y ma-

nos se ostentaba la figura de un hombre desnudo con taparrabos y corona de espinas.

En aquella sala y en compañía de una treintena de niños de ambos sexos, recibió León su primera lección de catecismo.

El cura Nocedal, afeitado siempre y con faldas blancas, tomó asiento delante del altar, y durante media hora espetó á los chicos un montón de historias extraordinarias. Les habló de cierto señor llamado Dios, personaje todopoderoso, sobre el cual no podían ejercer efecto nuestros cinco sentidos y en cuya existencia era preciso creer so pena de condenación eterna. Dijo que aquel personaje, hallándose á obscuras en medio de la nada por tiempo sin principio, creó la luz ante todo, lo que admiró mucho á León, porque no podía comprender que la luz no fuese producida por algo. Expuso después la historia del sol, de la luna y de las estrellas, creadas para iluminar á Dios, quien ya no necesitaba esa iluminación por estar creada anteriormente la luz sin lámpara que la produjera, y también al hombre, que no existía aún. Tocó el turno á la historia de Adán, primer individuo de nuestra especie, formado de barro, y que resulta ser el padre de blancos, amarillos, negros y pieles rojas, sin contar los malayos, esquimales y lapones. Por último, explicó la creación de Eva, que Dios fabricó quitando á Adán una costilla mientras dormía y sin que lo notara.

La mayor parte de los niños escuchaban al principio con timidez á aquel hombre vestido de aque-

lla manera extraña, que les hablaba con voz imponente; después, aturcidos por la seriedad con que explicaba sus embustes, y por fin, fastidiados. Hubieran preferido jugar, correr por el campo y hasta trabajar al aire libre, á estarse allí durante tan largo tiempo oyendo tales tonterías. Sin embargo, no podían pensar que el cura fuese un embustero, y puesto que sus padres les enviaban al catecismo, pensaban que era para su bien.

No podían comprender que sus padres habían sido á su vez víctimas de la ignorancia y de los curas, quienes se habían indignamente burlado de su credulidad.

Terminada la lección, los niños salieron desfilando ante el cura, quien tuvo la amabilidad de tocar paternalmente la mejilla de algunos. León tuvo el honor de ser de este número y hasta de ser interrogado.

—Dime, niño, ¿recordarás bien esta primera lección? le preguntó el cura.

—Sí, señor, respondió el niño; me acordaré bien. Pero...

—¿Pero, qué?

—No he comprendido.

—¡No has comprendido! exclamó el cura con entonación de cólera. ¿Acaso hay necesidad de comprender? Lo que se necesita es creer, y nada más.

Aquel hombre irascible, aunque hablase á menudo de bondad, de paciencia y de caridad, tenía en aquel momento un aspecto tan amenazador, que

León juzgó prudente alejarse sin más cumplimientos.

Cuando llegó á su casa, su madre le preguntó:

—¿Has sido bueno? ¿Has escuchado bien al señor cura?

—Sí, respondió León; porque no podía hacer otra cosa; pero hubiera preferido ir á ver Polichimela.

Esto pide una explicación.



CAPÍTULO V

Justicia de Polichinela

Polichinela es un personaje célebre en muchos países y que, representado en los teatros de muñecos, causa la alegría de los niños españoles, franceses, italianos, ingleses y hasta turcos, porque bajo diversos nombres se encuentra por todas partes. Con su nariz de pico de loro, sus jorobas de pecho y de espalda y su voz gangosa, aparece lleno de originalidad, de audacia y de ingenio, diciendo en alta voz lo que piensa y apaleando á los que quieren impedirle vivir á sus anchas. Pega sucesivamente al casero, al civil, al comisario, al juez, al verdugo, y, gracias á su energía rebelde, queda siempre vencedor y libre.

Parece que al principio no fué Polichinela un personaje tan digno de aprecio. Los cómicos del siglo XVII le crearon para representar ciertos señores arrogantes, que hablaban bien y mentían mucho, y se hallaban dispuestos á dar por todas partes palo de ciego. La intención de los artistas se dirigía á ridiculizar principalmente á los hidalgos bearneses y gascones ó á los capitanes españoles; pero el pue-

blo, que suele tener mejor instinto que todos los escritores, pronto se apoderó de Polichinela para hacer de él su héroe; y hallándose oprimido, sin atreverse á manifestar su odio á los propietarios, á los jueces y á los civiles que le reducían á la miseria y á la servidumbre, convirtió á Polichinela en un rebelde enérgico y feliz.

El Polichinela español se encuentra en Francia bajo el nombre de *Polichinelle*; en Inglaterra se llama *Punch*, en Italia *Pulcinella* y en Turquía *Karagheuz*, y, como es natural, en cada país sufre la influencia del medio y de las costumbres: en Nápoles, por ejemplo, es fanfarrón, pretencioso é imita á los grandes señores; mientras que en París, por el contrario, es un hijo del pueblo, un bravo revolucionario, enemigo de los burgueses, de los que mandan y de los que prenden.

Y en tanto que la lección de catecismo dada por los curas es cosa estúpida, empalagosa y embrutecedora, el cándido espectáculo de Polichinela, el héroe del teatro *Guignol*, tiene algo de divertido y sano.

En aquel teatrillo al aire libre, á cuyo rededor se oprimen los niños, Polichinela, discutiendo sin temor con las gentes que se creen superiores á los otros y haciéndose respetar con su garrote, enseña á los infantiles espectadores que no hay que someterse á nadie, lo que es una lección excelente, dada la manera divertida, como debieran ser dadas, dentro de lo posible, las lecciones á los niños.

Pues ocurrió que en la última fiesta de Matar se presentó en aquel pueblo un empresario de muñe-

cos con su teatro ambulante. Los vecinos de Bardabas, privados de todo género de distracciones y ansiosos de hallar un átomo de alegría, fueron á la fiesta, y los padres de León acudieron también con su hijo.

Imponderable fué la alegría del muchacho, oyendo á Polichinela, amenazado de desahucio por el casero por no pagar el alquiler de la habitación, responder que tiene derecho á no dormir á la luna de Valencia, porque las noches son frías y es necesario que todo el mundo duerma á cubierto. Jamás había oído el chico decir tales cosas, pero sentía en sí mismo que aquello era justo y verdadero, y que Polichinela, con su tono burlón, tenía más buen sentido que el señor cura y aun que sus padres.

Hubo un momento en que la alegría de León llegó á su colmo y aun se desbordó hasta el mayor entusiasmo. Figúrese el lector que Polichinela, amenazado á la vez por un juez galoneado de oro y un civil de bigotes retorcidos, se libra de ambos del modo siguiente: el juez, que se llamaba don Enrique, amenazaba á Polichinela con los tormentos más terribles, como arrancarle las uñas ó hacerle comer bacalao seco sin beber agua, y ya el civil, que se llamaba don Narciso, sacaba de su bolsillo unas esposas guarnecidas interiormente de agudos pinchos de hierro. León presenciaba la escena emocionadísimo y palpitante, y hubo un momento en que, olvidando que las figuras que de tal modo le hacían sentir eran de madera inanimada, iba á lanzarse al socorro de la humanidad, retorciendo el

gañote á los dos pícaros que funcionaban de juez y de guindilla. Afortunadamente Polichinela estaba alerta, y, de repente, echando la zancadilla á don Narciso, le dejó caer sobre don Enrique, y cogiendo en seguida á cada uno por la cabeza, les dió sendas calabazadas, mientras les dirigía un excelente discurso. Después, dejando exánimes á sus dos enemigos se retiró diciendo: ¡Ahí queda eso!

—¡Bravoooo! gritó León, aplaudiendo furiosamente.

Lo más notable de todo es que, no solamente aplaudían con igual entusiasmo todos los niños, sino que los hombres que presenciaban la representación se mostraban animados de los mismos sentimientos que León; como él se habían indignado contra el juez y el civil, y como él aplaudían entusiasmados cuando los vieron caer vencidos y ridiculizados á los pies de Polichinela.

Débase esto á que todos los individuos, aun los más ignorantes, sienten en sí aspiraciones hacia lo justo. Aquellos hombres habían sido educados del modo más deplorable: se les había inculcado toda clase de preocupaciones, tales como la sumisión á la autoridad, el respeto á los ricos y la resignación. De esta manera se les hacía inconscientes que, sin razonar ni saber como hacerlo, trabajaban toda la vida para sus explotadores. Pero, á pesar de todo, sentían en el fondo de su ser algo confuso é inexplicable; una aspiración hacia una vida diferente y mejor; una simpatía secreta para los que, más perspicaces y enérgicos, rehusaban someterse á la auto-

ridad. A pesar de su ignorancia, no podían menos de reconocer que serían dichosos si no hubiera amos.

El espectáculo de Polichinela en lucha con el juez y el civil había excitado esos sentimientos.

Al día siguiente el teatrillo había desaparecido. Corrió el rumor, harto verosímil, aunque no nos ha sido posible comprobarlo, que los notables del pueblo con el cura á la cabeza habían indicado al alcalde la conveniencia de hacer una alcaldada, y éste, dispuesto á salvar el orden, la propiedad, la familia y la religión de nuestros padres, había ordenado al titiritero que se largase con la música á otra parte, so pena de ser encerrado en la cárcel, porque el espectáculo que daba era inmoral é inspiraba malos pensamientos; eso sin contar que se veía una alusión á un proceso célebre en que cierto juez y cierto civil habían representado un papel horroroso.

Lo cierto es que el artista ambulante se largó sin decir dónde iba, pero el espectáculo produjo en el ánimo de León una impresión de las que duran toda la vida.

Y he ahí explicado por qué, cuando María preguntó á León si había escuchado bien la lección de catecismo del cura Nccedal, el muchacho respondió con perfecta sinceridad:

—Hubiera preferido ir á ver Polichinela.



CAPÍTULO VI

Las angustias de León

León se sentía cada vez más desgraciado. Hasta entonces había soportado cerca de sus padres la miseria, es decir, la insuficiencia ó la mala calidad de los alimentos, el frío en invierno, la privación de juguetes y de vestidos nuevos y bonitos, viendo como los hijos de los ricos como Monpoignon ó el conde de Godsilver comían bien, iban bien vestidos, y en su jardín en verano ó en sus abrigadas habitaciones en invierno se entregaban á sus juegos. Consolábale la consideración de que sus padres, que le amaban entrañablemente, se esforzaban en compensar todas esas privaciones con las más afectuosas caricias.

No obstante, veíase obligado á ir dos veces á la semana á la iglesia de Matar á oír los disparates ensartados por el cura Necedal. En lugar de sus infantiles impulsos para correr, trabajar, hablar, preguntar según le impresionaba ó excitaba su curiosidad lo que veía, le forzaban á permanecer sentado en aquel triste recinto, durante una hora ó más, inmóvil, escuchando sandeces y absurdos que le fati-

gaban el cerebro. Luego, para colmo de aburrimiento, le habían forzado á postrarse delante de aquella garita, el confesonario, que tanto le repugnaba, para referir al cura sus pecados.

¡Sus pecados! Es decir, la curiosidad que sentía por conocer el porqué de las cosas, sus deseos de divertirse, de ser feliz y libre; había de dar cuenta de sus distracciones, de sus dudas, de sus incredulidades, cuando el cura refería el discurso pronunciado por una serpiente ante la primera mujer; del deseo que tenía á veces de comer bien y vestir como los hijos de Monpoignon y los del conde de Godsilver.

Todo eso, según el cura Nocedal, era terriblemente criminal, y por ello había que pedir perdón á Dios, á pesar de que el tal personaje permanece siempre invisible, y que para obtener su perdón se ha de recitar cierto número de veces unas frases faltas de buen sentido llamadas oraciones.

León temía instintivamente que, á continuar así, se volvería loco. Entrevéa que hombres que creen todos esos absurdos se incapacitan para comprender sus intereses y se dejan conducir como borregos, y pensaba que los curas como el párroco Nocedal, y los explotadores como Monpoignon ó el conde de Godsilver pertenecen á la misma cuadrilla y se ponen de acuerdo para burlarse de los desgraciados que tienen bajo su dominio. A veces se indignaba contra estos últimos, porque siendo los más numerosos podrían echarlo todo á rodar si quisieran, y permanecen esclavos por su imbecilidad. Aunque

amaba mucho á sus padres, León no admitía que tuviesen el derecho de disponer de él como lo hacían y de condenarle á ser un estúpido.

Comprendía que su padre era, á pesar de todo, algo menos crédulo que su madre, y una noche que se hallaban solos en la casa, mientras María había salido á hacer alguna compra, preguntó León á su padre:

—Papá, ¿crees tú que todo lo que dice el cura es verdad?

Esta pregunta sencilla turbó mucho al tío Martín, quien, á pesar de su ignorancia y de la falsa educación que había recibido, tenía sus dudas: un resto de buen sentido luchaba en él contra todas sus preocupaciones, y como la mentira le repugnaba, quedó confuso sin saber qué contestar.

—Lo ves, papá, dijo León viendo la confusión de su padre; no crees; no puedes creer.

—Yo no digo eso, replicó el padre, procurando ocultar su vacilación. El señor cura ha estudiado y sabe más que nosotros.

—Yo también quiero estudiar, saber leer, escribir, contar y todo lo demás que ha de saberse; me parece que entonces me instruiría más y mejor que escuchando al cura Necedal hablar de la mujer de Lot cambiada en estatua de sal, y de los ángeles que tienen alas en la espalda. ¿Ha visto alguien ángeles?

Así hablaba León, demostrando tener una inteligencia harto desarrollada y activa para su edad.

—¡Qué quieres, hijo! respondió lastimosamente

el padre dando un suspiro y reconociendo en su fuero interno que su hijo tenía más buen sentido que él, á pesar de sus años y de su experiencia. Te enseñó lo que me han enseñado; ha de hacerse lo que hacen los otros.

Esta frase, que expresaba un mundo de desaliento y de resignación, indignó á León.

—¡Hacer como los otros! exclamó León. Entonces, si los otros corrieran á tirarse al río, ¿harías como ellos?

Por el pronto el tío Martín se vió imposibilitado de responder, y como en aquel momento se presentó María, la conversación quedó interrumpida en aquel punto.

¿Qué iba á suceder? una cosa muy triste, según todas las probabilidades: León, obligado por sus padres á «hacer como los otros,» continuaría escuchando las estúpidas mentiras del cura Necedal, y, á fuerza de tanta repetición, acabaría quizá por sofocar su razón y someterse, convirtiéndose en un loco como lo son los que creen que un gigante llamado Sansón, armado con una quijada de burro, mató tres mil filisteos, ó que un tal Jesús resucitó un hombre muerto.

Felizmente, lo imprevisto se puso por delante, y aunque no sea prudente contar con ello, sino consigo mismo, no está en nuestra mano rechazarlo.

Lo imprevisto en este caso fué el encuentro de un pintor de muestras de tienda, llamado Estanislao Lupinsky, cuyo nombre indicaba su origen.

Este encuentro merece capítulo aparte.

CAPÍTULO VII

Un encuentro feliz

En la hora que escribo estas líneas para transmitir á la posteridad ó al menos á mis contemporáneos la relación de las aventuras de León Martín, subsiste aún en un gran país del norte de Europa una célebre familia de bandidos cuyo nombre, que no recuerdo exactamente, acaba en Manoff. Falto de poder designarla mejor, la llamaremos, contando con el beneplácito del lector, la familia Manoff.

Esas gentes, habiendo formado una banda de ladrones y asesinos, acabaron por hacerse dueños de un territorio inmenso, sometiendo los habitantes á su capricho y haciéndoles trabajar para sí. Entre los asesinos se encontraban muchos jinetes medio salvajes y absolutamente ignorantes, armados de largas lanzas y de látigos con plomo, de que hacían uso contra los que no se sometían; otros, vestidos de faldas blancas como el cura Necedal, pero con barbas, tenían encargo de embrutecer las pobres gentes, persuadiéndoles que si aceptan sin rebeldía su situación de oprimidos, serán muy felices... después de muertos.

Como se ve, esta locura es idéntica á la que in-

culcaba el cura de Matar, toda vez que sólo difería por algunas fórmulas y ceremonias sin importancia. Por ejemplo: todos los domingos, el padre Nocedal (se le llamaba padre aunque no se le conociesen hijos) daba á comer solemnemente á sus feligreses unas obleitas redondas; los embrutecedores al servicio de la familia Manoff se servían de unas redondillas de pasta fermentada junto con un vaso de mala bebida avinagrada que no tenían reparo en llamar vino.

A la vez que oprimían á sus súbditos, los miembros de la familia Manoff, de padres á hijos, desde hace unos doscientos años, se exterminaban como podían con la cuerda, el veneno y el puñal. En resumen; imposible formar colección más completa de criminales.

Bien mirado, no eran aquellas gentes responsables de sus crímenes, porque la mala educación recibida en la infancia y ciertas disposiciones paternas transmitidas en la sangre como se transmite el color de los cabellos ó el de los ojos, los había predispuesto al mal. Por eso puede decirse que los criminales son ante todo enfermos.

Pero ocurre que si es posible someter á tratamiento facultativo los individuos ordinarios afectos de enfermedad y aún de locura furiosa, no puede hacerse lo mismo con gentes que son fuertes por hallarse rodeados y sostenidos por un ejército de asesinos. Y así, responsables ó no, hay que defenderse de ellos como se defiende uno contra una víbora ó un perro rabioso.

He ahí por qué, en diferentes ocasiones, los infelices explotados y oprimidos por la banda Manoff habían intentado libertarse, lo que los bandidos llamaban «rebelarse;» desgraciadamente habían sido los más débiles, habían fracasado, á pesar de ser los más numerosos; la desunión los había perdido.

Estanislao Lupinsky había sido uno de esos rebeldes, y aunque instruído, fino, culto; en una palabra, siendo completamente lo opuesto á los bárbaros que sueñan con luchas sangrientas, se había batido valerosamente contra los bandidos de los látigos aplomados, por lo que se había visto obligado á refugiarse en otros países, en que los habitantes, aunque explotados y tiranizados también, estaban algo menos esclavizados.

Algo menos esclavizados, es decir, se les permitía á veces murmurar, y cuando se rebelaban contra otros malhechores del género de los de la familia Manoff, se les fusilaba sobre el terreno, sin someterlos al tormento y asesinarlos después. Por causa de la indicada moderación, á dichos países se les llamaba «civilizados.»

Estanislao no pertenecía, como Monpoignon y el conde de Godsilver, á la especie de las gentes que viven como parásitos del trabajo ajeno: era artista, músico, dibujante, retratista, pero desgraciadamente el arte que embellece la vida y que, en una sociedad racionalmente organizada, debiera de ser asequible á todos, no basta siempre en la sociedad presente á dar que comer al que lo posee. Estanislao, como hombre recto y despreocupado, sabiendo que

es tan honroso ser obrero como artista ó científico. se hizo un *modus vivendi* dedicándose á pintar tiendas.

Mezclando el azul, el rojo y el amarillo; coloreando puertas, escaparates y mostradores, el joven—tenía veintiséis años—continuó viajando. Pensaba que nada hay más fastidioso que permanecer siempre en el mismo rincón de tierra, ignorando todo el resto del mundo y considerando los hombres nacidos en otros países como extranjeros, cuando no como enemigos; bien sabía él que malhechores como los Manoff mantienen esa ignorancia, la fomentan y en último caso se aprovechan de ella.

Estanislao pensaba también que era una gran desgracia que hubiera sobre la tierra tantos idiomas que impiden á los individuos relacionarse y comprenderse.

Si hubiera facilidad de explicarse, muchos odios estúpidos desaparecerían. Pensaba que todo individuo debiera conocer dos lenguas, la del país en que ha nacido y otra escogida de común acuerdo por todos los pueblos como internacional; eso esperando lo que quizá vendrá con el tiempo, que no haya más que un solo idioma sobre la tierra, convertida en la única patria del género humano.

Servido por una gran aptitud para aprender idiomas, Estanislao poseía ya media docena que hablaba corrientemente cuando de etapa en etapa llegó á Matar.

Era la tarde de un jueves, cuando Estanislao, con su caja de colores á la espalda, se paró delante de

la iglesia mirando los niños que, formados en dos filas, salían del catecismo.

Sus ojos se fijaron en León Martín, cuyo rostro expresaba tan inmensa tristeza que conmovió á Estanislao.

El pintor se acercó al niño y le preguntó:

—¿Por qué tienes ese aspecto tan pesaroso, pobre niño?

León levantó los ojos y miró á su interlocutor. Sin duda había en la franca dulzura de aquella voz algo capaz de atraer instintivamente la simpatía de un niño. Lo que hay de más encantador en la infancia, es esa ingenua confianza, que debiera de existir siempre entre todos los individuos, y que por desgracia destruye nuestra sociedad en una edad más avanzada.

León respondió:

—Sí, estoy triste, por lo que ha dicho el señor cura.

La mirada de Estanislao fulguró como un relámpago.

—¡Oh miserables! dijo. No les basta con engañar y explotar á los hombres, con espiarlos confesando á sus mujeres, sino que mortifican á los niños apoderándose de ellos desde su más tierna edad, para dominarlos á su vez cuando sean grandes.

Y dirigiéndose de nuevo al niño que le miraba y escuchaba comprendiendo quizá, le preguntó:

—¿Por qué te ha entristecido lo que te ha dicho el cura?

—Porque nos refiere cosas extraordinarias, res-

pondió León; asegurando que si no las creemos, iremos después de nuestra muerte al infierno, donde arderemos por toda la eternidad. ¿Cree usted que es verdad eso?

Esta cándida pregunta hizo reír á Estanislao, quien acariciando la cabeza del niño dijo:

—Amiguito mío, los que hablan así son sencillamente embusteros, ó si creen lo que dicen, locos. Antes de creer una cosa es preciso examinarla, esforzarse en comprobarla ó comprenderla, sobre todo si esa cosa parece á primera vista extraordinaria.

León escuchaba con la más atenta seriedad, y preguntó nuevamente:

—Entonces, dígame usted; puesto que el padre Nocedal es un embustero ó un loco, ¿por qué mis padres, que me aman de todo corazón, me envían á escucharle?

Esta vez el pintor lanzó un suspiro. ¿Podría hacer comprender á aquel tierno ser que sus pobres progenitores habían sido desde la infancia víctimas de la ignorancia y de las preocupaciones? No quería disminuir en lo más mínimo el afecto que el niño sentía por su padre y su madre, y, sin embargo, no podía en conciencia desperdiciar la ocasión de aquel despertar de una inteligencia, para insinuarle que los hombres como el cura Nocedal son monstruos más peligrosos que las fieras. En efecto, la mordedura de un oso ó de un lobo puede curarse en poco tiempo; pero las mentiras embrutecedoras que enseñan los curas, si penetran en el cerebro

hasta volver á uno loco, es daño que dura generalmente toda la vida.

Entretanto León, cuya curiosidad estaba excitada y no satisfecha, miraba fijamente á su interlocutor, como intentando descifrar su pensamiento secreto.

—Dígame usted, continuó; ¿por qué los hombres como el señor cura nos cuentan mentiras?

Esta nueva pregunta satisfizo y puso á sus anchas al pintor, que respondió:

—Porque esos hombres se entienden con otros pícaros de su especie que se llaman capitalistas contra los trabajadores, que forman la partè más numerosa de la humanidad. Los capitalistas los explotan, los curas los embrutecen, y cuando están á punto, es decir, cuando son bien ignorantes, cuando no se atreven á pensar, cuando creen ciegamente cuanto les dicen los que viven á su costa, pierden su dignidad y se incapacitan para comprender y defender sus intereses; entonces trabajan como bestias de carga para que coman y se enriquezcan sus amos, que no trabajan. ¿Comprendes?

—Sí comprendo, respondió León, que había escuchado atentamente, y según el consejo del pintor se había esforzado en comprender, y luego añadió:

—Según eso, el conde de Godsilver, que no trabaja y hace trabajar á mi padre es un capitalista.

—Sí, respondió Estanislao, satisfecho de ver que su amiguito comprendía.

—Y Monpoignon, el tendero de mi pueblo, que es muy rico, aunque no tanto como el conde de Godsilver; añadió el muchacho.

—Amigo mío, repuso el pintor, esforzándose en hablar lo más sencillamente posible para hacerse comprender bien; no conozco ese Monpoignon que dices; pero te aseguro que si es muy rico, no lo será por su trabajo personal, porque no es posible enriquecerse sino por la casualidad que hace á uno heredero de un padre rico, por el hallazgo de un tesoro ó explotando el trabajo ajeno, y así enriquecido se es capitãlista.

En cuanto á esos mercaderes ambulantes que recorren los pueblos y los mercados, levantándose al amanecer y después de mucho trabajar apenas ganan para mantenerse con su familia, sería injusto calificarlos de capitalistas, aunque, si los negocios les fuesen bien ó se ingeniasesen más, podrían serlo, porque todo el que compra y vende está en camino de serlo. Capitalista es aquel que posee mucho dinero y vive sin trabajar ó haciendo trabajar á los otros.

Lo que se puede decir es que en una sociedad bien organizada no habría nadie que dedicara toda su actividad á comprar barato y vender caro, ganando bien ó mal su vida en perjuicio de los demás. Todos los productos, alimentos, mobiliario, vestido, etc., serían, no vendidos, sino transportados á grandes almacenes generales, análogos á los grandes bazares de nuestras ciudades populosas, donde todo el que haya trabajado libremente según sus fuerzas, irá á buscar lo necesario para vivir. Entonces la sociedad, en lugar de ser como hoy compuesta de gentes que se esfuerzan en engañar y

explotar los unos á los otros, se convertirá en una gran familia.

—¡Oh qué hermoso es eso! exclamó León radiante de alegría y poseído de entusiasmo. Y añadió dirigiéndose al pintor que le miraba sonriente y satisfecho:—Es la primera vez que oigo hablar como usted habla, pero siento que esa es la verdad y no las historias del cura.



CAPÍTULO VIII

Un hermoso proyecto

En Estanislao se suscitaba una simpatía creciente y casi paternal hacia aquel niño inteligente y deseoso de instruirse que acababa de encontrar. Si el individuo que sabe tener ideas justas y bellas experimenta el deseo de hacer partícipe de ellas á sus semejantes, con mucho mayor motivo se sentirá cuando se encuentra un niño que lucha desesperadamente contra miserables que tratan de atrofiar su inteligencia. En ese caso, la idea de socorro, es decir, de ayudarle á pensar por sí mismo y señalarle las mentiras y las celadas de los embrutecedores, se hace irresistible.

El pintor acompañó á León hasta Bardabas y, durante el camino, continuó hablando con el niño, alegrándose de hallar en él un recto buen sentido que las mentiras del cura no habían podido deprimir aún, á la vez que una verdadera avidez de conocer el porqué de todas las cosas.

—¡Oh! murmuró el niño; dichosos los que saben leer, porque están seguros de conocer la verdad.

—No siempre, respondió Estanislao; porque hay miserables que se sirven de la imprenta, admi-

rable invención no obstante, para esparcir en libros y periódicos los mismos embustes que os cuenta el cura; pero no es menos cierto que el individuo que sabe leer y reflexionar al mismo tiempo, es mucho más capaz que el ignorante, por inteligente que sea, de llegar á instruirse sólidamente. Aprender á leer es el primer paso que ha de darse, pero á continuación han de darse otros muchos.

—¡Yo los daré todos! exclamó León. ¡Si yo pudiera aprender á leer!

Había tal vehemencia en aquella exclamación, que Estanislao, conmovido en su sensibilidad, pensó si habría lugar á arrancar provechosamente aquel niño al embrutecimiento religioso, á la ignorancia sistemática á que están condenados tantos infelices, y llevarle consigo para cultivar sus disposiciones naturales. ¡Qué alegría si lograba hacer un sér inteligente y fuerte del que estaba destinado á ser un miserable loco!

¡Llevarle consigo! Con su trabajo de pintor de brocha gorda, ganaba medianamente para vivir; en caso necesario podía bastar para los dos.

Además de la satisfacción de salvar un niño, disfrutaría la de tener un compañero con quien conversar durante la pesada soledad de los caminos; porque Estanislao era de naturaleza más bien expansiva que concentrada, y la soledad continua comenzaba á serle molesta: enseñaría al niño á moler los colores, á manejar el pincel y la brocha, y encontraría en él un auxiliar á quien enseñar una profesión con que ganarse la vida.

Pero, ¿consentirían los padres de León en separarse de su hijo? ¿Se resolverían á confiársele, siendo como era un viajero desconocido?

—Dime, preguntó á su compañero, ¿te gustaría venir conmigo, ver tierras y aprender el oficio de pintor?

—¡Oh! sí; respondió León. Viajar, conocer el mundo, aprender lo que no sé. ¡Qué cosa tan hermosa! Y además ganar para ayudar á mis pobres padres.

En esto llegaron á la casa de la familia Martín.

El padre, recién llegado del trabajo, estaba de pie á la puerta, fumando su pipa, único gasto superfluo que se permitía, y eso no siempre, porque el tabaco cuesta caro.

Se manifestó extrañado de ver á su hijo volver con un desconocido, al que saludó al mismo tiempo que acariciaba á su hijo.

—Tiene usted un hijo inteligente, dijo sonriendo el pintor al tío Martín, que recibió con agrado el elogio hecho á su progenitura. Hemos hablado largamente viniendo juntos de Matar, y somos ya un par de amigos.

—¡Ah! dijo el padre: ¿viene usted de Matar?

—Sí; soy pintor de muestras y trabajo viajando.

—Es mejor oficio que el de remover la tierra durante doce horas diarias, suspiró el jornalero del conde de Godsilver.

En esa frase no había la expresión de la envidia, sino de una profunda melancolía, la queja de toda una vida perdida al servicio de un explotador sin

tener la seguridad de contar con el pedazo de pan de los días de la vejez.

Estanislao se sintió muy conmovido, y al mismo tiempo pensó que quizá era aquel el momento favorable para indicar su pensamiento al padre de León.

—He pensado, le dijo, hacer á usted una proposición que seguramente no esperaría...

El tío Martín miró con inquietud al joven.

—Se trata, continuó éste, de permitir que su hijo me acompañe. Yo le enseñaré un oficio con que se podrá ganar la vida y ayudar á usted cuando no pueda trabajar.

—¡Dar á usted nuestro hijo! exclamó el padre.

—No dármele, porque yo no tengo ni quiero ejercer ningún derecho de propiedad sobre él, sino consentir que me acompañe, y no sólo le enseñaré á pintar, sino también á leer, escribir y contar, porque el niño me parece dominado por el deseo de aprender, y sería una lástima no cultivar sus aptitudes.

El tío Martín permaneció perplejo: por una parte consideraba que quizá sería aquella la ocasión imprevista ofrecida á su hijo para salir de aquel círculo de miseria y de ignorancia en que parecía condenado á crecer y morir sin haber realmente vivido; por otra, como no hay nada que asuste tanto á las naturalezas rutinarias como el miedo á lo desconocido, la partida con aquel joven pintor extranjero, extraño á la localidad y que podría no volver jamás, le espantaba.

Estanislao se dió cuenta de aquella lucha interior;

leía esas reflexiones en el rostro del pobre hombre. Por eso le dijo:

—Puede usted reflexionar. Yo permaneceré algunos días en la comarca, y cada noche vendré á dormir en este pueblo. Si usted quiere confiarme su hijo durante ese tiempo, empezará á habituarse á una separación que le es muy conveniente.

—Vuelva usted mañana, dijo el tío Martín; ya habré hablado con mi mujer. Le advierto que ha de ser antes de las cinco y media, porque á esa hora voy á mi trabajo.

—No faltaré.

El pintor saludó, acarició al niño y se alejó, dejando á León en extremo conmovido, después de haber permanecido anhelante mientras se discutía su suerte.



CAPITULO IX

León comienza su aprendizaje

Aquella noche durmieron poco los padres de León.

La madre sentía no haber estado en casa cuando vino el extranjero á hacer su proposición; hubiera visto qué clase de individuo era aquel y si se podía tener confianza en sus palabras.

—Me ha producido buena impresión, dijo el padre.

—Sí, pero no podemos dejar partir nuestro hijo sin conocer á quién se lo entregamos. Además, León no ha hecho aún su primera comunión. ¿Y crees tú que el cura permitirá que se aleje así abandonando el catecismo?

Aquel pobre niño era considerado por su padre y su madre como un objeto inerte, que pudiera modelarse y manejarse sin tener para nada en cuenta sus sentimientos ni sus pensamientos. Para ellos un hijo era la propiedad exclusiva de sus padres: ¡qué les importaba que tuviera corazón é inteligencia!

Y aun éstos, á pesar de la estrechez de sus ideas,

amaban entrañablemente á León, y se hubieran sacrificado por la vida de aquel hijo formado de su carne y de su sangre. Sin embargo, le entregaban sin vacilación, creyendo hacer bien *como hace todo el mundo*, al nefasto sacerdote que mata, no la vida de los músculos, sino la vida mucho más preciosa del cerebro.

¡Cuántos padres aún, en lugar de ver en sus hijos pequeños seres cuyos primeros pasos se han de guiar con prudencia, dejándoles cada vez más obrar por sí mismos á medida que se desarrollan, les embrutecen con ideas falsas y además los maltratan á golpes! «¡Es mío; tengo derecho á hacer de él lo que quiera!» dice una madre que pega á su hijo porque llora en su tierna edad y después por no saber la lección. Y la desgraciada no comprende que si su hijo llora es porque padece un mal para ella invisible, ó si no sabe la lección es porque su cerebro, poco desarrollado, no puede asimilarse conocimientos frecuentemente presentados de una manera defectuosa. O también, ciertos padres cuyo hijo ha llegado á la edad de hombre, querrán obligarle á casarse con una joven á quien no ame, que ni conozca siquiera, en vez de escoger él mismo libremente según sus sentimientos la compañera de su vida.

Después, el que ha sido educado de ese modo, piensa á su vez que su mujer y sus hijos son su propiedad absoluta y que puede hacer de ellos lo que le plazca, siendo este error causa de crímenes espantosos.

El tío Martín y su mujer hablaron toda la noche acerca de su hijo, y únicamente al fin se les ocurrió la idea de preguntarle si le agradaría irse con el pintor.

—Sí, respondió enérgicamente León; la separación no será para siempre: entre tanto aprenderé mucho y podré ayudar a ustedes cuando estén cansados de trabajar.

Estas palabras hicieron reflexionar hasta á la buena María. La pobre mujer no tenía más que treinta y ocho años, pero se le hubieran atribuido quince más; tal es el efecto de la miseria y de las privaciones que consumen á las mujeres del pueblo y las envejecen mucho antes que á las burguesas ociosas, quienes pueden cuidarse á su gusto y desecharlo que les perjudique ó desagrade.

El tío Martín tenía cuarenta y cinco años y comenzaba á perder su vigor. Ocho ó diez años más, y el conde de Godsilver, ó su intendente director del personal, le despediría por viejo reemplazándole por un trabajador joven. Y ¿qué sería entonces de la familia si, llegado aquel momento, no estuviera León capacitado para atender á la subsistencia de los tres? Esta idea les espantaba.

Debido á esto, cuando el pintor se presentó al rayar el alba, encontró á los padres mejor dispuestos que lo que esperaba.

Le autorizaron, pues, á llevarse todos los días el niño durante el tiempo que permaneciera en Bardabas, y cuando llegara el momento de salir del pueblo determinarían definitivamente.

Estanislao partió con León cuando el tío Martín se dirigió al trabajo.

El pintor había pasado la noche en casa de Monpoignon, que alquilaba cuartos á los viajeros. Allí se había informado y procurado diversas direcciones de casas donde podría ejercer su profesión.

Ante todo fué á su cuarto á tomar sus avíos, consistentes en botes, colores, reglas y pinceles, una blusa larga, y además un delantal que mostró á su aprendiz, diciéndole:

—Este delantal te lo pondrás durante el trabajo para no ensuciarte con los colores.

Después compró á Monpoignon pan, huevos duros y carne fiambre, que puso en un saco, y dijo á León:

—Lleva este saco.

Por su parte Estanislao cargó con su material de trabajo, y cuando todo estuvo dispuesto dijo:

—¡Adelante!

Y se pusieron en camino, atravesando el pueblo. En los umbrales de algunas puertas, algunos niños sorprendidos veían á León acompañado de aquel forastero, mientras nuestro amiguito, satisfecho y orgulloso á la vez por la inauguración de su aprendizaje, se erguía y caminaba á grandes pasos.

—Ya hemos llegado, dijo Estanislao.

Estaban delante del taller del carretero Sebastil, que era una casita baja, unida á un gran cobertizo y á una fragua.

A la puerta se balanceaba una muestra colgante,

que en letras blancas medio borradas, trazadas sobre fondo rojo, se leía:

VÍCTOR SEBASTIL, CONSTRUCTOR DE CARRUAJES
HACE TODA CLASE DE COMPOSTURAS
ALQUILA COCHES

El maestro carretero, que era un hombre grueso y barbudo, estaba ante su banco de carpintero trabajando sobre una llanta, y al ver al pintor y su aprendiz, se les acercó, preguntándole:

—¿Es usted el pintor que viene á pintar mi muestra?

—Sí, señor; supe ayer que solicitaba usted quien ejecutara ese trabajo.

—Está bien. ¿Cuánto me llevará usted?

—Cuatro francos.

—¡Cuatro francos por un poco de color! Es caro.

—Usted cuenta sólo el material; pero hay además el trabajo. ¿Acaso trabaja usted de balde?

—Tiene usted razón. Haga la obra; pero añada sobre lo convenido: «Precios moderados.»

—No tengo inconveniente, dijo Estanislao sonriendo.

En seguida se puso su blusa, ató al cuello de León el delantal que le envolvía por completo y caía hasta los tobillos; después deshizo el envoltorio de sus instrumentos, extendió sus botes y comenzó á preparar sus colores.

Mientras trabajaba, ayudado por León, al que daba las aclaraciones necesarias, le explicaba los

procedimientos del oficio, enseñándole qué colores se deslíen en agua y cuáles otros en aceite ó en goma; le advertía del peligro que hay en tocar los labios con las manos sucias de pintura; le recomendaba el mayor cuidado con el albayalde, que contiene sales de plomo y es un veneno para el organismo; por eso empleaba él el blanco de zinc, que es inofensivo.

León estaba encantado de contribuir á un trabajo realizado entre dos, fraternalmente y mezclado con explicaciones interesantes.

Estanislao era, no un amo autoritario, sino un guía, una especie de hermano mayor, cuyas indicaciones seguía el novel aprendiz con tanta precisión como complacencia.

—¡Así debería de trabajarse siempre! exclamó el niño en un arranque de entusiasmo.

—Sí, replicó Estanislao; así seguramente trabajarán los hombres, cuando sean menos ignorantes que en la actualidad: se asociarán según sus gustos y capacidades, se entenderán para distribuirse las tareas, y como trabajarán por su propia cuenta y no en provecho de patronos, se dedicarán con empeño y alegría al trabajo, que habrá dejado de ser una ignominia de esclavo y una maldición de réprobo, para adquirir su natural carácter de complemento y objetivo de nuestra energía y de nuestra actividad, á la par que dichoso equilibrio entre nuestras necesidades y nuestros goces.

Después de haber preparado los colores, descolgado, pintado y vuelto á colocar la muestra, se pre-

paraba Estanislao á recoger sus utensilios y á retirarse, cuando el carretero le detuvo proponiéndole pintar un coche viejo que tenía en el cobertizo.

Conviniéron en el precio, y, por primera vez, bajo las indicaciones de su amigo, León manejó el pincel, lo que le cōlmó de satisfacción.

Habían transcurrido muchas horas sin que el niño se diese cuenta de ello, y Estanislao dijo:

—¡Alto! vamos á comer.

Sacó un pedazo de jabón, fueron á la fuente y se lavó las manos hasta que desapareció toda mancha de pintura, teniendo cuidado de que León hiciera lo mismo.

Después dió unos céntimos al niño para que comprara un jarro de leche en una granja próxima. Con la leche, el pan, los huevos duros y una parte de la carne fiambre que guardaban en el saco, hicieron una comida que el niño encontró deliciosa.

Terminado el último bocado, León quiso emprender en seguida el trabajo, pero Estanislao le detuvo.

—No, amigo mío, le dijo sonriendo por su precipitación. Hay tiempo para todo. El trabajo, salvo casos de necesidad absoluta, debe interrumpirse por intervalos de reposo, y, después de las comidas, se ha de hacer un poco de ejercicio para facilitar la buena digestión.

De ese modo, el pintor añadía, á la enseñanza técnica que daba á su compañerito, nociones elementales de higiene. Por desgracia, esas nociones tan necesarias para la conservación de la salud, mu-

chas gentes, especialmente entre los trabajadores, las ignoran ó las descuidan.

Estanislao llevó, pues, consigo al niño á estirar las piernas, y después de haber andado durante un cuarto de hora, se sentaron á la sombra de un árbol á la orilla de un arroyuelo que corría sobre la dorada arena.

El pintor cortó una varilla de una de las ramas del árbol, y dibujó una figura sobre la arena.

—Esta, dijo á León que le miraba con sorpresa, es la letra A. Todas las palabras de que nos servimos para hablar y para escribir están compuestas de letras.

Y dibujó las unas después de las otras, explicando cómo combinando esas letras se formaban sonidos diferentes.

León escuchaba aquella explicación con un interés infinitamente superior al que concedía al cura Necedal cuando refería las aventuras del rey Nabucodonosor convertido en fiera durante siete años. Hubiera permanecido allí hasta la noche formando y deletreando aquellas letras; pero el tiempo pasaba, y Estanislao se levantó diciendo:

—Ahora en marcha. No hemos terminado nuestro trabajo en casa del carretero.

Aquel día terminó tan agradablemente como había comenzado. Como el pintor había cobrado el precio de su trabajo, fué con su aprendiz á un restaurant donde encargó una tortilla, y con el resto de la carne y un poco de vino hicieron una comida que, aunque sencilla, pareció opípara al niño, acos-

tumbrado á comer bajo el techo paternal sopa, legumbres y verduras pobremente condimentadas.

—¡Si siempre se pudiera comer así! suspiró León con alguna tristeza en medio de su alegría, pensando en su padre y en su madre, que en aquel momento comerían su ración de patatas asadas bajo el rescoldo.

—Siempre se podría seguramente, respondió Estanislao, porque la tierra produce de sobra con que alimentar á todos. Por desgracia la mayor parte de esa riqueza se halla estancada y monopolizada por los que poseen mucho dinero en perjuicio de los pobres.

—¿Y por qué poseen unos tanto dinero y los otros no tienen nada? preguntó León.

Esta misma pregunta ya la hizo León á su padre; pero el pintor no vaciló en responder.

—Poseen dinero porque, sin haber trabajado nunca, lo han heredado de sus padres; ó porque han podido explotar el trabajo de unos infelices á quienes apenas daban lo preciso para no morir.

—Pero, exclamó León con acento de rebeldía, ¿por qué esos infelices lo soportan?

—Porque son cobardes, ignorantes ó desunidos; frecuentemente son las tres cosas á la vez.

Y, como hablando consigo mismo, añadió el pintor:

—Sí, la ignorancia; esa es la más terrible enemiga del género humano.

CAPITULO X

Los matadores de hombres

Al día siguiente Estanislao encontró á los esposos Martín sonrientes y afables. León les había referido su alegría de aquella primera jornada de trabajo y participaban de la alegría de su hijo.

Esta vez se dirigieron hacia otro pueblo. La tarea se cumplió tan alegremente como el día anterior, entrecortada por la comida, un paseito y una lección de lectura.

Cuando volvían al trabajo después de comer, se cruzaron con una gran porción de hombres vestidos de azul y rojo, que marchaban de dos en dos en una larga fila, con un fusil al hombro y un sable al costado. Al frente iba un hombre á caballo cubierto de bordados y galones dorados, y que en vez de fusil y sable llevaba una espada en la mano. No lejos de éste, un individuo llevaba un palo largo, en cuyo extremo superior flotaba al viento una tela de varios colores. Delante de todos, unos hombres tocaban trompetas marcando el paso de aquella gente de una manera acompasada, dando al conjunto el aspecto de una monotonía mecánica.

—¡Qué bonito! exclamó León batiendo palmas.

Por primera vez y con gran sorpresa vió León enfadado á su amigo y maestro.

—¡Eso te parece bonito! exclamó enojado Estanislao. Hombres vestidos como peleles, que marchan uno detrás de otro como carneros, sin inteligencia, sin voluntad y que no saben más que obedecer. ¡Eso es repugnante!

—Pero, respondió el niño, tratando de discutir; me gusta la música, y ese traje no es tan feo como el de aquellos que se visten de negro y se ponen un tubo en la cabeza. ¿Por qué no se han de vestir éstos de rojo y azul?

—Todo el mundo tiene el derecho de vestirse como quiera, convenido, eso no causa mal á nadie, dijo Estanislao; pero á éstos no se les pregunta si les gusta vestirse de ese modo: se les toma á la fuerza, se les embrutece y se les da una librea para indicar que forman una aglomeración de matadores de hombres.

—¡Cómo! exclamó León; ¡esos son matadores de hombres y se les deja pasear libremente!

Y miró á su amigo para asegurarse que no se burlaba de él.

—Sí, son matadores de hombres, insistió el pintor. Si operasen en pequeño y por cuenta propia, seguramente se les prendería; mas operan por cuenta de un gran patrón, que se llama el Estado, y en lugar de estrangular por aquí ó por allá una pobre mujer ó un transeunte noctámbulo para apoderarse de su portamonedas, pueden, gracias á sus armas

perfeccionadas, matar miles de hombres á la vez, entrar países enteros á sangre y fuego y meter mano sobre muchos millones. Y en lugar de castigarlos, se les recompensa con cintitas ó galones dorados, y se les pagan pensiones que han de pagar los trabajadores.

—¡Eso es abominable! murmuró León pensativo. ¿Pero por qué consienten en hacer semejante oficio?

—Porque se ha perturbado su inteligencia con toda clase de narraciones y lecturas, hasta el punto de creer que hacen bien. La mayor parte de ellos temblarían de indignación si viesen á un malhechor degollar á un transeunte inofensivo, y sin embargo ellos están dispuestos á exterminar hasta sus padres y sus madres si sus jefes se lo mandan.

—¡Sus padres y sus madres! ¡Eso no es posible!

Como se ve, la discusión estaba seriamente entablada, y Estanislao se complacía en ver á su amiguito que procuraba razonar en vez de retener y repetir sin comprender, como un papagayo, las cosas que le decía.

—Sí, explicó el pintor, esos hombres, que en su mayor parte son hijos de obreros ó campesinos, sólo conocen la disciplina y sus jefes. Sucede á veces, que los trabajadores, descontentos de su estado, protestan y reivindican su parte de la riqueza que han producido. Entonces, ¿sabes lo que hacen los capitalistas como el conde de Godsilver? No atreviéndose á hacer frente á sus explotados, echan mano de los matadores de hombres de pie ó de caballo, porque hay diversas categorías, y en cuanto

los pobres trabajadores alzan un poco la voz, les hacen fusilar ó acuchillar. En un país situado á algunos centenares de leguas de aquí, sometido á la dominación del bandido Guillermo Zollern, éste tal ha recordado á sus matadores que eran su propiedad, y si se lo ordenara, deberían matar sin vacilar á sus propias familias.

En otro país, hay un cuerpo de esos matadores llamado *guardia incivil*, que está especialmente encargado de matar trabajadores al menor signo de agitación. Llegará un día en que conocerás la historia de Narciso y de Inmorales, dos jefes de ese cuerpo especial, y verás qué bandidos eran.

Esta conversación había entristecido un poco el alegre humor de León. Pensaba en las víctimas de los asesinos y de aquella guardia incivil, en los obreros tendidos en el suelo con el cráneo abierto de un sablazo ó el pecho agujereado por un balazo; veía familias llorando, madres desesperadas estrechando entre sus brazos los niños moribundos de hambre. Y también se indignaba contra el bandido Guillermo Zollern, preguntándose cómo seres humanos podían soportar la tiranía de semejante monstruo.

Cuando por la noche se separaron los dos amigos, León dijo á su maestro lanzando un suspiro:

—Mañana no podré estar con usted por la tarde. Es día de catecismo.

—Ten valor, respondió Estanislao. Dentro de pocos días partiremos, entre tanto, no creas una palabra de cuanto te diga el cura.

CAPÍTULO XI

La partida

El pintor sentía profunda indignación ante la idea de que no podía impedir que su amiguito volviera al curso de embrutecimiento profesado por el cura Necedal.

Por un momento tuvo la veleidad de hablar de ello al tío Martín, para demostrarle que era un verdadero crimen enviar su hijo á escuchar las perniciosas locuras de un impostor; pero se retuvo pensando que el pobre hombre no le comprendería y que, aunque le comprendiese, no tendría el valor de obrar diferentemente que los otros.

Después pensó en llevarse consigo á León sin la autorización de sus padres, considerando que un hijo no ha de ser la propiedad inerte de los que le han dado la vida: los padres tienen sobre este sér viviente, no derechos, sino deberes. Y si, por ignorancia ó cobardía, le condenan á ser un desgraciado embrutecido, el que lo evita y el que les quita un pequeño sér cumple un acto de salvamento.

Así pensaba Estanislao.

Después reflexionó que ese medio desesperado

presentaba graves inconvenientes. León amaba entrañablemente á sus padres, y le pesaría luego haberse separado de una manera que rompiera forzosamente todas las relaciones y dificultara la vuelta á su casa. Aparte de que sus padres no se dejarían arrebatar así su hijo, sino que se dirigirían á las autoridades, á la policía y á la gendarmería, y serían alcanzados los fugitivos. No, era preferible valerse de otro medio. Estanislao había ganado la simpatía de los padres, sobre todo la del tío Martín, y comprendió que esas pobres gentes carecían del conocimiento suficiente para permitir que su hijo fuera llevado lejos del país; pero si esperaba pacientemente algunos días cedería su resistencia. Además estaban contentísimos de que el pintor enseñara á leer á su hijo.

—Es muy hermoso, murmuraba la madre con un tanto de orgullo; sabrá tanto como un hijo de burgués.

Pero inmediatamente, pensativa, añadía:

—Sí, mas ¿de qué le servirá saber leer? La instrucción no llena el estómago. ¿Será por eso más feliz?

—¡Quién sabe! replicaba el padre.

León había tenido la prudencia de ocultar á sus padres las opiniones antireligiosas del pintor; comprendía que eso les hubiera inspirado desconfianza é impediría su partida.

Deseaba vivamente partir, pero al mismo tiempo se le oprimía el corazón al pensar en separarse de su padre y de su madre: comprendía que éstos en

su ignorancia y su miseria, que les impedían darle una educación sana, le amaban con ternura, á lo que él correspondía debidamente; pero pensaba que permaneciendo en Bardabas quedaría reducido á la condición de miserable esclavo de algún rico, como lo era su padre, y no quería perder la ocasión, presentada de modo tan inesperado, de instruirse, conocer la vida y llegar á ser un hombre emancipado, capaz de sustraer á sus padres de aquella vida miserable.

¡Cuán estúpidas y repugnantes parecieron al niño las dos últimas lecciones de catecismo! Animábale la idea de que aquello para él tocaba á su fin.

Hacía ya más de una semana que Estanislao estaba en Bardabas y cada día dedicaba algunas horas á su amiguito, quien ya conocía las letras y comenzaba á deletrear. Acompañaba las lecciones con relatos á la vez instructivos é interesantes, que desterraban de ellas toda aridez, refiriendo, por ejemplo, cómo los hombres, inducidos á buscar signos para fijar su pensamiento, habían inventado diferentes clases de escritura: le hablaba de los dibujos jeroglíficos de los antiguos egipcios; de los signos por los cuales los chinos representan sonidos, de los *quipos*, ó cordones con nudos de los peruanos anteriores al descubrimiento de América; le mostraba como la misma necesidad de cambiar ideas se había manifestado en pueblos diferentes, y después le enseñaba á formar cifras y á contar.

León le escuchaba con avidez, esforzándose por almacenar en su joven cerebro cuanto le decía su amigo, hasta que éste solía decirle:

—Ahora basta. Es bueno ejercitar la memoria, pero es malo cansarla.

Estanislao comenzaba á no encontrar trabajo en las inmediaciones de Bardabas, y como distaba mucho de ser tan rico como el conde de Godsilver y Monpoignon, tuvo que pensar en alejarse.

—Vamos, dijo una noche al tío Martín, ¿cree usted que abusaría de su confianza si me permitiera llevarme á León por algún tiempo?

—No, respondió el buen hombre con tono de convicción; veo que es usted hombre de corazón y de saber, y que ama á nuestro hijo.

—¿Conviene usted en ello? preguntó el pintor con alegría.

—Sí; ¿cuándo es la partida?

—Mañana; si no se presenta algún inconveniente.

—¿Por cuánto tiempo?

—Ocho ó diez meses quizá; pero prometo escribir frecuentemente dando á ustedes noticias de León, y también podrá escribir él mismo, porque pronto aprenderá.

—Corriente; el compadre Mateo me leerá vuestras cartas.

Dado el consentimiento por el tío Martín, su mujer no se atrevió á negar el suyo. También ella sentía simpatía por el pintor, y comprendía que su proposición procedía de un impulso generoso.

Llegó el momento de la separación y de la marcha. León se despidió cariñosamente de sus padres, quienes sintieron profunda pena al verse privados de su bondadosa y filial compañía, y partió con

Estanislao para conocer el mundo que se abría á su paso.

Comenzaba una vida nueva.

Por toda riqueza llevaba el niño en un morralillo una camisa de lana, un par de calcetines y dos pañuelos, porque la familia Martín, á pesar de su pobreza, había rechazado la sucia costumbre á que recurren los que prescinden del pañuelo.

León llevaba puesto su único traje, arreglado de otro viejo de su padre y remendado muchas veces; tenía zapatos fuertes aún, que usaba desde hacía seis meses en circunstancias especiales, y con su gorro de lana azul daba á su fisonomía franca, decidida y ya pensativa, un aspecto de encanto infantil y de precoz decisión. Hubiera podido servir de excelente modelo para un dibujante ó un pintor de género, como lo había sido Estanislao antes de dedicarse á pintor de brocha gorda.

Pero León no pensaba en tal cosa. Resuelto y confiado en su gran amigo, iba derecho y con sencillez por la vía donde le llamaba la vida.



CAPÍTULO XII

El Cielo

Estanislao y León salieron de Bardabas al rayar el alba, y á buen paso se dirigieron hacia el Sud, atravesando aquella campiña aun dormida.

Bajo aquel cielo pálido que pronto enrojecerían los primeros fuegos de la mañana, todo permanecía en silencio; únicamente algunos pajarillos se despezeaban alrededor de sus nidos y preludiaban con leves gorjeos los alegres cantos del día. Las hojas verdes de los árboles y las matas de hierba que bordeaban el camino brillaban con las perlas del rocío. En algunas habitaciones aisladas se oían ruidos sordos que indicaban el despertar de sus moradores.

De pronto, un canto de alondra se elevó al azulado firmamento, mientras que una banda rosa aparecía por Oriente, coloreándose poco á poco con más vivos matices á la par que ganaba en extensión. Y como si aquel canto y aquella aparición hubiera sido una señal, cantaron los gallos, piaron los pajarillos, mugieron los bueyes, balaron las ovejas y el asno dió la nota grave en aquel concierto de la naturaleza.

Una triste disonancia oyeron nuestros viajeros al pasar en aquel momento por delante de una casa, producida por una voz que dijo:

—¡Arriba, perezosos; se ha de ganar el pan que se come!

León, impresionado por la grandeza de aquella decoración, exclamó:

—¡Qué hermoso! Con la aproximación del sol se renueva el movimiento y la vida.

—Sí, respondió Estanislao. El sol es el hogar que da á nuestra tierra y á los planetas que le rodean el calor, la luz y la vida. Cuando el sol se apague nuestra tierra habrá dejado de existir mucho tiempo antes.

—¡Cómo! ¿El sol ha de apagarse?

La fisonomía de León expresó tan desesperada angustia, que León no pudo menos de reír.

—Tranquilízate, le dijo. Ni tú ni yo lo veremos. Antes de que tal cosa suceda han de transcurrir no pocos millones de años; pero ten entendido que en la inmensidad sin límites del espacio hay siempre soles que se encienden y soles que se apagan, y el nuestro sufrirá la suerte común.

—Pues qué, preguntó el niño apasionadamente interesado; ¿hay más mundos que el nuestro? ¿Se vive también en ellos?

—Sí. Nuestra tierra no es sino un punto imperceptible en el espacio, y su existencia debe de ser ignorada para los habitantes de los mundos lejanos. En cuanto á la vida, es universal: lo mismo existe en una gota de agua donde el microscopio nos

muestra miriadas de habitantes, que en el infinito del cielo.

—¡El cielo! ¿Es el mismo que aquel de que habla el cura?

—¡Ca! dijo Estanislao encogiéndose de hombros despreciativamente. Lo que dice el cura es un amasijo de disparates, imaginados primeramente por soñadores ignorantes y tímidos, enseñados después por pícaros que trataron de embrutecer los individuos para dominarlos. El terror causado por la idea del aniquilamiento, y el deseo de ver otra vez y para siempre los seres amados perdidos por la muerte, han inventado en todos los tiempos y países la existencia de un lugar donde se revive en nuestro ser actual. Los antiguos griegos y romanos tenían el Olimpo para sus divinidades, y, para los mortales, los Campos Elíseos y el Tártaro, según hubieran sido buenos ó malos. Los escandinavos, raza guerrera, tenían el Walhalla, donde los héroes después de muertos gozan continuamente del placer de beber y de batirse; los pieles rojas tenían un país de los espíritus, donde los difuntos se dedican á grandes cosas; los indios, los musulmanes y los cristianos tienen cada uno su cielo, y no se verían poco apurados si tuvieran que indicar dónde están situados. El más ridículo de todos me parece el de los cristianos, que hacen consistir la felicidad en cantar despropósitos contemplando á su dios cara á cara. ¡Cara á cara! ni más ni menos; nunca de perfil. Lo que los hombres de buen sentido llaman el cielo no es más que el espacio que envuelve la tierra y al que

no podemos concebir límites. Este espacio que se extiende sobre nuestras cabezas, nos parece azul cuando los rayos del sol atraviesan las capas de aire que respiramos. Del mismo modo, el agua vista en masa profunda nos parece azul. En otro tiempo creían los hombres que ese cielo era una bóveda sólida en la que estaban colgados el sol, la luna y las estrellas; suponían que esos cuerpos luminosos habían sido creados por su dios para iluminar la tierra volteando á su rededor; pero se apercibieron después que el cielo no es un techo y que la tierra gira en torno del sol, y el absurdo de las religiones ha quedado manifiesto.

—¡Qué felicidad es saber tantas cosas! suspiró el niño con admiración. Yo quisiera saber todo.

—Eres muy ambicioso, muchacho, dijo el pintor sonriendo. *Todo* nadie lo sabe.

—¡Cómo! ¿Nadie?

—No. Todos los días aprendemos multitud de cosas, y hay otras que, por naturales que sean, permanecerán verosímilmente desconocidas para nosotros, á pesar de nuestras investigaciones. Por esto precisamente debemos rechazar los impostores que, sin saber más que nosotros, y aun sabiendo casi siempre menos, pretenden conocer el fondo de las cosas y reemplazan la ciencia, la investigación y el razonamiento por absurdos.



CAPÍTULO XIII

Camino de Bárcena

Andando y caminando se encontraron á unos tres kilómetros de Bárcena.

Alrededor de aquella ciudad, el despertar de la vida se manifestaba mucho más potente, y también la decoración había sufrido gran cambio. En vez de granjas y casas rústicas, á cuyo rededor picoteaban las aves de corral, se veían grandes edificios con elevadas chimeneas, que arrojaban grandes espirales de humo, y en cuyo interior resonaban ruidos continuados con pesada monotonía. Veíanse, reemplazando los carros de los campesinos y los arados que surcaban los campos, rieles como serpientes de hierro prolongarse por el suelo ó penetrando en los patios de aquellos edificios; sobre el camino y las vías férreas cruzábanse los carros con las vagonetas que circulaban alrededor de fábricas y almacenes.

Todo anunciaba la proximidad de una gran ciudad industrial.

León, que no había contemplado jamás semejante espectáculo, se manifestaba admirado.

- ¡Cuánto se debe de trabajar allá! murmuró siguiendo con la vista una larga fila de trabajadores

que, con sus herramientas al hombro, se alejaban en dirección de Bárcena.

—Sí, se trabaja mucho, respondió pensativo Estanislao. En la ciudad como en el campo el movimiento es incesante; lo malo es que esas gentes no trabajan para sí.

Y añadió en voz baja:

—No obstante; si los trabajadores comprendieran y quisieran, ¡qué cambio tan asombroso!

Aunque pronunciadas estas palabras de aquel modo, León las oyó, y preguntó:

—¿Depende de los trabajadores cambiar su suerte?

—Seguramente, respondió el pintor. Sentémonos al pie de este árbol, y hablaremos mientras descansamos un poco y tomamos un bocado; ya te explicaré eso.

Estanislao sacó de su saco de viaje pan, huevos duros y una botella de leche.

—Come y bebe primero, dijo á su compañero. Has caminado largo rato como un hombre, ahora necesitas reparar las fuerzas.

Terminado el desayuno, Estanislao prosiguió:

—El pueblo, es decir, esa multitud de hombres y mujeres condenados á trabajar constantemente, so pena de perecer de hambre, para algunos afortunados, tiene su suerte en sus manos, porque es la fuerza, una fuerza irresistible si tuviera clarividencia en vez de ser ciega. ¿No es él el que produce? ¿Acaso hombres como el conde de Godsilver y Monpoignon podrían vivir si no hubiera quien cultivara sus tierras é hiciera nacer los productos que com-

pran baratos y venden caros? ¿Y no te parece que si los trabajadores se entendieran para obrar de acuerdo, serían más fuertes que algunos individuos que les imponen la ley?

—Pero hay matadores de hombres, replicó León, recordando aquellos hombres armados y uniformados que encontraron en las inmediaciones de Bardabas.

—Es cierto, dijo Estanislao; pero si los hijos del pueblo se negasen á ser matadores armados para la defensa de los explotadores, ¿podrían éstos hacer frente á los explotados?

—No, exclamó el niño. Estoy seguro que mi padre solo sería más valiente y más fuerte que el conde de Godsilver.

—¡Ya lo ves! repuso el pintor. Es necesario que los hijos del pueblo se nieguen á servirse de sus armas contra sus padres y sus hermanos en beneficio de sus explotadores; y deben negarse, no sólo por impulso del corazón, sino también por buen sentido, porque han de considerar que, terminado el plazo de su servicio, serán otra vez trabajadores, y á su vez se verán obligados á penar para los parásitos, y entonces sufrirán y maldecirán á los soldados enviados contra ellos cuando quieran sacudir el yugo de los amos.

Estanislao se detuvo un momento: quería dar á León el tiempo necesario para meditar esas palabras, porque pensaba que no han de retenerse los pensamientos sino después de bien comprendidos.

León permanecía silencioso reflexionando: veía

levantarse los trabajadores en número inmenso, cubriendo la tierra, campos y ciudades, negándose á someterse por más tiempo al yugo para mantener en la abundancia unos parásitos como el conde de Godsilver. Y los capitalistas, incapaces de trabajar por sí mismos y faltos de valor para defender sus privilegios, huían temblando ó procuraban disuadir con palabras halagüeñas á sus esclavos rebeldes. Los más arrogantes se volvían dulces y tímidos, apelando á los sentimientos generosos de los trabajadores, y ya muchos de ellos, enternecidos, olvidaban sus justos rencores; pero de repente cambiaba la escena: aparecían los soldados, hacían fuego sobre los trabajadores, y gran número de ellos caían para no levantarse jamás, en tanto que la guardia incivil perseguía á sablazos á los otros, hiriendo sin piedad á cuantos podía alcanzar.

¿Cómo León, que no había jamás presenciado el conmovedor espectáculo de una huelga reprimida por los matadores de hombres, podía, á su edad, tener una idea tan exacta de las cosas? Debíase, sin duda, á que antes de conocer al pintor había sentido veleidades confusas de rebeldía, cada vez que oía á sus padres, hablando de su miseria, preguntarse qué comerían al día siguiente, á pesar de que el tío Martín se mataba á trabajar en beneficio de un holgazán. Después se le presentó Estanislao, que le explicaba tantas cosas, y sus ideas se despertaron: entonces comprendió y adivinó.

León permaneció silencioso algunos minutos. Después preguntó:

—¿Qué medio sería el mejor para que los hijos de obreros y de campesinos no se convirtieran en matadores de hombres? ¿Sería conveniente que huyeran tan lejos que no se les pudiera alcanzar, ó sería preferible rebelarse?

—La pregunta es muy sensata, respondió el pintor, porque no basta señalar lo malo, es necesario indicar también el medio de evitarlo y pensar lo que convendría hacer en su lugar. Hay jóvenes de corazón que prefieren el destierro y la miseria en países desconocidos antes que ejercer el infame oficio de matadores de hombres, dando un hermoso ejemplo; éstos tienen derecho al apoyo fraternal de los hombres conscientes y sinceros de todo el mundo. Desgraciadamente esos actos individuales, aunque cada vez más numerosos, no bastan para conseguir que no haya soldados. Muchos jóvenes carecen de recursos para ir al extranjero y residir allí; otros, la mayor parte aún, son completamente inconscientes, y por ellos es tan considerable el número de los que manejan el fusil en defensa de los explotadores. Es preciso, pues, que aquellos jóvenes que, aunque conscientes, no han tenido valor ó han carecido de medios para ir al extranjero, hagan obra útil aun en medio de los soldados. Hay jóvenes también que se quedan con la intención decidida de sembrar las ideas verdaderas entre sus camaradas, enseñándoles que es inicuo atropellar y asesinar al pueblo de donde han salido y donde han de volver en beneficio de los explotadores.

Estos enseñan á sus compañeros que no se debe

matar al pueblo, de donde proceden, para mayor utilidad de los explotadores; que, puesto que tienen armas en sus manos, sirvan éstas para la defensa y para la emancipación de sus padres y de sus hermanos; que el enemigo, digan lo que quieran los jefes, no es ese conjunto de obreros desarmados y hambrientos que reclaman justicia contra la avaricia patronal.

—Sí, exclamó León con entusiasmo, los soldados podrían cambiarlo todo si quisieran, puesto que tienen las armas; sólo que sería necesario que obrasen todos á la vez, porque de otro modo se echaría mano de los malos contra los buenos.

—Tienes razón, dijo Estanislao. Sí; es necesaria una rebeldía general; mas por desgracia eso es difícil de conseguir por el momento, aunque no imposible, y su día llegará. No quita que, en ciertas circunstancias, algunos hombres de corazón den el ejemplo llevando tras sí una masa vacilante. Es verdad que arriesgan su vida, pero es indigno del hombre el temor de la muerte, ya que ésta es al fin inevitable. De ese temor vil tiene la culpa la religión cristiana, con su invención de un infierno para los llamados impíos, que son los inteligentes y los dignos; el miedo á las penas eternas ha acobardado á los seres humanos.

Basta por hoy; se hace tarde y hemos de continuar nuestro camino.

CAPÍTULO XIV

Solidaridad

Los dos viajeros entraron en Bárcena, y León sintió emociones indefinidas.

¿Era estupor? ¿Era admiración? Sin duda las dos cosas y también una especie de temor.

No habiendo visto más que casas rurales, á excepción de la de Monpoignon y del castillo de Godsilver, al cual no había podido nunca acercarse, veía ahora interminables filas de casas de cinco y aun de seis pisos. Almacenes y fábricas se prolongaban á lo largo del camino; más lejos, trenes de viajeros y de mercancías se cruzaban á cada instante sobre la línea férrea de Bárcena á Cebera; vehículos de todas clases y dimensiones se seguían y aún se empujaban ó se oprimían, mientras los carreteros, dominados por la impaciencia, en su deseo de avanzar, juraban y maltrataban con rabia á sus caballos.

—¡Pobres animales! exclamó León, viendo el maltrato de que eran objeto mulas y caballos; debería de tratárseles con más dulzura.

—Sí; dijo el pintor. Por desgracia el hombre ha permanecido cruel, y no puede ser compasivo

con los animales cuando carece de humanidad y de justicia hacia sus semejantes.

En esto llegaron á una calle larga y estrecha, cuando de pronto oyeron el sonido de una campanilla, y vieron un cura en traje de ceremonia, llevando entre sus manos un utensilio extraño de metal dorado, que venía hacia ellos, precedido por un monaguillo que tocaba una campanilla.

En la calle los hombres se descubrían, las mujeres se persignaban y algunas hasta se arrodillaban.

León, viendo á los hombres descubrirse, maquinalmente se quitó el gorro; pero se le puso en seguida al ver la risa burlona de Estanislao, que permaneció cubierto.

—¿Por qué se quitan esos hombres el sombrero? preguntó el niño.

—Porque están embrutecidos por la educación religiosa, respondió el pintor. ¿Te descubrías tú cuando veías á tu madre llevar en la mano una sartén ó un cazo?

—Claro que no.

—Pues ese utensilio que los devotos llaman el copón no tiene más mérito que una sartén ó un cazo, y aún puede decirse que vale menos, porque ni siquiera sirve para cocer agua.

Algunos transeuntes, y sobre todo algunas viejas de las que se habían arrodillado al paso del cura, miraban ceñudos á Estanislao y aún á León. El cura, al pasar cerca de ellos, les lanzó una mirada furibunda, murmurando la palabra: «¡herejes!» Pero el pintor se encogió de hombros, y su actitud, á la

par que tranquila, era tan resuelta, que nadie se atrevió á armarle camorra.

—¿Lo ves? dijo Estanislao, no se ha de tener miedo nunca. El hombre resuelto que lleva una idea en la cabeza se impone generalmente á los imbéciles, aunque sean muchos.

El joven pintor no había estado nunca en Bárceña. Sin embargo, como había estudiado el plano de la ciudad, caminaba sin dudas ni vacilaciones y sin necesidad de preguntar á los transeuntes.

De ese modo, después de haber recorrido el paseo de César, larga avenida terminada por un hermoso parque, entraron en el boulevard Carlo Magno, bordeado de soberbios almacenes, y al cabo de cinco minutos entraron por la izquierda en la calle del Marqués del Asalto.

—¡Qué bestias son los hombres! dijo á su joven compañero. Dan á las calles y á las plazas públicas nombres de bandidos célebres, como si fuera una cosa honrosa. Ese César era un malvado que entró á sangre y fuego veinte pueblos diferentes á quienes sometió al yugo de Roma, y Carlo Magno no fué mejor que el otro: convertido en instrumento de los sacerdotes, se dedicó á esterminar á cuantos, como los sajones ó los sarracenos, se negaban á someterse á la religión católica. En cuanto al marqués del Asalto, fué un estúpido vulgar que ganó cierta celebridad y honores conduciendo un rebaño humano á la matanza por activa y por pasiva, mientras se olvida el nombre del inventor de la brújula y el arado.

Estanislao se detuvo cuando acabó de pronunciar esas palabras. Se hallaban delante de la casa señalada con el número 5.

—Es aquí, dijo.

Y ambos viajeros penetraron en el portal, subieron una escalera casi obscura, llegaron hasta el segundo piso y se detuvieron ante la puerta de la derecha, en la que había una tarjeta con esta inscripción:

G. PERALDI

Tipógrafo

El pintor llamó á la puerta, y un joven de aspecto general simpático y de fisonomía franca, vestido con blusa negra y larga, abrió. En la primera pieza se hallaban varias cajas de imprenta, una de esas mesas de fundición llamadas *mármol* ó *platina* y una *minerva* ó prensa de mano.

—¿El señor Peraldi? preguntó Estanislao.

—Servidor de usted, respondió el tipógrafo.

El pintor se nombró y ambos jóvenes se dieron un cordial apretón de manos, y en seguida se tutearon, y la palabra «compañero» reemplazó al ceremonioso tratamiento de «señor.»

Estanislao Loupinsky y Giacomo Peraldi, sin haberse visto nunca, se conocían por correspondencia. Ambos profesaban las mismas ideas, tenían idénticas esperanzas de justicia social y habían combatido igualmente contra la tiranía y la explotación.

En tanto que Estanislao luchaba contra los asesinatos al servicio de la familia Manoff, Giacomo, cuyo

nombre indicaba su origen italiano, se dedicaba en la ciudad de Bilano á una activa propaganda en pro de las ideas de emancipación. Terminado su trabajo diario, dedicaba sus noches á escribir folletos que hacía circular entre los desheredados de toda clase, obreros y vagabundos hambrientos y haraposos que apenas ganan en la fábrica el pan de la esclavitud. Economizando aún sobre sus necesidades más perentorias y quitando tiempo al descanso, había logrado adquirir conocimientos sólidos, que había extendido después frecuentando cursos nocturnos y hablando con personas instruídas.

Había observado, cuando hablaba con burgueses instruídos, que el espíritu de clase se sobreponía á la razón en tratando de asuntos relacionados con el bienestar y la felicidad de la humanidad, lo que se explica considerando que el conocimiento, por grande que sea, no reemplaza al buen sentido natural ni á la nobleza de corazón, y que únicamente la ciencia alcanza el sublime esplendor de que es susceptible cuando se completa con el recto juicio y la bondad del sentimiento.

Después de una terrible insurrección ocurrida en Bilano, producida por el hambre y la desesperación, en que los insurrectos luchaban con palos y piedras contra cañones y fusiles perfeccionados, sin haberseles ocurrido la idea de apoderarse de las armas de las armerías, y en que aquellos infelices fueron vencidos y exterminados, Giacomo Peraldi, que había combatido y tratado de organizar el último día una suprema resistencia en calles estrechas fáciles de

cerrar con barricadas, cuando la derrota fué consumada, logró escapar al extranjero y se instaló en Bárcena, conocedor de la lengua del país y hallándose en correspondencia con algunos trabajadores de la ciudad que, como él, consagraban su energía á la difusión y práctica de las ideas generosas.

Giacomo y Estanislao habían tenido ocasión de escribirse algunas cartas, de modo que, aun no habiéndose visto, se conocían y se profesaban recíproca amistad.

El pintor presentó á Giacomo su joven compañero.

—Hé aquí un compañerito que será mañana un hombre consciente.

El tipógrafo acarició afectuosamente la cara del niño.

¡Qué diferencia entre las fisonomías de aquellos dos hombres, francas é iluminadas por la entusiasta comprensión de las grandes ideas, y la fisonomía triste, hipócrita ó brutal de los hombres que pasan la vida sin tratar de comprenderla!

Lo que sobre todo admiraba á León era la facilidad con que habían fraternizado el pintor y el tipógrafo. Y esa admiración se reflejaba tan claramente en su rostro que á los dos amigos causó risa.

—¿Te sorprende, le dijo Estanislao, vernos tan pronto buenos amigos?

—Sí, respondió ingenuamente el niño.

—Es que, como ves, nada es causa de amistad como la participación de las mismas ideas y sostener la misma lucha contra la maldad y la estupidez.

—Más adelante, añadió Giacomo, comprenderás que los trabajadores que piensan y que quieren emanciparse deben buscarse y conocerse, entrar en las sociedades obreras para llevar á ellas sus ideas y crear relaciones entre todos los cuerpos de oficio. Día vendrá en que los pintores, los tipógrafos, los albañiles, los zapateros, los sastres, los panaderos, los trabajadores del transporte, los labradores y todos los obreros de todos los demás oficios se reúnan en una gran federación, y entonces, más fuertes que los capitalistas, á pesar de sus millones, podrán realizar el gran acontecimiento emancipador que desposeerá á los explotadores y usurpadores de lo que debe ser de todos y asegurar la felicidad común. Para esto han de sostenerse los unos á los otros; es necesaria *la solidaridad*.



CAPÍTULO XV

Máquinas, Trabajo y Riqueza

Giacomo, que vivía solo y preparaba él mismo sus comidas, invitó á sus dos visitantes á comer, para lo cual sacó de su despensa un hermoso trozo de carne, verdura y legumbres frescas y una botella de vino.

—Vamos á comer como los ricos, dijo cándidamente León.

—Amigo mío, respondió el tipógrafo sonriendo, los que trabajan han de comer. No hay duda que es ridículo hacer excesos, sobre todo en la bebida, porque con ellos pierde el hombre su razón y su dignidad; pero no es menos ridículo creer que hay que privarse de lo necesario y hasta que es bueno dejar el goce de ello á los ricos holgazanes. Precisamente los que gastan fuerzas son los que necesitan repararlas por una buena alimentación.

—Sí, apoyó Estanislao; conviene desenmascarar la hipocresía de los moralistas que ponderan al pueblo la bondad de la abstinencia para hacerle olvidar que tiene necesidades y además el derecho de satisfacerlas. Cuando los trabajadores puedan consumir

á su gusto carne sana, buen pescado y legumbres frescas ó bien conservadas; cuando puedan beber buen vino natural y no un brebaje coloreado con substancias perniciosas, entonces cesarán de embriagarse con horribles alcoholes para aturdirse y adquirir un vigor momentáneo que se agota en seguida dejándoles más abatidos; no transmitiendo ya á sus hijos, formados de su carne y de su sangre, un organismo debilitado y roído por gérmenes infecciosos.

El pintor hablaba para que León aprendiera, porque él y su compañero el tipógrafo sabían de sobra esas cosas y no necesitaban repetírselo; pero Estanislao opinaba que la educación de la infancia no ha de tardar en plantearse. Mucho cambiarían las cosas, pensaba, si en lugar de entretener la naciente inteligencia de los niños con milagros, historias de aparecidos, cuentos de hadas y toda clase de relaciones estúpidas se les mostrasen las cosas como son y se les habituase á raciocinar.

León reflexionaba sobre todo lo que veía y oía. Desde que encontró al pintor se había convertido en otro niño: facultades que dormían en él, y que quizá hubiesen permanecido siempre en estado de somnolencia, se habían despertado. Su entendimiento era vivo, pero el niño raciocinaba sobre los asuntos serios antes de hablar.

Giacomo hizo pasar á sus convidados á su segunda pieza. Hallábase ésta sencillamente amueblada con una cama doblada, un armario-biblioteca, una cómoda aparador, una mesa y tres sillas.

Mientras que el tipógrafo extendía un mantel sobre la mesa y ponía los cubiertos, Estanislao miraba los libros de la biblioteca, que constaba principalmente de obras de ciencia y de sociología, y se fijó en una obra recientemente publicada, *Los Enigmas del Universo*, de Hæckel.

León entre tanto examinaba curiosamente y sin tocar nada, la minerva y los caracteres de plomo.

—¿Para qué sirve todo esto? preguntó en voz baja á su amigo?

—Para imprimir, respondió Estanislao cerrando el libro; es decir, para reproducir el pensamiento fijado por la escritura.

—No comprendo, confesó el niño.

—Trataré de explicarme. ¿De qué nos servimos para hablar? ¿Te acuerdas?

—Sí; para hablar nos servimos de palabras.

—Eso es. ¿Y cómo se representan esas palabras?

—Por medio de letras.

—Perfectamente. Pues mira; cada uno de estos plomitos, que se llaman *caracteres*, lleva á su extremidad una letra marcada en relieve. ¿Lo ves? dijo Estanislao enseñándole las letras. Reuniéndolas en este instrumento llamado *componedor*, se forman palabras y líneas, que se ponen en esta tablita llamada *galerín*; cierta cantidad de líneas constituye un *paquete* que se ata separadamente; uno, dos, cuatro, ocho ó dieciséis de esos paquetes, formando *páginas*, se reúnen en una *forma*, la cual, colocada convenientemente en una máquina de imprimir, pasa bajo un rodillo untado de tinta que mancha

todos los caracteres, en tanto que un cilindro lleva el papel que rueda sobre la forma, efectúa la impresión y expelle el papel impreso.

Para los grandes trabajos de impresión, como los diarios, por ejemplo, se *estereotipa*, es decir, se reproduce la forma con una mezcla metálica en fusión, y la plancha que resulta se pone en la máquina ó *prensa*, como se le denomina generalmente. Esta suele ser de grandes dimensiones, las más poderosas son las prensas rotativas.

—¡A la mesa! exclamó Giacomo, que salía de la cocina con la comida á punto, exhalando un vapor y un aroma excitantes.

Hubo un momento de silencio dedicado al apetito. Después se inició la conversación, primeramente sobre el estado moral de los trabajadores de Bárcena, y luego sobre la situación creada á los obreros tipógrafos por la invención de las nuevas máquinas llamadas *linotipos*.

—Nuestro oficio está muy malo, dijo Giacomo, las máquinas hacen ahora casi todo el trabajo. Donde antes había ocupación para dieciséis cajistas bastan hoy dos.

—¿Son malas las máquinas? preguntó León.

—No, respondió Estanislao; las máquinas en sí mismas son una cosa excelente, porque reducen la fatiga y aceleran la producción; pero como la sociedad está organizada para favorecer á los explotadores y perjudicar á los obreros, las máquinas quedan propiedad de aquéllos que son los que disfrutan de sus ventajas. Por el contrario, el día en que los tra-

bajadores se apoderen de las máquinas todo cambiará.

—Pero, objetó el niño, eso no será justo.

—¿Por qué?

—Porque los ricos han comprado las máquinas, y son suyas; quitárselas sería robar.

El pintor y el tipógrafo acogieron con risa la explicación del niño, en tanto que León, que creía haber dicho algo muy puesto en razón, los miraba estupefacto.

—Amigo mío, dijo Giacomo; me agrada que razones, porque nada es más desagradable que oír á un individuo, aunque sea un niño de tu edad, que diga á todo «sí,» sin cuidarse de comprender, sino de retener en la memoria cuanto se le diga para repetirlo como un papagayo. Pues ahora te digo que te engañas por completo creyendo que sería cometer un latrocinio quitar las máquinas á los ricos.

—Sin embargo, replicó el niño aceptando con gusto la discusión; han pagado las máquinas.

—¿Con qué dinero?

—Con el suyo.

—No es cierto: con el que han robado á los trabajadores explotándolos. Y si no, considera: cuando un patrón paga cuatro pesetas á un trabajador para producir un objeto que le reportará el doble, ¿no te parece que le roba?

—Sí, es cierto, contestó León; pero no todos los ricos son patronos que hagan trabajar á los obreros.

—En eso tienes razón; pero mira: hay los agiotistas que roban de otra manera, jugando á la Bolsa,

por ejemplo; los propietarios, que, escatimando el aire y la luz á los inquilinos, se hacen pagar muchas veces lo que les ha costado la casa; los rentistas, los accionistas de varias empresas industriales y especialmente los de minas, que sin hacer nada viven del trabajo de los infelices que penan á grandes profundidades subterráneas; los que sin trabajar ni aun explotar directamente, les ha bastado venir al mundo para gozar por herencia de todo lo que sus padres han reunido por la explotación, la astucia ó la fuerza. ¿Cómo calificas tú á esos ricos que tienen tanto dinero sin haberlo ganado?

—Creo que son ladrones, confesó León.

Y, tristemente afectado, preguntó:

—¿Pero no se puede ser rico sin ser malo?

—Amigo mío, intervino gravemente Estanislao. Ante todo seamos justos. La sociedad, tal como está actualmente constituída, es la que hace á los individuos malos, porque ofrece constantemente malos ejemplos que presenta como excelentes modelos, y aquéllos se creen obligados á aplastar á los otros como único medio de que los otros no les aplasten. Además, muchos ni siquiera se han tomado la molestia de reflexionar, se dejan vivir sin comprender la vida. A pesar de todo, ha habido y aun hay, aunque pocos—¡tan pocos! uno por mil,—que han comprendido que su fortuna heredada era producida por el trabajo de los otros, y que por inspiración de bondad la dedican á obras útiles.

—¡Ah! ¡Eso es! exclamó León. Si yo fuera rico siempre haría caridad á los pobres.

Estanislao y Giacomo hicieron á la vez un movimiento de reprobación.

—¡La caridad! exclamó el primero, es una cosa abominable; una hipocresía del que da y una degradación del que recibe. Cuando el explotador enriquecido hasta poseer miles y millones de pesetas por el trabajo de tanto infeliz arroja algunas monedas al desheredado, ¿crees que ha cumplido una buena acción y que queda en paz con sus víctimas? Y ese desheredado, que es bastante indigno para mendigar en vez de acogotar al explotador, ¿no te parece que la caridad confirma su envilecimiento? Sí, hay damas de esa clase que se llama el gran mundo, es decir, el mundo de los tunantes, mujeres é hijas de ricos usurpadores de la riqueza social, que se entretienen organizando bailes, tómbolas ó fiestas *de caridad*, á beneficio de aquellos á quienes sus maridos ó padres despojan. Esas fiestas, que tienen por pretexto dar una dedada de miel á los sumidos en la miseria, no son más que un pretexto para lucir sus trajes y joyas y divertirse. Después, cuando esas mujeres van á los tugurios del pobre, al que dirigen palabras de consuelo aprendidas de memoria, les inspira principalmente la curiosidad ó el deseo de experimentar nuevas sensaciones, cansadas y hastiadas por el exceso de lujo y comodidades, así como cansan y hasta repugnan los manjares más exquisitos comidos constantemente sin mezclar otro alimento. Viendo de cerca una miseria que pesa sobre otro, aprecian más vivamente el bienestar que poseen.

—La caridad, añadió Giacomo, es una vergüenza de la sociedad actual. Debe ser reemplazada por la solidaridad, es decir, el apoyo mutuo que se prestarán los individuos recíprocamente considerándose todos iguales.

—Pero, preguntó el niño, ¿de qué manera emplearán su fortuna los ricos de buen corazón? ¿Acaso repartiéndola con todo el mundo sin reservar nada para sí?

—No, replicó el tipógrafo. La repartición no cambiaría en nada el estado social. Si, por ejemplo, un rico que poseyera un millón lo distribuyera todo, no haría más que empobrecerse sin cambiar la suerte de los miserables, que son tan numerosos; sería como una gota de agua echada al mar, y al día siguiente de una repartición igual renacería la desigualdad, porque los individuos usarían de diferente modo de su parte. Lo necesario es transformar por completo la sociedad, no repartiendo, sino al contrario, haciendo de cuanto sirve para producir la riqueza, como la tierra, las minas y las máquinas, una propiedad común.

—¡Común! ¿Y es eso posible?

—Indudablemente. A pesar de la mala organización de esta sociedad en que vivimos, tenemos ejemplos prácticos de propiedad común é inalienable: la calle, por donde todo el mundo pasa; los museos, donde va quien quiere á admirar las obras maestras; el agua, que puede consumirse casi á voluntad; los caminos, los puentes, los paseos; por no hablar del aire, de la luz y del calor solar que la

naturaleza distribuye igualmente á todos, salvo las limitaciones impuestas por propietarios y explotadores. Pues, la cosa es clara, no hay sino hacer que entren en esa propiedad común muchas otras cosas, como la tierra, las minas, los ferrocarriles, etc., etc., y de todo ello formar un patrimonio de cuyo goce disfrutarán todos y del cual nadie pueda despojarse ni menos hacer una propiedad particular. De ese modo cesan los antagonismos, los intereses opuestos, las luchas por apoderarse del bien ajeno, puesto que todo será de todos. Los crímenes perpetrados por la posesión del oro desaparecerán cuando el oro resulte inútil. Viviendo los hombres en otras condiciones, libres de tantas pasiones deprimentes y no habiendo de emplear sus energías en antisocial egoísmo, serán sencilla y naturalmente inteligentes y buenos. Ahora, los ricos que quieran cumplir debidamente con los desheredados que les han creado una fortuna, pueden cooperar con nosotros á esta gran obra de transformación social, creando bibliotecas, escuelas donde se enseñe la verdad, periódicos revolucionarios, no para distracción y vanidad de algunos literatos burgueses, sino para el pueblo; deben favorecer la publicación de los libros y folletos que enseñen á los proletarios á pensar, sostener las huelgas y favorecer todos los actos de rebeldía. Los hombres que hagan eso podemos considerarlos como hermanos, porque no tienen la culpa de haber nacido en el seno de una clase enemiga.

CAPÍTULO XVI

Estancia en Bárcena

Estanislao y León permanecieron después algunos meses en Bárcena.

Vivían en un cuartito amueblado que alquiló el pintor en un sexto piso, bajo el terrado, en la calle del *Alambre corta-manteca*, una callejuela sombría y estrecha por donde sólo transitaban obreros.

No les faltaba trabajo, Giacomo y algunos compañeros tuvieron empeño en facilitar á Estanislao todas las indicaciones que pudieran serle útiles.

De ese modo pudo completar León su aprendizaje y ser al mismo tiempo un buen auxiliar para su amigo: preparaba hábilmente los colores, limpiaba los pinceles y hacía los recados y las compras con actividad é inteligencia.

En su deseo de poder un día pintar inscripciones, aprendió rápidamente á leer y aun comenzaba ya á escribir y á calcular.

El día en que pudo por sí mismo descifrar una página entera sin ayuda de Estanislao, sintió vivísima alegría. El pintor le dió un libro de anécdotas interesantes, considerando que conviene en tanto

que sea posible instruir á los niños sin cansar su inteligencia, y así pudo León aprender la historia de Gutenberg, que inventó la imprenta, y la de Cristóbal Colón, que descubrió América.

Al día siguiente de la llegada á Bárcena, Estanislao escribió á los padres de Martín dándoles noticias de su hijo, participándoles que todo iba bien. Dos días después recibió una carta que aquella pobre gente hizo escribir al compadre Mateo, en la que expresaban su gran satisfacción.

Estanislao se hizo cargo de que era preciso reconocer la confianza que los padres de León tuvieron en él, y continuó escribiéndoles cada doce ó quince días, aunque sólo fuese dos líneas para tranquilizarlos. Tuvo además la delicadeza de enviarles de paso algún dinero, diciéndoles: «Lo ha ganado vuestro hijo, y se complace mucho en enviarlo á sus queridos padres.»

El tío Martín vaciló un poco en tomar aquel dinero, pero su mujer le dijo:

—Puesto que el señor Lupinsky nos asegura que lo ha ganado León, no podemos tener inconveniente en aceptarlo. Es un buen hombre ese pintor: ¡qué suerte hemos tenido en que lo encontrase nuestro hijo!

Olvidaba entonces que ella misma había hecho objeciones á la partida de León con un extranjero, que podía no volver jamás por el país.

La vista del dinero la transportaba de alegría, y pensaba:

—Nuestro hijo tiene un buen oficio entre las ma-

nos. Con él podía ganarse la vida mejor que lo hubiera podido hacer en Bardabas, y librarnos de morir de hambre cuando seamos viejos.

No quiere esto decir que la tía Martín apreciase el dinero sobre todas las cosas; sino que el temor de que un día llegue á faltar el pan es terrible, y hasta entonces la pobre mujer no había podido pensar en el porvenir sin verse poseída de terror.

En realidad, Estanislao no había tratado de calcular exactamente el valor del trabajo de León. Ese cálculo hubiera sido imposible, porque ocurre frecuentemente que un individuo que cumple una tarea de una hora se cansa más que otro que trabaja medio día; pero considerando su compañero como un hermano y no pidiéndole que trabajara sino según sus fuerzas, se esforzaba por satisfacer todas sus necesidades, lo cual era cosa fácil, puesto que á la sazón se ganaban bien la vida.

León iba ya bien vestido y bien calzado. Los sábados por la noche, terminado el trabajo, se aseo bien y se mudaban é iban á pasar la velada al Círculo Artístico Obrero

Aquel Círculo se componía de una cuarentena de socios de ambos sexos, que se reunían una vez á la semana para distraerse cantando, recitando poesías y representando piezas dramáticas.

Por supuesto que las canciones no tenían nada de común con las obscenas ó patrióticas de los cafés-conciertos ó de los teatrillos por horas, que las poesías estaban inspiradas en un rasgo de rebeldía y que las piezas pertenecían al moderno teatro revo-

lucionario. De no ser así, no hubiera asistido Estanislao, ni menos hubiera llevado á un niño.

Giacomo iba allí frecuentemente, aunque prefiriera los estudios serios á las diversiones; pero pensaba que el ánimo debe solazarse de cuando en cuando; aparte de que se sentía atraído por los bellos ojos y la voz armoniosa de una joven cigarrera, Colombina Terna, que iba allí con sus padres y cantaba frecuentemente en las veladas. Varias veces había hablado con ella y siempre le había notado un juicio recto y generosos sentimientos.

En tanto que los hijos de burgués, en su afán de riquezas, buscan para casarse, no muchachas que aporten cualidades de inteligencia y de corazón, sino dinero y propiedades, los seres buenos se unen según las afinidades que sienten los unos por los otros. Giacomo pensaba que Colombina sería quizá la mejor compañera de su vida, y comenzaba á amarla percibiendo que ese afecto naciente era recíproco.

El Círculo poseía un local espacioso en la calle del Universo, en el fondo de un patio, sostenido por las cotizaciones de los asociados.

Muchos de éstos llevaban allí sus mujeres y sus hijos para distraerlos instruyéndose. Debido á esa circunstancia, León trabó conocimiento con Enrique, Pedro y Germana, quienes se le aproximaban por la edad. Enrique era hijo de un tonelero, que, perseguido en su pueblo por sus ideas independientes, vino á fijar su residencia en Bárcena. Pedro y Germana eran hijos de un cantero de la calle del

Marqués del Asalto; el primero, listo y atrevido y siempre en movimiento, tenía nueve años; la segunda, ya seria y formal, no tenía más que seis. Enrique con sus diez años cumplidos era el mentor de aquel grupo infantil.

Aparte del Círculo Artístico Obrero, Estanislao frecuentaba regularmente el Centro de la Unión de Pintores Decoradores; Giacomo iba con no menor exactitud al Centro de la Unión Tipográfica. Uno y otro se dedicaban a una activa propaganda de sus ideas entre los trabajadores de su profesión, muchos de los cuales eran inconscientes.

Era aquel un trabajo de paciencia, al que se dedicaban los dos jóvenes después de terminadas sus tareas diarias profesionales, sostenidos por su ardiente convicción. Y cuando los obreros que les habían escuchado les felicitaban con entusiasmo por entregarse á aquel trabajo con tanto desinterés, respondían:

—No hay ningún mérito en ello; nuestro temperamento nos impulsa, y sometiéndonos á él hallamos un placer que nos recompensa ampliamente.

Giacomo añadía riendo:

—Como veis, somos unos egoístas.

Quizá tenía razón, no tomando la palabra en el mal sentido que se le da generalmente; pero bueno sería que abundasen los egoístas de ese género.

León adivinaba una multitud de cosas que no veía. Bien se le alcanzaba que toda la vida del pintor, toda su actividad, todas sus fuerzas se empleaban en la realización de sus ideas generosas. Por

eso su admiración hacia él era tan grande como su afecto, es decir, sin límites.

A veces se lo manifestaba tan ingenuamente, que Estanislao llegó á verse obligado á decirle medio en broma medio en serio:

—¡Basta! No ha de alabarse así á nadie, ni á los amigos; mucho menos á los amigos; porque el carácter humano tiene sus debilidades, y desgraciado el que se aficiona á la adulación: acaba por creerse positivamente superior á los demás, cuando, por el contrario, desde aquel mismo momento se hace estúpido ó perverso.

Cerca de aquel amigo, que sustituía á su padre y le daba aquella vida naciente de la inteligencia, sin la cual la vida material es poca cosa; cerca de Giacomo y de sus infantiles amiguitos, León se sentía feliz. ¡Ay! Su felicidad había de ser sometida á una ruda prueba.



CAPÍTULO XVII

Una velada en el Círculo Artístico Obrero

Era un sábado. Estanislao y su amiguito se hallaban en el local del Círculo Artístico, lleno de numerosa concurrencia, porque el programa era variado y brillante. Unos violinistas de la Sociedad de Sastres habían prometido su concurso; había de estreñarse una pieza antimilitarista en un acto, compuesta por un joven tornero en madera: se leerían poesías revolucionarias, y Colombina Terna miraba el reloj de mal humor, porque, hallándose inscrita para cantar uno de los primeros números, Giacomo no había llegado aún.

Por más que se tengan ideas elevadas, cuando se es joven enamorada, en posesión de una hermosa voz, se tiene empeño en desplegar su talento ante el hombre que os ama, que se ama y en el cual se cree ver el compañero de su vida.

Pero Giacomo, retenido por un trabajo imprevisto y urgente, faltó aquella noche á la velada.

La sala estaba brillantemente iluminada y decorada con ramos, flores y banderas rojas, formando agradable conjunto. Convenientemente distribuídos

se veían grandes tarjetones conteniendo máximas tales como: «Trabajadores de todos los países, uníos» «Todos para uno, uno para todos» «Por la razón ó por la fuerza» «Nuestro enemigo es nuestro amo», etcétera.

La pianista, una joven viuda de positivo talento musical, acababa de sentarse delante del instrumento; el ruido de las conversaciones comenzaba á extinguirse, cuando un rumor extraño circuló por la sala.

Unos retrasados que acababan de entrar llevaban números del extraordinario de *La Información*, periódico de la noche. A su alrededor se formaron grupos.

—¿Qué ocurre? preguntó Estanislao.

Por toda respuesta uno de los recién llegados le enseñó el periódico, que en la primera página ostentaba en gruesos caracteres una línea que decía:

«Asesinato de Mr. Bleff»

—¡Oh! exclamó el pintor. ¡Al fin hay justicia humana!

Se le entregó el periódico, que desplegó y leyó febrilmente. León le miraba con asombro.

Bleff, monstruo de figura humana al servicio de la familia Manoff, había hasta aquel día aterrorizado por sus crueldades el país natal de Estanislao, y éste, aunque no era ciertamente un patriota, sabiendo que la verdadera patria de quien piensa es el lugar donde uno se halle bien, en el curso de su

vida errante había seguido con interés particular los hechos que se producían en aquella parte del globo. ¡Se era allá tan desgraciado! Sin duda, pensaba, el exceso de opresión podrá hacer que nazca allí la rebeldía antes que en otros países.

El periódico anunciaba que un revolucionario había muerto al factotum de los Manoff, en el momento de salir de su casa en coche.

—¡Hurra! exclamó Estanislao rebosante de júbilo cuando hubo acabado de leer.

Muchos concurrentes le miraban asombrados, no sabiendo aún de qué se trataba.

Entonces, levantándose dijo en alta voz en medio de un profundo silencio:

—¡Amigos míos! La noticia que publica este diario demuestra que existen aún hombres de corazón allí mismo donde hay más opresión y miseria. Un hombre más peligroso que los tigres y las víboras acaba de ser ejecutado. ¡Ya no hará más víctimas! ¡Regocijémonos! Sí; regocijémonos, porque aunque los revolucionarios detesten hacer sufrir y deploren haber de matar, debemos proponernos la desaparición de los obstáculos que nos impiden ser libres y dichosos, aunque se trate de obstáculos vivos.

¿Sabéis quién era ese Bleff, que uno de nuestros hermanos ha suprimido como se suprime un perro rabioso? Yo os lo diré.

Bleff era un huérfano que fué adoptado y educado por un pariente suyo de opiniones liberales. Ocurrió una sublevación contra esa abominable fa-

milia Manoff, que domina y explota los habitantes de un país inmenso. ¿Sabéis lo que hizo Bleff—el honorable, el eminente Sr. Bleff,—como han osado calificarle periódicos inmundos? Denunció su segundo padre á la policía de Manoff, por lo que fué ahorcado.

Un grito de horror se elevó en la sala.

—Sí, continuó Estanislao; eso hizo siendo un adolescente ese individuo sobre cuya muerte fingen llorar escritores sin conciencia. El muchacho prometía, ¿verdad? Pues los Manoff, bandidos ellos mismos, quieren y protegen los bandidos. Bleff les cayó en gracia; se ocuparon de su suerte, y le protegieron hasta hacer de él su favorito, el ejecutor de sus voluntades.

Desde entonces no hubo bajezas ni crímenes que no cometiese: nacido protestante, cambió de religión para ser grato á sus protectores, que se habían proclamado grandes sacerdotes hereditarios del *culto ortodoxo*. Eso no le costaba gran cosa, porque sabía que todas las religiones son conjuntos de imposturas que sirven por igual á embrutecer los hombres y á amansarlos para someterles al yugo; por lo que Bleff se hubiera rebautizado y desbautizado veinte veces al día.

Pero eso no es más que uno de los menores rasgos de su vida hipócrita y feroz. Ese hombre, usando de su poder, ha hecho atormentar y asesinar á miles los seres humanos, sin distinción de sexo ni edad; no más que porque pertenecían á la raza judía; como si nacer de esta raza fuera un crimen.

Poblaciones enteras han agonizado durante muchos años bajo un yugo de hierro y de sangre.

Bleff se daba cuenta de que era odiado como nadie lo haya sido en el mundo, y en previsión de un atentado contra su existencia, no salía sino en un coche blindado y rodeado de una escolta de bandidos á caballo; pero la indignación contra la tiranía da á los hombres resueltos medios cada vez más potentes para luchar contra fuerzas militares ó para luchar contra los obstáculos de piedra y de hierro. Leo que un revolucionario, que había hecho el sacrificio de su vida, ha ejecutado con gran valentía á ese monstruo. Yo saludo con entusiasmo ese acto demostrativo de que aun en los países más sacrificados, el espíritu de libertad, encarnado en hombres de corazón, es indestructible. El que ha puesto fin á la existencia de Bleff ha salvado miles de existencias preciosas: ¡ha merecido bien de la humanidad!

Una explosión de aplausos y aclamaciones que se prolongó durante mucho tiempo estalló en la sala. Estanislao, pálido y con la mirada centelleante, se hallaba excitadísimo por recuerdos terribles y por el entusiasmo. León le miraba conmovido; le desconocía; nunca le había visto de aquel modo.

Pasaron algunos minutos antes que se restablecieran en la sala la calma y el silencio.

La pianista dió comienzo á la pieza de apertura, y el programa de la velada fué desarrollándose en medio de una atención muy distante de colmar los deseos de los artistas aficionados. Los espectadores,

bajo la impresión del suceso y excitados por la vibrante y conmovedora palabra de Estanislao, pensaban en la supresión del «honorable» Bleff y reconocían que era, á la vez que una dicha para los que hubieran sido sus víctimas, un ejemplo para los infames que intentasen imitarle.

Sin terminar la velada salió Estanislao, acompañado de León. No podía permanecer allí por más tiempo; necesitaba respirar ampliamente el aire libre y calmar con el movimiento sus nervios excitados por el suceso y por el recuerdo de su participación directa en anteriores tentativas con el vil servidor de los Manoff.

El joven pintor no pudo dormir aquella noche: revivía en su recuerdo su vida pasada. Veíase estudiante, ligado á otros jóvenes, hombres y mujeres, que se reunían en lugares apartados y ocultos para cambiar ideas lejos de la vigilancia policiaca; comprando luego un pequeño material de imprenta é introduciéndola después en el piso bajo de una casa y luego en un subterráneo que ellos mismos habían cavado en aquella habitación. Allí, á la luz de las bujías, redactaban, componían é imprimían hojas y folletos revolucionarios. Después el atentado de Polodieff contra un elevado agente de los Manoff, que tenía á su activo crueldades incalculables: el atentado fracasó y Polodieff fué ahorcado. Luego otro atentado, igualmente infructuoso contra Bleff, el monstruo aborrecido, y el descubrimiento del sitio en que se reunían los conspiradores. Por último, la rebelión que, tras algunos éxitos pasajeros, fué

sofocada, y terminó con el éxodo, la vida errante á través de Europa.

Estanislao estaba en cama de tal modo desvelado, cuando sonaron fuertes golpes dados á la puerta.

—¿Quién llama? preguntó extrañado de aquella visita tan intempestiva.

—Un compañero, respondió una voz.

Ya, León, que dormía al otro extremo de la habitación, se había levantado, y, después de ponerse el pantalón, abrió la puerta.

Entraron tres hombres. Uno de ellos vestido de paisano ostentaba el bastón signo de autoridad; los otros dos vestían el uniforme policiaco.

—¡En nombre de la ley! dijo ceremoniosamente el primero avanzando hacia Estanislao, dese usted preso.

El pintor se había levantado en el momento en que su compañero abría la puerta y, por tanto, no había tenido tiempo aún de vestirse; con una pierna sola metida en el pantalón y sentado en la cama, miraba estupefacto aquella gente que de modo tan inesperado hacían irrupción en su casa.

El inspector, porque eso era aquel hombre, gozaba en silencio de aquella impresión producida por su presencia, impresión que, equivocadamente y por efecto de la mezquindad de sus ideas, tomaba por espanto, cuando no era más que sorpresa.

—¿Qué quiere usted? preguntó Estanislao, mientras León, trastornado y reprochándose haber abierto él mismo la puerta á aquellos hombres, se había

colocado delante de su amigo como si quisiera protegerle.

—Ya lo he dicho, replicó el inspector con el tono seco habitual en los que se envanecen por encarnar la autoridad. Que se dé usted preso. ¡Vamos; vístase usted pronto y andando!

—¿Con qué derecho me prende usted? ¿Por qué motivo?

Al inspector le tocó el turno de la sorpresa. Hasta entonces sólo había tenido que ver con infelices á quienes su sola presencia aterrorizaba é imponía un respeto religioso; pero en aquel momento encontraba ante sí un hombre que osaba mirarle sin bajar la vista, que discutía y que hasta se informaba sin turbarse de las causas por que se pretendía privarle de su libertad. ¡Semejante audacia era inconcebible!

Por el pensamiento de Estanislao cruzó rápidamente la idea de lanzarse sobre sus antipáticos visitantes, aunque fuesen tres, y después de haberlos derribado y sorprendido, bajar la escalera en dos saltos, salir á la calle y escabullirse; porque, en primer lugar repugnaba á su dignidad obedecer las órdenes de seres tan despreciables como son en todos los países los polizontes, y además conocía la mala fama que tenía la cárcel de Bárcena, donde se somete á los revolucionarios á indignos tratamientos, llegando á veces hasta dejarlos *olvidados* un año ó más sin ser juzgados, siempre que era imposible presentar contra ellos cargo alguno que pudiera condenarles, porque aquellos mismos que aplican

la ley se arreglan siempre de manera que puede dirigirse contra quienes desean.

Pero el joven dominó su impulso pensando en León. Si hubiera estado solo se hubiera arriesgado; teniendo á su cargo aquel niño, era imposible: no podía dejarle tras de sí, ni hacerle partícipe de una lucha tan peligrosa y desigual.

—Sea, pensó. Seguiré á esa gente, pero procuraré librarme de sus uñas.

Y dirigiéndose otra vez al inspector, dijo:

—Tengo el derecho de saber por qué me prende usted.

—¿No lo sospecha usted? murmuró el representante de la autoridad. Se le acusa de haber hecho la apología del asesinato. Ayer pronunció usted un discurso abominable en el Círculo Artístico Obrero, glorificando al asesino del Sr. Bleff.

—Pero señor, interrumpió León con toda la ingenuidad propia de su edad, ¿no sabe usted que ese tal Bleff era un bandido que causaba mucho mal á las gentes?

Esta interrupción colmó la cólera del inspector.

—¡No basta, exclamó, esparcir entre los obreros doctrinas monstruosas; es preciso además emponzoñar la inteligencia de los niños!

—¡Acabemos! dijo encogiéndose de hombros el pintor, que había acabado de vestirse.

Después, abrazando á León, murmuró á su oído:

—Ve á casa de Giacomo.

El niño respondió con una mirada de inteligencia que había comprendido. Su primer impulso fué pe-

dir á los hombres que prendían á su amigo que le prendieran también; pero la mirada del pintor le hizo comprender que lo mejor que podía hacer era ir á casa del tipógrafo.

—Supongo, preguntó Estanislao antes de partir, que no tienen ustedes por qué ocuparse de este niño.

—¡El! respondió el inspector encogiéndose de hombros, puede hacer lo que quiera: morir de hambre ó que se lo lleve el diablo. Únicamente que si roba ó vagabundea, á la cárcel. ¡No hay piedad para la mala semilla!

De ese modo recibió León lo que se llama una «lección de cosas,» y con esas palabras tuvo una representación exacta de lo que se ha convenido en considerar como la justicia.



CAPÍTULO XVIII

En la Cárcel

El inspector y los agentes se llevaron á Estanislao. León, con el corazón que no le cabía en el pecho y reteniendo difícilmente sus lágrimas, después de haberles seguido y visto entrar en la cárcel, corrió á casa de Giacomo, á quien refirió lo que acababa de suceder.

El tipógrafo quedó consternado. Como ya sabemos, un trabajo urgente le había impedido asistir á la velada del Círculo Artístico; retenido hasta una hora avanzada delante de sus cajas, se había acostado, ignorando la muerte de Bleff y las consecuencias que habían resultado para Estanislao.

—¿Qué van á hacer con él esos infames? preguntó León dando libertad á su llanto, que no pudo ya reprimir.

—¡Valor! le dijo Giacomo. La vida es un combate: se necesita ser fuerte para no dejarse aniquilar. Veremos cómo se presentan las cosas para nuestro amigo. Entre tanto, quédate conmigo.

Nadie hubiera podido reemplazar á Estanislao como Giacomo en la tutela del niño, y éste se hu-

biera complacido en una vida más sedentaria cerca del tipógrafo sin su inquietud mortal por la suerte del preso.

Toda clase de historias siniestras surgían en la memoria de León: recordaba haber oído hablar de presos á quienes se les había arrancado las uñas, ó se les había hecho comer bacalao crudo sin permitirles beber una gota de agua durante varios días, ó habían sufrido otros martirios vergonzosos y más crueles aún. ¿Sería sometido Estanislao á tan feroces tratamientos?

Estos pensamientos le sofocaban, produciéndole lágrimas de pena y de rabiosa impotencia. Entonces y de una manera práctica superior á todas las explicaciones anteriores, comprendió bien que la sociedad, á pesar de la civilización de que se envanece, se halla aún en plena barbarie.

A pesar de todo el pintor, aunque encerrado en una celda pequeña, oscura y mal ventilada, permanecía tranquilo. Su única inquietud era causada por la idea de León; pero se calmaba pensando que Giacomo se ocuparía del niño con tanto afecto como el que le había profesado hasta entonces él mismo.

Pasaron días, y Estanislao, que esperaba recibir noticias de sus amigos, empezó á admirarse de no recibir cartas ni visitas, á pesar de que los detenidos comunes podían recibir dos veces por semana en el locutorio la visita de sus parientes y amigos, y cartas, que abrían y leían los carceleros, pero que se entregaban en seguida á los interesados.

¿Por qué esa excepción en perjuicio suyo?

A pesar de su repugnancia por dirigir la palabra al carcelero que mañana y tarde le traía una comida miserable: rancho de legumbres averiadas, pan negro y agua clara, acabó por decidirse á preguntarle.

El hombre se encogió de hombros y respondió:

—¿No comprende usted que está incomunicado?

Y pensando sin duda que no había sido suficientemente explícito añadió:

—Si fuera usted un ladrón ó un estafador, y hasta, si después de haber empinado el codo con exceso hubiera usted agujereado la piel de su prójimo, recibiría visitas y cartas; pero usted no pertenece á esa categoría...

—En efecto, interrumpió Estanislao.

—Usted es peor; tiene ideas, es un revolucionario, un hombre peligroso, y como tal ha de ser vigilado más de cerca.

No obstante, como del registro operado por el inspector en la habitación de Estanislao no resultaron papeles comprometedores, ni explosivos, se atenuó aquel rigor, y al cabo de ocho días se le levantó la incomunicación.

La primera visita que recibió el preso fué la de Giacomo acompañado de León.

El niño, con los ojos llenos de lágrimas, se abalanzó al cuello de su amigo.

—No llores, dijo Estanislao. Todavía estoy vivo.

—¡Vamos, no hay que hablarse de tan cerca! dijo el carcelero encargado de la vigilancia del locutorio, el cual miraba las manos del preso y las del

niño, sin darse cuenta de que Estanislao deslizó en la mano de Giacomo un papelito que éste ocultó en su bolsillo con perfecto disimulo.

Giacomo hizo un signo de inteligencia á su amigo equivalente al acuse de recibo, y la conversación continuó en alta voz sobre diversos asuntos que no podían excitar la desconfianza del guardián más susceptible.

Giacomo trajo al preso algunos víveres, pan blanco, carne y una botella de café. Por lo demás, el mismo día que se le dió la comunicación, se había informado Estanislao de que en la cantina podía procurarse vino, salchichón y recado de escribir á doble precio que al exterior.

—El próximo día, dijo Giacomo á Estanislao, traeré un trozo de carne asada con hueso y todo.

Y la manera con que miró á Estanislao pronunciando lentamente las palabras «con hueso y todo,» hizo comprender al preso que aquel hueso debía de ser tan apreciable á lo menos como la carne: sin duda un hueso con médula.

Sonó una campana: era la señal del cierre del locutorio.

—¡Retírense los visitantes! dijo el carcelero. Ya ha pasado la hora de la comunicación.

Giacomo y León se levantaron. El primero estrechó la mano del preso; el segundo le abrazó, y se retiraron, mientras Estanislao volvía á su celda, contento por haber visto dos rostros amigos.

Apenas el tipógrafo se vió á cierta distancia de la cárcel y pudo asegurarse de que no se le espiaba,

sacó de su bolsillo la esquelita de Estanislao, la desplegó y leyó:

«No he sido llamado aún á declarar ante el juez de instrucción. Si mi detención ha de prolongarse excesivamente, trataré de escaparme. Pásame una lima.»

—Una lima para serrar la reja, murmuró Giacomo; es el recurso clásico.

Al día siguiente el tipógrafo compró un trozo de carne, vació el hueso, introdujo en su cavidad una lima pequeña y fuerte cuidadosamente escogida, y luego tapó cuidadosamente la abertura con fragmentos de hueso y una pasta apropiada al caso, de manera tan hábil que el ojo más ejercitado no hubiera encontrado nada anormal.

Cuando se aseguró que la pasta estaba bien seca la llevó al horno y la hizo asar.

Al día siguiente fué con León á la comunicación, llevando en un cesto el asado, pan blanco y frutas.

Antes de permitirles el paso, un carcelero de aspecto rudo y antipático examinó el cesto con desconfianza, oprimió las frutas, partió el pan, tanteó la carne y no se le ocurrió la idea de examinar el hueso.

—¡Busca, busca! pensaba Giacomo. Listo has de ser si encuentras algo.

A pesar de su confianza, el tipógrafo respiró más libremente cuando dijo el carcelero:

—Puede usted pasar.

Estanislao llegó al locutorio dos minutos después

que sus amigos, y éstos notaron que estaba pensativo.

—¿Te sucede algo? le preguntó Giacomo en voz baja.

—Parece que van á mudarme de celda, respondió el preso, y lo siento, porque la que ocupo ahora da á la calle á una altura de veinte metros.

—Hablen ustedes alto, dijo el carcelero. Ya saben que está prohibido á los presos hablar en voz baja con sus visitantes.

—¡Qué malos son esos hombres! exclamó indignado León.

—Lo da de sí el oficio que ejercen, respondió Estanislao. Un hombre de bien no puede ser carcelero.

El vigilante, que había oído esa contestación, se puso rojo de cólera.

—¡Cuidado con lo que se habla! dijo el carcelero dirigiéndose á Estanislao; usted está en celda: una palabra más y pasará al calabozo. Tenemos uno muy bueno, llamado cero, particularmente reservado á los revolucionarios.

Giacomo hizo señal á su amigo de que se contuviera. Temía que aquel hombre, como castigo, quitase á Estanislao las provisiones que le había traído, en cuyo caso se perdería la lima contenida en el hueso y hubieran los dos incurrido en responsabilidad.

Estanislao comprendió que su amigo tenía razón, y aunque sufriese alguna mortificación su amor propio por plegarse á la autoridad de un estúpido, reprimió su cólera.

Tuvo la recompensa de aquel esfuerzo cuando, de vuelta en su celda después de la comunicación, examinó el asado y halló en el hueso la lima que le regalaba Giacomo.

—¡Sea en hora buena! exclamó el preso, ocultando la lima en la suela de uno de sus zapatos. He aquí un instrumento que me será útil si los jueces quieren que me pudra en esta cárcel.



CAPÍTULO XIX

Preparativos de evasión

Hacia un mes que Estanislao estaba en la cárcel y aun no había sido interrogado por el juez encargado de la instrucción de su proceso. Aquel personaje pensaba, según se veía, que el asunto no corría prisa. Quizá se proponía condenar al preso antes de expulsarle como extranjero.

Tales eran, al parecer, los pensamientos del honorable magistrado, admitiendo que todos los magistrados son honorables, aunque hasta el presente nos haya sido imposible comprobar el hecho.

Durante ese tiempo, León, de aprendiz pintor, se había convertido en aprendiz cajista. Dormía en el cuarto de Giacomo, que le había instalado en un catre, y que le manifestaba un afecto fraternal.

—¡Qué buen corazón tienen estos revolucionarios, pensaba el niño. ¡Y pensar que se les mira como seres terribles!

Comprendía que precisamente por su buen corazón pueden ser terribles revolucionarios, inspirándose en el odio á la opresión y á los opresores.

Giacomo continuó dándole lecciones. Ya leía el niño corrientemente y comenzaba á escribir bien. Su nuevo amigo le había enseñado á levantar la letra de la caja y á componer algunos párrafos, y estos ejercicios, por los cuales se había apasionado el niño, contribuían á hacerle retener la ortografía usual de las palabras.

El tipógrafo volvió al Círculo Artístico Obrero acompañado de León. Este encontró allí á sus amigos Enrique, Pedro y Germana, quienes se esforzaron por afectuoso compañerismo en hacerle olvidar la prisión del pintor, á quienes ellos habían visitado también en compañía de sus padres y algunos amigos.

Pero ¿podía León olvidar al preso? El le había sacado de la ignorancia á que estaba condenado para convertirle en ser razonable, para abrir su cerebro á la vida de la inteligencia, y quien tanto bien le había hecho estaba encerrado en un calabozo como animal dañino, sometido á la vigilancia de guardianes insolentes y brutales, orgullosos de su autoridad y contentos por poderla ejercer cobardemente sin peligro.

Dos veces por semana visitaban al preso Giacomo y León, y cada vez, sea en un hueso, en la cubierta de un libro ó de otro modo se ingeniaba el tipógrafo para hacer pasar diferentes objetos á su amigo.

El preso había sido cambiado de celda, como temía. Aquel cambio le contrariaba mucho, porque había pensado que serrando un barrote de la reja

de su ventana, para lo cual había pedido una lima, y provisto de una cuerda podría saltar á la calle.

La realización de aquel plan se había imposibilitado, por lo que Estanislao se manifestaba contrariado, en vez de felicitarse, porque descendiendo de su ventana á la calle, era muy probable ser visto por un centinela que le hubiera matado de un tiro antes de llegar al suelo.

Vióse, pues, obligado á forjar un nuevo plan.

Su nueva celda estaba situada en otra fachada de la cárcel que daba á un patio interior, y la puerta se abría sobre un terradillo donde durante dos horas paseaban cada día los presos de las celdas inmediatas. Por encima, á una altura de tres metros y medio, sobresalía la cornisa del terrado.

Estanislao era de imaginación fecunda, y tuvo la idea más natural en un preso, la de reconquistar su libertad.

Al efecto elaboró poco á poco un plan que, aunque en cierto modo romántico, presentaba grandes probabilidades de éxito. Consistía, sencillamente, en salir de su celda en una noche oscura, saltar al terrado de la cárcel, saltar después al tejado de la casa de enfrente y luego, fuera de la vigilancia de los centinelas, deslizarse hasta la calle.

Para la realización de ese proyecto necesitaba indispensablemente varios útiles: primeramente cera blanca para tomar la marca de la cerradura; luego la llave, y, por último, una cuerda con un gancho para subir al terrado. Además era indispensable establecer una comunicación con la casa de enfrente,

porque de otro modo corría el fugitivo el riesgo de quedar sobre el terrado, donde los carceleros le hubieran sorprendido fácilmente.

Para la ejecución de ese plan contaba con la fiel amistad de Giacomo.

Por medio de un billete que le deslizó en la mano en el curso de una visita, le explicó su intento, y á la visita siguiente Giacomo le trajo en el cesto de las provisiones un trozo de carne con un hueso de respetables dimensiones. ¡Con extraña frecuencia recibía carne con hueso! En éste, en vez de médula, había una cuerda de seda, muy fina y asaz sólida, terminada por un gancho, con el cual, enganchado en el terrado, podría Estanislao trepar por la cuerda.

El objeto más difícil de pasar, dado su volumen y su peso, fué la llave, fabricada por un compañero en vista de la marca de cera tomada por Estanislao y pasada luego al tipógrafo. Dos veces, teniendo éste la llave en la manga, estuvo á punto de dársela al preso, y hubo de suspender el traspaso para no ser visto del impertinente vigilante; pero á la tercera, y mediante una hábil maniobra de León que se puso como por distracción delante de sus amigos, Giacomo deslizó con rapidez y naturalidad la llave en la manga de Estanislao, en un movimiento de brazos propio de la mímica de la conversación.

El buen niño comprendía que se trataba de una evasión. Veía los preparativos de Giacomo que, sin explicarle nada de los proyectos, porque no era ne-

cesario, le había recomendado que no dijera á nadie lo que se hacía en su casa.

León había sido discreto, primero porque había dado palabra de callarse, y luego porque juzgaba que la libertad de su amigo dependía en parte de su discreción.

Faltaba establecer una comunicación con la casa de enfrente de la cárcel, y he aquí cómo se arregló Giacomo:

Aquella casa formaba parte de una manzana cuyas casas tenían todas la misma altura, de modo que podía pasarse fácilmente de una á otra. Examinando cuidadosamente todas aquellas casas, halló una en que había un cuarto desalquilado, situado precisamente en el último piso, desde el cual había fácil salida al terrado. Además la casa era la más lejana de la cárcel y fuera de la vigilancia de los centinelas, lo que era una circunstancia recomendable.

Giacomo, que se apresuró á alquilar aquel cuarto, decidió subir al terrado la noche fijada para la evasión, y andando con precaución, porque la noche había de ser absolutamente oscura, llegaría delante de la cárcel, no hallándose separado de su amigo más que por el ancho de la calle, ocho metros apenas. Por su parte, el fugitivo, habiendo abierto su celda con su llave, habría saltado por medio de su cuerda al terrado del edificio.

Hallándose los dos amigos frente á frente, Giacomo lanzaría al terrado de la cárcel una piedra envuelta en algodón en rama para evitar el ruido de

la caída. Esta piedra, que iría atada á una cuerda, sería recogida por Estanislao, y sujeta fuertemente por ambos amigos en sus terrados respectivos quedaría tirante y resistente para permitir el paso del preso al territorio de la libertad.

Tal era el plan que Estanislao y Giacomo habían combinado, mediante su correspondencia clandestina, burlando la vigilancia del estúpido carcelero.

Faltaba asegurar su ejecución.



CAPÍTULO XX

La evasión

Siguiendo en sus peregrinaciones á Estanislao y León, hemos abandonado por completo á los padres de éste.

Hay una excusa para este abandono: los pobres eran de aquellos que no tienen historia; su vida era siempre la misma novela monótona de trabajo y miseria.

La partida de su hijo les había apesadumbrado: aquel hogar parecía más triste; entonces comprendieron el lugar que aquel niño ocupaba en su existencia.

Luego las cartas de Estanislao llegaban con algún dinero, y esto les hacía sentirse orgullosos de aquel hijo que, no teniendo aún nueve años comenzaba á ganarse la vida. Felicitábanse de haberle dejado partir con el pintor, y la tía Martín, habiéndose mostrado en un principio poco favorable á la partida, se sentía después más entusiasta que su marido al ver que las cosas tomaban tan buen aspecto.

A la sazón habían transcurrido cinco semanas desde que recibieron la última carta del pintor, y

este silencio prolongado les sumergía en la mayor inquietud. Antes Estanislao escribía á lo menos cada quince días.

—¡Qué le habrá sucedido! ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuraba el tío Martín invocando por costumbre aquel personaje imaginario que consideraba como una especie de gendarme gigantesco.

Y su mujer, con la más buena fe del mundo repetía día y noche:

—¡Bien te lo decía yo! No debíamos habernos separado de nuestro hijo.

Como sabe el lector, había un motivo perentorio para esta interrupción de correspondencia: la prisión del pintor.

Estanislao no quería declarar su situación á los padres de León, porque, ellos que no tenían la más mínima idea de rebeldía, qué hubieran dicho al saber que el compañero de su hijo era un revolucionario y que por serlo estaba preso? Quizá hubiesen hecho el viaje de Bardabas, á Bárcena ó se hubiesen dirigido á la policía para recobrarle.

Y eso precisamente era lo que el pintor no quería. Se había aficionado cada vez más á León, en quien había encontrado gran corazón y poderosa inteligencia, y deseaba hacer de él un ser fuerte, instruído y consciente. Si el niño volviese entonces á Bardabas, el propósito quedaría desvanecido.

Estanislao hubiera podido encargarse á Giacomo que escribiera en su lugar á la familia Martín inventando un pretexto; mas, aparte de por su rectitud rechazaba la mentira, pensaba que el cambio

de correspondencia hubiera inquietado aquellas pobres gentes y aun les hubiera hecho concebir sospechas. Por otra parte, contaba escaparse de la cárcel, y en lográndolo se apresuraría á tranquilizarlos.

De ese modo pasaron tres semanas; después, los preparativos de la evasión le absorbieron por completo, haciéndole olvidar aquel y otros muchos pensamientos.

León pensaba siempre en sus padres, á quienes amaba entrañablemente, y á quienes consideraba sumidos en la mayor tristeza. A medida que sus ideas se iban desarrollando, comprendía la enormidad de injusticia que pesaba sobre ellos: su vida limitada, sin alegría, sin objeto, sin ideal; vida de bestias de carga, trabajando incesantemente para otro, esperando resignadamente el descanso de la muerte. Y esos pensamientos llenaban de cólera su corazón de niño. Pensaba que una sociedad que condena así á tan buenas gentes á trabajos forzados y perpetuos y á la miseria, para enriquecer á hombres como Monpoignon y Godsilver, es realmente odiosa y ha de ser destruída como se destruye una alimaña, para sustituirla por otra sociedad en que los hombres trabajen razonablemente y vivan dichosos, libres y amándose recíprocamente sin mantener parásitos. Todo cuanto veía y oía en su derredor le confirmaba en la justicia de todo lo que le había dicho Estanislao y excitaba sus propios pensamientos. Ya no era el niño ignorante y cándido llegado de Bardabas: entraba en los nueve años y se había

desarrollado mucho más que otros muchachos de doce y trece.

¡Oh! ¡Cuando su amigo saliese de la cárcel, cómo se esforzaría en ayudarle en su trabajo de propaganda de ideas generosas. El también, en cuanto acabara de instruirse, en cuanto fuera suficientemente grande para ser tomado en serio, se dedicaría á la noble tarea de luchar por la libertad y la felicidad de todos. Enseñaría á los individuos la causa de su miseria; les haría comprender cómo asociándose los trabajadores, que son la inmensa mayoría, pueden vencer á sus explotadores y crearse otra vida.

¡Cuando Estanislao estuviera libre! Este pensamiento le hacía temblar con gratas sensaciones de cariño y esperanza. Aunque materialmente dichoso con Giacomo, á quien amaba cordialmente, no por eso disminuía el ansia impaciente que sentía por hallarse al lado de quien suscitó en él la vida de la inteligencia.

¡Estanislao, Giacomo! ¡Oh! ¡Si pudiera pasar su vida en medio de los dos!

El día, ó, por mejor decir, la noche fijada para la evasión se acercaba. El 2 de septiembre, cuando la luna por hallarse en la fase del novilunio no podía con su luz ser un obstáculo á los planes de nuestros amigos, fué designado para realizar la evasión.

Giacomo no había hablado á León, pero éste leía en el rostro serio del tipógrafo que se aproximaba el momento decisivo.

Hasta entonces el niño había sido la reserva per-

sonificada; pero, no pudiéndose contener, dijo á su amigo:

—Giacomo, ruego á usted que me lleve consigo para lo que intenta hacer.

—¿Qué dices? preguntó el joven entre admirado y receloso.

—Sí; ya sé que intenta usted librar de la cárcel á Estanislao. Comprendo que si le ha hecho pasar una porción de instrumentos es para servirse de ellos.

—¿Y después?

—Sencillamente, que si es preciso arriesgar la vida para ayudarle á salvarse, yo quiero arriesgarla con usted.

—¡Arriesgar tu vida! ¡Oh, querido niño!

Y Giacomo, profundamente conmovido, estrechó á León entre sus brazos.

—Te prometo, le dijo, que si necesito ayuda, tú serás el preferido.

En la noche del 2 de septiembre, de no recuerdo qué año, salió Giacomo, acompañado de León, y ambos se dirigieron al cuarto que aquél había alquilado. Por el camino se detuvo al doblar la esquina de una calle desierta, y se puso una barba postiza para no ser reconocido.

Entraron en la casa sin ser vistos de ningún inquilino. Giacomo escogió la hora en que suelen cenar todos y no se han levantado aún de la mesa.

Subieron rápidamente y sin hacer el menor ruido en la escalera y entraron en la habitación.

León, que entraba allí por primera vez, pudo ver

á la luz de una lámpara que encendió su compañero, diversos objetos que estaban ya preparados, especialmente una linterna, una cuerda larga y un paquete. Otra particularidad ofrecía aquel cuarto: que estaba completamente desamueblado.

Giacomo cerró la puerta con llave, después abrió la ventana. Esta se hallaba á menos de un metro bajo la cornisa del terrado y era fácil á cualquiera que fuera medianamente ágil subir á él, mucho más concurriendo la circunstancia de que la cañería de desagüe pasaba cerca de la ventana y servía de apoyo.

Verdad es que, si por desgracia llegara á ceder el tubo, causaría una caída mortal á la altura de sesenta pies.

El tipógrafo miró su reloj.

—Tenemos aún algunas horas. Duerme, hijo mío, yo te despertaré cuando llegue el momento.

—No tengo sueño, dijo León.

—Es posible, pero es preciso que te halles luego bien reposado, con el pie firme y la vista clara. Así échate aquí y procura dormir.

Y le designó el paquete, y al tenderse sobre él León sintió que contenía ropa.

Giacomo no durmió: repasaba en su imaginación todos los detalles del plan que había de tener cumplida realización.

Dió la una en el reloj de la cárcel.

Giacomo despertó á León.

—¡Arriba! dijo; ha llegado la hora.

—Estoy dispuesto, respondió resueltamente el niño.

El tipógrafo tomó el paquete de vestidos, lo ató sólidamente á un extremo de la cuerda, el extremo opuesto le rodeó á su cuerpo.

—Ahora voy á subir al terrado, explicó á su compañero. Siéntate sobre este paquete, teniendo la cuerda entre las piernas y bien sujeta con las manos y yo te subiré; será cosa de un segundo.

Giacomo cogió con los dientes el puño de la linterna, se abrazó á la cañería y, como había dicho, en un instante se halló en el terrado.

—¿Estás dispuesto? preguntó.

—Sí, respondió León; tengo bien cogida la cuerda.

—¡Arriba!

Y en un momento se hallaron los dos en el terrado.

Giacomo arrolló la cuerda; era larga: unos veinticinco metros; lo menos tres veces el ancho de la calle.

—Vamos, dijo el tipógrafo; toma esto.

Era la linterna; él se reservó el paquete y la cuerda.

Se pusieron en marcha, uno junto á otro, sin ruido, guiados por la luz de la linterna que alumbraba suficientemente su camino sin poder ser vista desde la calle, completamente desierta á aquella hora, y llegaron sin dificultad á la casa que hacía frente á la cárcel.

Giacomo se había hecho tan perfectamente cargo

de la disposición topográfica del sitio, que sólo emplearon cinco minutos en la excursión, aunque deteniéndose frecuentemente para orientarse.

El corazón de León latía con violencia, no de espanto, sino de la emoción que le causaba la idea de salvar á Estanislao, á la que se unía una alegría inmensa por contribuir á prestar un servicio á su amigo.

La evasión se había fijado á las dos de la madrugada, momento en que suele disminuir la vigilancia de los centinelas, en medio de la obscuridad y del silencio. Estanislao, que desde su celda oía tocar las horas, á la una y media abriría la puerta de su encierro y subiría al terrado de la cárcel. La pálida luz de la linterna de que se servía su amigo le serviría de guía para orientarse en frente de la casa desde donde le sería echada la cuerda.

Sonó la una y media. El pintor, que se había acostado vestido, se levantó sin hacer ruido; dispuso la almohada de manera que pareciera que había un durmiente, por si acaso á algún carcelero se le antojaba cerciorarse por una rápida mirada si el preso estaba en su sitio; y después, con infinitas precauciones y provisto de su cuerda de gancho, abrió la puerta de su celda, la cerró después, se guardó la llave y se deslizó sobre el terradillo.

A tientas en aquella obscuridad recorrió la pared hasta que llegó á un tubo vertical que se elevaba hasta el terrado; el tubo de gas corría hasta llegar á locales desocupados, situados en lo más alto del edificio.

Este tubo era poco resistente para que Estanislao intentara servirse de él para practicar una ascensión; pero en su contacto con la cornisa del terrado había un resalto, y á él tiró Estanislao el gancho de la cuerda, que quedó sujeto fuertemente á la primera vez.

Después de haber probado la resistencia de la sujeción de la cuerda, sobre la que había hecho algunos nudos para que le sirvieran de punto de apoyo, subió por ella á fuerza de puños, y pronto se encontró sobre el terrado.

La primera parte de su tarea estaba realizada felizmente.

Faltábale orientarse en medio de la obscuridad de la noche.

Al pronto no vió nada y en aquellas tinieblas experimentó una sensación de desvanecimiento. Poco á poco se acostumbraron sus ojos á la obscuridad, y acabó por distinguir algo muy vago que le parecía como el reflejo de una estrella.

Era la linterna de Giacomo.

Con la mayor circunspección, arrastrándose más que andando, avanzó el fugitivo hacia aquel punto, tanteando el terreno antes de aventurarse á dar un paso.

Por el aumento que á su vista tomaba aquella luz, aumento muy relativo, comprendió que había tomado buena dirección.

Faltaba indicar á su amigo el punto en que se hallaba para que tirase la piedra portadora de la cuerda que había de servir de puente salvador.

Estanislao sólo tenía dos medios: llamar ó hacer una señal visible en aquella obscuridad.

Llamar era alarmar á los centinelas; se decidió por el otro medio, y al efecto sacó una caja de cerillas, encendió una y la apagó rápidamente, después de hacer dos movimientos de subida y bajada.

Aunque aquello pareció un relámpago, bastó para conocimiento de Giacomo, quien respondió con su linterna haciendo el mismo movimiento.

En aquel instante sintió el golpe amortiguado de una piedra envuelta en cosa blanda que cayó á su lado. La cogió y tantó el cordel que tenía atado; tiró de él y llegó á sus manos la cuerda que le seguía.

Otra parte importante del plan se había cumplido. La cosa marchaba perfectamente.

Estanislao sujetó la cuerda al pararrayos de la cárcel, que se hallaba á poca distancia. Tiró luego de ella y sintió que Giacomo la tenía sólidamente sujeta.

Quedó establecida la comunicación entre los dos terrados. En aquel momento dieron las dos en el reloj de la cárcel.

Con ánimo decidido Estanislao comenzó á deslizarse horizontalmente á lo largo de la cuerda que estrechaba entre sus piernas. Debajo de él tenía el vacío; en la calle se paseaba lentamente un centinela con su fusil y bayoneta calada.

Por fortuna aquel hombre mecanizado, autómeta de carne y hueso, no oyó ruido alguno ni tuvo idea de levantar su estúpida y soporífera cabeza; aparte

de que en aquella obscuridad quizá no hubiera distinguido la sombra vaga de un preso que se cernía sobre él volando en busca de su libertad.

El paso de aquel puente aéreo duró unos tres minutos. Tres minutos de emoción tan intensa, de sensaciones tan diversas y tan profundas, que por sí solas superaban las que llenan la existencia de muchos seres amortiguados por la indiferencia y la rutina.

La cabeza del fugitivo tropezó con un obstáculo. Unas manos le cogieron, le arrancaron de aquella cuerda á que se hallaba pegado y medio aturdido se sintió sobre una base sólida: un niño le abrazaba y le besaba con cariño infinito, un hombre le estrechaba también contra su corazón.

Había llegado; estaba en salvo; era libre.



CAPÍTULO XXI

La Poesía

No nos detendremos mucho en explicar detalladamente cómo cambió Estanislao su traje por el que le había llevado Giacomo, siguió á sus amigos de terrado en terrado; llegaron al cuarto y bajó con ellos á la calle tranquilamente por la escalera.

Se consideró prudente que el fugitivo no prolongara su estancia en Bárcena, y después de haber examinado la situación con el tipógrafo, Estanislao resolvió ir á Dorman, pequeña república situada á veinte leguas de distancia, en cuyo territorio no se le buscaría.

Lo que más le decidió fué el deseo de conocer una colonia comunista que algunos compañeros habían fundado en un rincón del territorio dormaniense.

No era Estanislao, ni Giacomo tampoco, partidarios de esa clase de experimentos, porque juzgaban que los convencidos y enérgicos no deben retirarse á un rincón perdido y luchar en él contra toda clase de dificultades producidas por su falta de recursos, sino que por el contrario, han de tomar pose-

sión del mundo con las riquezas y medios de producción que los explotadores han acaparado.

No obstante, puesto que se presentaba la ocasión de visitar Tierra Libre, así se llamaba la colonia, tenía deseo de aprovecharla.

Dirigiéndose á León, le preguntó:

—¿Quieres continuar acompañándome?

—¡Siempre y á todas partes! respondió el niño resueltamente.

El joven pintor sonrió. De antemano estaba seguro de esta respuesta; pero no considerando á su compañero como una cosa inerte ni su propiedad, creyó deber consultarle. Si León hubiera preferido continuar en Bárcena con Giacomo, ó volver á Bardabas con sus padres, hubiera accedido á su deseo.

Pero el buen muchacho tenía vivos deseos de hallarse de nuevo en vida con Estanislao. Amaba mucho al tipógrafo y el pensamiento de dejarle le apenaba; sentía también amor profundo hacia sus padres y sentía vivos deseos de volver á verlos; pero por nada del mundo hubiera abandonado á su amigo.

Estanislao y León se despidieron de Giacomo, despedida afectuosa y sentida, y mientras el tipógrafo volvía á su modesta habitación del Marqués del Asalto, ellos se alejaron en la obscuridad de la noche, á través de la campiña dormida.

Caminaban absortos en sus pensamientos, el pintor pensando en lo que podría ser esa minúscula colonia libre á donde se dirigían; su amiguito, recor-

dando todos los cambios que se habían operado en su vida apenas comenzada desde el día que encontró á Estanislao en el camino de Matar: la pobre morada de sus padres, el palacio del conde de Godsilver, la tienda de Monpoignon llena el domingo de infelices bebedores, el curso de catecismo del cura Nocedal, la llegada á Bárcena ciudad enorme cuyo movimiento le asombraba, la última velada del Círculo Artístico Obrero, luego la prisión de su amigo mientras encontraba asilo en casa de Giacomo y, por último, la evasión que acababa de terminarse felizmente. Todos esos cuadros, todas esas escenas vividas cruzaban por su imaginación, admirándole; pensando: ¡Cuántos acontecimientos se habían acumulado ya en su corta existencia!

Continuaban marchando á buen paso, y poco á poco la campiña despertaba. Borrábase las tinieblas del cielo, que comenzaba á mostrar débilmente su color azul sobre las altas montañas orientales; el canto de los gallos resonaba como toques de clarín llamando á los campesinos á sus tareas ordinarias; un aroma de plantas y de flores silvestres subía de la tierra y se extendía por el aire embalsamando el espacio.

Estanislao respiraba con delicia aquel aire tan diferente del húmedo y pesado de la cárcel. Saliendo de tal sitio es como se experimenta una voluptuosidad penetrante y sana, abandonándose á las sensaciones de la vida amplia y libre que se extiende por el espacio sin límites y no conoce la tiranía del tiempo.

—Ves tú, exclamó el pintor, como respondiendo á su propio pensamiento; hay en la naturaleza una inmensa poesía que los hombres de hoy ignoran tú olvidan y que conocerán y no olvidarán jamás cuando sean libres.

—Sin embargo, observó León; los hombres de hoy escriben versos en que hablan del sol, de las estrellas y de las flores. ¿No es eso poesía?

—De diez veces nueve no. Los que escriben eso lo hacen frecuentemente por oficio, mecánicamente, sin sentir la belleza de las cosas de que hablan. Unos, los calificados de grandes poetas, tratan de dar la forma más original posible á sus versos ó de deslumbrar al lector por el contraste de las imágenes, más que de suscitar pensamientos ó sentimientos. Así se ve que después de haber hablado de pajarillos que susurran en los árboles, de blancas mariposas que revolotean destacándose en el azul del firmamento, harán resonar el trueno y celebrarán lo que osan llamar la gloria de grandes asesinos como César, Carlos V ó Napoleón. Otros, en mayor número, pobres rimadores sin talento, tratan de ganar, sea mucho dinero, sea un pedazo de pan, adulando los gustos y la ignorancia del público exaltando todas sus preocupaciones religiosas, sociales ó patrióticas, componiendo las necedades ó indecencias que se cantan en los cafés cantantes ó de que consta el llamado género chico que tan popularizado se halla. Esos tales son verdaderos envenenadores.

Y sin embargo en las grandes cosas que nos ro-

dean hay un manantial inagotable de impresiones dulces ó poderosas que vivifican el corazón del hombre. El que vive exclusivamente en los libros ó en el trabajo manual sin tomarse el tiempo necesario para contemplar la naturaleza, sin tratar de comprenderla, acabará por agotarse, por secarse. El exceso en todo es un defecto; recuerda bien esto. Así como no se puede mirar siempre al cielo azul ó al mar que se nos presenta sin límites y soñar, so pena de volverse impotente é inútil, tampoco debe agotarse el cerebro ó los músculos por un exceso de trabajo.

El crimen de la sociedad capitalista consiste en condenar á cientos de miles y millones de criaturas humanas á marchitarse en un trabajo insano y prolongado en el taller sin conocer jamás las alegrías del aire libre y de la hermosa campiña, sin poder reposar jamás su ardiente cabeza y su pobre y fatigado cuerpo bajo la sombra de los árboles, al susurro de las fuentes cristalinas y al dulce arrullo del cadencioso y armónico canto de las aves. Y por hallarse privados de esa natural felicidad una multitud inmensa de hombres van á aturdirse á la taberna donde pierden su dinero, su dignidad y su vida, ofreciendo fácil presa á la tuberculosis y á la anemia, extinguiendo en la galana juventud el brillo de la mirada, apagando sus saludables colores y borrando de su rostro la sonrisa de la intensa alegría.

Cuando se haya realizado la revolución social, y los seres humanos, libres de sus parásitos produzcan

suficientemente y para sí mismos, la verdadera poesía, el amor de la naturaleza y de la hermosura se despertará más intenso que nunca en el corazón de todos.

—Y entonces, preguntó León, se construirán indudablemente menos máquinas que ahora, ¿no es verdad?

—Ignoro qué nuevas máquinas inventará después el ingenio humano. La ciencia seguirá engrandeciéndose y producirá nuevos mecanismos, que serán necesarios para asegurar la producción de todo lo necesario á la humanidad. Lo que me parece verosímil es que ese desarrollo de la mecánica no perjudicará al espíritu poético; antes al contrario, le acrecentará transformándole. Cuando el hombre, gracias á nuevas y poderosas máquinas, pueda explorar el fondo de los mares, dirigir su ascensión á la atmósfera y cruzar desde las alturas los desiertos y las montañas heladas; cuando pueda desviar las cálidas corrientes oceánicas hacia comarcas antes frías y desiertas, llevándolas la primavera y la vida; cuando pueda comunicarse con los habitantes de otros planetas, como Marte, por ejemplo; cuando, por último, la felicidad y la libertad, que aún hoy no son más que huera palabras, sonrían á los humanos, sin distinción de raza ni de sexo, brotarán á raudales sentimientos purificados, infinitamente más poéticos, generosos y elevados que los actuales, y buscarán para expresarse un idioma de armonía y de belleza.

La poesía futura será esa lengua. Al principio,

oyendo gemir al viento, susurrar al arroyo, murmurar al bosque, aullar, mugir ó bramar la fiera, repercutir al eco, retumbar el trueno en mar y tierra, el hombre, por una rudimentaria imitación, creó su primera poesía y su primera música. De la plañidera melopea del salvaje al arte de nuestros días ha habido una incesante evolución; pues, sencillamente, esta evolución continuará.



CAPÍTULO XXII

República y Libre organización

Después de haber caminado durante tres días, Estanislao y León llegaron al territorio de Dorman. El pintor, como excelente andarín, hubiera podido efectuar ese trayecto en un día y medio, pero quería evitar fatigas á su compañero. Seis leguas y media diarias para un niño apenas de nueve años, era suficiente.

Felizmente, al ser prendido el pintor pudo ocultar en su calzado un billete del banco y una moneda de oro que constituía casi toda su fortuna. El resto, algunas monedas de plata y calderilla había sido retenido por el jefe de la cárcel.

Estanislao y su compañero pudieron procurarse lo necesario durante ese corto viaje, y aun reposar veinticuatro horas á su llegada á Dorcitat, capital de la pequeña república.

León había oído á algunos obreros de Bárcena asegurar que una república era la mejor forma de sociedad, que en ella existían la libertad, la igualdad y la fraternidad, ausentes del resto de la tierra. De

ello había sacado la conclusión de que la república sería lo que su amigo trataba de establecer.

Por eso no fué poca su sorpresa cuando á su llegada al territorio de Dorman vió, cerca de un poste que marcaba la frontera, un puesto de gendarmes.

—¡Cómo! ¿También hay gendarmes en una república? preguntó estupefacto á su amigo.

—¡Ya lo creo! respondió el interpelado. En una república hay gendarmes, verdugos, curas, polizontes, soldados, explotadores y otras cosas de ese jaez como en una monarquía.

—Pues entonces, ¿qué diferencia hay entre una república y una monarquía?

—Ninguna.

León quedó admirado y pesaroso, con un resto de duda y pensando que acaso su compañero exageraba.

Estanislao lo comprendió y prosiguió su explicación.

—La república, dijo, es una forma de sociedad en la que el poder, en vez de ser transmitido de padre á hijo por individuos titulados reyes, se supone ejercido por todos los habitantes de la nación. República ya quiere decir eso: la *cosa pública*, la cosa de todos.

—¿Y qué, no es eso un progreso?

—¡Espera! No hay que fiarse de las palabras. Ha habido repúblicas, como las antiguas repúblicas griegas, en que se contaba un hombre libre por diez esclavos; otras, como la república romana, que reducía á la servidumbre á la masa de población lla-

mada *plebe* sometida á una casta de patricios y que llevó á todo el mundo conocido la guerra, es decir, el pillaje y el asesinato.

—Eso eran malas repúblicas, declaró León.

—¡Espera todavía! Ha habido repúblicas, como las repúblicas italianas de la Edad Media, en que mandaban los señores y los curas y en que los mercaderes ricos hacían declarar las guerras que les convenían. Ha habido tres repúblicas francesas: la primera hizo guillotinar los mejores amigos del pueblo, los *hebertistas* y los *babouistas*; la segunda hizo ametrallar á los hambrientos en junio de 1848; la tercera ha hecho asesinar por el ejército de Versalles treinta y cinco mil parisienses que reivindicaban la libertad y las reformas sociales. Y no es eso todo: ha habido la república española, que engañó al pueblo con los grandes discursos de los políticos, que hizo fusilar obreros en Alcoy y bombardeó Cartagena, defendida por los que querían que la república fuera algo más que una burla. Hay la república de los Estados Unidos, donde explotadores milmillonarios son los amos y donde se queman vivos los negros. ¿Quieres que te hable de la República Argentina y de otras tan malas ó peores?

—Pero, preguntó el niño aterrado, ¿vale menos la república que la monarquía?

—No, replicó el pintor, porque ni la una ni la otra valen nada. La monarquía procede de una idea absurda é infame: la que afirma que los pueblos, como un rebaño de borregos, pertenecen á un amo.

La república es una mentira; porque no cambia

sinó las apariencias y conserva todas las instituciones de la monarquía. El amo, sea elegido ó hereditario, es siempre un amo, y el explotador republicano es tan duro como el que grita «¡viva el rey!»

—Entonces, ¿han sido inútiles las revoluciones que se han hecho para derribar reyes?

—No, una revolución hecha en nombre de la libertad no es jamás inútil, aun cuando se detenga en el camino y sea después acaparada por charlatanes. Gracias á las revoluciones pasadas, se ha disminuído en todos los países la autoridad de los reyes y se han llegado á conquistar hasta cierto punto algunos derechos como los de reunirse, hablar y escribir, que, aunque incompletos y precarios, permiten á los más conscientes ver hasta dónde se puede llegar. Si la primera república francesa apareció durante dos años como la libertadora del mundo, se debe á que en aquel momento se confundió con la revolución misma; no era, hablando propiamente, un gobierno.

Todos los gobiernos son más ó menos limitadores de la libertad humana; todos también sancionan y defienden la explotación de una clase por otra. Nuestro ideal es la libre organización, la ausencia absoluta de gobierno, el comunismo, que hará de la riqueza la propiedad de todos.

—¿Se llegará pronto á esa organización? preguntó León.

—Amigo mío, respondió sonriendo el pintor; no puedo decírtelo, porque yo no soy más ni menos profeta que otro cualquiera. Lo que sé porque lo en-

seña el estudio de la historia, es que una idea grande, bastante fuerte para suscitar adhesiones hasta el sacrificio heroico, y para cuya realización trabajan hombres de corazón en todos los países del mundo, ha de tener necesariamente tarde ó temprano su realización. Cuanto más trabajemos por ella más pronto será realizada.

Por lo pronto podemos hacer constar el progreso verificado. Antes la palabra libertarios servía únicamente para designar malhechores; hoy designa los hombres rectos, enérgicos y buenos que quieren fundar un nuevo mundo. Hace veinticinco años no existíamos apenas y se nos denominaba desdeñosamente «la media docena,» hoy nuestros grupos se cuentan por miles en todo el mundo; los martirizadores de presos y los matadores de pueblos comienzan á temblar mirando al porvenir: ven que se acerca el día de la liquidación social.



CAPÍTULO XXIII

La Justicia

Gracias á su actividad, Estanislao encontró pronto trabajo en Dorcitat.

La ciudad contaba unos diez mil habitantes, y, aunque los pintores no faltasen, todavía quedaba puesto para uno más.

En pocos días reparó la brecha que un mes de prisión hizo en su bolsa, y pudo enviar algún dinero á los padres de León al mismo tiempo que una carta en la que, sin decirles lo que había pasado, halló el medio de excusarse de su prolongado silencio.

Por el pronto aquellas pobres gentes se sintieron tan sorprendidos como dichosos.

El tío Martín reprochó suavemente á su mujer la desconfianza que había manifestado acerca de Estanislao.

—¡Mi desconfianza! exclamó la madre de León. Si es al contrario; yo siempre he dicho que el pintor es un excelente joven.

—¡Vamos, que no siempre has hablado así!

—Era porque el señor cura me había regañado

por haber dejado marchar á León antes de hacer su primera comunión, y me amenazaba con las penas del purgatorio. Pero ahora que hemos recibido dinero, compraré un cirio, le haré bendecir, y todo se arreglará.

El tío Martín exhaló un suspiro: parecíale aquel dinero hartó mal empleado; pero no quiso entablar discusión sobre aquel asunto. Bien sabía que su mujer tenía miedo del purgatorio y del infierno, en los cuales él no creía gran cosa; pero ella quedaría tranquila después de haber quemado su cirio.

Así, inspirando el vil sentimiento del miedo y explotándole después, viven los curas sin pensar ni fatigas. La venta de misas, velas y reliquias es un comercio más lucrativo que la abacería y la mercería.

En Dorcitat pudo convencerse bien León de que su amigo no había exagerado cuando le hablaba de la república. Le bastó para ello asistir una sola vez á una audiencia del tribunal, donde le condujo Estanislao, porque esas audiencias eran públicas, y muchos desocupados que no podían pagarse un asiento en el teatro asistían allí y se hacían la cuenta de que viendo juzgar tenían comedia de balde.

Era la primera vez que el niño penetraba en un pretorio, y después de haber franqueado la puerta, guardada por un matador de profesión, porque desgraciadamente se encuentran aún por todas partes, se vió en una sala bastante espaciosa llena de curiosos. A un lado, sentado en un banco entre dos guardianes armados, se hallaba un obrero de miserable

aspecto. En el fondo, detrás de una especie de mostrador, se hallaban tres hombres sentados, vestidos con negras vestiduras; el de en medio tenía la barba blanca y en el pecho ostentaba una cinta roja; los otros dos tenían patillas negras.

—¿Qué son esos? ¿Son curas, ó mujeres barbudas? preguntó León.

—No, respondió Estanislao. Son jueces; hombres como los matadores profesionales, los verdugos ó los polizontes, que el sexo masculino tiene el honroso privilegio de suministrar. Visten casi como los curas, á los cuales se parecen por sus costumbres y sus funciones, con la diferencia de que los curas condenan ó absuelven para una vida futura, en nombre de su dios imaginario, mientras que los jueces condenan en la vida presente, en nombre de un libro estúpido y bárbaro llamado Código.

—¿Quién ha escrito ese libro?

—¿Quién? Conquistadores, emperadores, reyes, amos, gobernando por el derecho del más fuerte ó por la astucia. Es decir, malhechores públicos. Ello es que lo han escrito ó hecho escribir por sus servidores. Pero escucha.

El presidente, es decir, el hombre sentado en medio, mandó con voz glacial al obrero sentado entre los guardianes que se levantara; le preguntó su nombre, edad, estado, profesión y domicilio. Cuando el interrogado hubo contestado con voz sorda, el juez añadió:

—A usted se le acusa de haber dormido sobre un banco en la calle del Pueblo Soberano, debiendo

saber que la vagancia está prohibida. ¿Qué tiene que exponer en su defensa?

—Sencillamente que no tengo domicilio. Mi casero me ha echado de la casa, y me he visto obligado á dormir en la calle.

—¿Y por qué ha echado á usted el casero á la calle?

—Porque no podía pagarle.

—¿Por qué no podía usted pagarle?

—Porque no tenía trabajo.

—Además se acusa á usted de haber injuriado al agente que le ha detenido.

—Usted dirá si podía yo estar contento de verme arrancado al sueño, mi único consuelo, y llevado á la prevención como un malhechor, después de haber trabajado honradamente toda mi vida.

—El tribunal apreciará.

—El presidente se inclina hacia los otros dos jueces, sus asesores; consulta con ellos un instante, y dice:

—Seis días de prisión... ¡Otro!

—He ahí, murmuró Estanislao al oído de León, una cosa que hará brotar en el corazón de ese pobre obrero un poco de odio contra el régimen social.

Al segundo procesado, que entró por una puerta del lado para sentarse también entre los dos guardianes, se le inculpaba de haberse hecho servir una comida en un restaurant, y de haber dicho luego al dueño: «Ahora hágame usted prender, si quiere, porque no tengo un céntimo para pagar.»

—¿Por qué hizo usted eso? preguntó el juez.

—Porque tenía necesidad de comer, como la tiene todo hombre, y consideré que era preferible eso á atracar al primero que se presentase al volver una esquina pidiéndole la bolsa ó la vida.

—Cuatro días de prisión y veinte pesetas de multa, sentenció el presidente.

Tocó en seguida el turno á otro procesado de género diferente; era un hombre bien vestido, sentado, no entre los guardianes, sino en la primera fila de los asistentes, quien declinó su nombre, Víctor Mast, y su cualidad, contratista de obras.

—Señor, le dijo el juez empleando por primera vez este calificativo; á usted se le acusa de haber roto el bastón sobre las costillas de un obrero que reclamaba su jornal. A petición suya se le ha citado á usted.

—Señor juez, respondió el acusado; ese obrero es un tunante que quería robarme y me amenazó con la justicia. Por lo demás mi abogado explicará el asunto mejor que yo puedo hacerlo.

Y aquel patrón, que si no era muy elocuente era astuto y tenía dinero de sobra para poder pagarse un abogado hábil, se sentó, dejando á su defensor explicar el asunto á su manera, quien declaró que Víctor Mast, viendo á su obrero hacer ademán de pegarle, se consideró en el caso de legítima defensa. El tribunal, en su alta sabiduría, apreciará los hechos y no excitará la rebeldía de los obreros contra los patronos.

Los jueces acogieron aquel discurso por signos apenas perceptibles de aprobación. El público ho-

menaje tributado á su sabiduría fué de su agrado, por lo que el contratista fué absuelto y el obrero condenado en costas.

—Esto, dijo Estanislao á su amigo de modo que lo pudieran oír los que se hallaban cerca, enseñará á ese obrero á hacerse justicia por sí mismo en vez de implorarla á los magistrados. ¿No has visto y oído bastante?

—¡Oh, sí; vámonos! Creo que me pondría malo si permaneciéramos más tiempo en esta casa abominable. Este es el Palacio de la Injusticia y no el de la Justicia.

Salieron de aquella casa del crimen, donde unos hombres vestidos de una manera particular para imponer respeto condenan con imponente solemnidad á desgraciados, víctimas de la sociedad, y absuelven á los explotadores.

Una vez fuera respiraron con satisfacción el aire libre.

León, profundamente impresionado por lo que había visto y oído, permanecía silencioso; la melancolía se reflejaba en su rostro.

—¿En qué piensas? le preguntó su compañero.

—En lo que se llama la justicia, respondió el niño. ¿Qué es la justicia? ¿Existe?

Estanislao permaneció un instante silencioso: buscaba las palabras más apropiadas para hacer comprender su pensamiento á aquel niño de nueve años.

—La justicia no es una especie de divinidad reparadora y vengadora del mal, como se la imaginan

todavía muchos individuos influídos por la enseñanza religiosa; es sencillamente el equilibrio, la armonía ó la concordancia de los intereses.

En la sociedad presente todos los intereses, el del patrón y el del obrero, el del vendedor y el del comprador, el del gobernante y el del gobernado están en contradicción y en luchas perpetuas; en tales condiciones la justicia no puede existir, y no puede pedirse ciertamente á los jueces, defensores del orden de cosas actual.

Por el contrario, en una sociedad en que todo sea de todos, los individuos tendrán el mismo interés en producir, y no podrá haber conflictos entre gentes que trabajen y gentes que hagan trabajar por su beneficio exclusivamente personal. Cuando la propiedad individual desaparezca, desaparecerá con ella una multitud de males y de crímenes. ¿No es mejor impedirlos que castigarlos?

Del mismo modo, la eliminación de la autoridad hará desaparecer también la opresión de los unos, el cobarde servilismo de los otros, los odios, las rebeldías sangrientas, las guerras. No habrá indudablemente la perfección absoluta, porque entre los seres humanos hay diferencias de temperamento y de gustos, como hay también enfermedades que producen desarreglos del entendimiento y de la voluntad que causen actos perjudiciales, pero los que las padezcan serán una ínfima excepción, y como no tendrán fuerza para imponerse á toda la sociedad, como lo hacen actualmente los gobernantes y los capitalistas, todo quedará reducido á ponerlos

fuera de estado de causar daño. En lugar de matarlos ó de martirizarlos, se les cuidará como inválidos ó como enfermos y se procurará su curación.

He ahí el concepto que nosotros tenemos de la justicia. Ya ves que no tiene nada de común con la de los magistrados.

—Efectivamente, respondió León.



CAPÍTULO XXIV

Una colonia libre

Después de haber permanecido tres meses en Dorcitat, por haber encontrado un trabajo relativamente remunerador, con cuyo producto podría emprender mayores viajes, Estanislao puso en práctica su proyecto de visitar la colonia libre.

En día y medio llegaron allá los dos amigos, porque la república de Dorman era infinitamente más pequeña que la de los Estados Unidos: apenas comprendía cuatro mil kilómetros de superficie, y en aquel microscópico Estado y bajo la forma republicana se encontraban las mismas ambiciones, las mismas vanidades y los mismos deseos de mandar y de explotar á sus semejantes que en las grandes monarquías. Estanislao no podía menos de pensar que los insectos humanos, átomos perdidos en el infinito del universo, son muy ridículos, más ridículos, á pesar de su desarrollo cerebral, que los animales primitivos sus antepasados.

Tierra Libre, situada á diez leguas al norte de Dorcitat, se extendía en un perímetro irregular de veintisiete kilómetros. El terreno, llano y mediana-

mente fértil, había sido abandonado á los comunistas porque el Estado no sacaba de él ningún beneficio. Sin embargo, estaba atravesado por un río bastante ancho, ventaja muy apreciable, porque siendo abundante en pesca, suministraba bebida, riego y alimento, sirviendo además de medio de transporte de productos que los colonos iban á vender en los mercados vecinos, de donde volvían con instrumentos y semillas.

Los primeros colonos, que llegaron con escasos recursos, instrumentos y herramientas rudimentarios y algunos pobres sacos de semillas, tropezaron con dificultades enormes para hacer que al cabo de seis meses produjese cosechas aquel país ingrato. Tuvieron que luchar contra el terreno, roturarlo, modificar su naturaleza por la aplicación de tierra vegetal y de abonos. En los primeros tiempos vivieron al raso, luego construyeron tiendas ó barracas, y después de muchas fatigas mejoraron las cosas y aumentó el número de colonos. Algunos, desanimados, se fueron, pero llegaron otros, y á la sazón su número se elevaba á treinta y dos, de los cuales doce mujeres y seis niños. Además la colonia recibía visitantes, á los cuáles se ofrecía hospitalidad, comida y habitación á cambio de colaborar á su voluntad en los trabajos de la comunidad, y como este trabajo, principalmente agrícola, se hacía á gusto, era para la mayor parte de ellos una novedad, un recreo, un ejercicio higiénico; no se negaban á hacerse cavadores, albañiles, jardineros ó labradores; era la aplicación de la máxima comunista: «de

cada uno según sus fuerzas, á cada uno según sus necesidades.»

Tales eran los informes que de una manera general obtuvo Estanislao en Dorcitat y los que directamente y en detalle le dieron los mismos colonos, quienes recibieron á los dos amigos con toda fraternidad.

El decano de edad de la colonia, Enrique Senect, lleno de vigor á pesar de su barba blanca y sus cincuenta y ocho años, dió la bienvenida á los recién llegados, y, como no estaban cansados, les hizo recorrer todo el territorio de Tierra Libre.

Las casas en número de una quincena, comprendiendo los almacenes generales y una casa destinada á los visitantes, eran en general bonitas y sanas. Las primeras, construídas apresuradamente con barro, guijarros y tablas, fueron derribadas para ceder el puesto á otras compuestas de ladrillos, tejas y demás materiales correspondientes, con piso bajo y principal, rodeadas de hiedra y otras plantas trepadoras, y situadas cada una en medio de un bonito jardín, siendo suficientemente capaces para la comodidad de sus habitantes, considerando que es un error la creencia de que en el comunismo se amontonan los individuos unos sobre otros, ahogando toda libre expansión; y al mismo tiempo estaban suficientemente aproximadas para prestarse auxilio en caso necesario.

Cada familia ó individuo aislado podía entretenerse en cultivar á su capricho un trozo de terreno, produciendo en él rosas ó rábanos. Pero la gran

propiedad nutritiva, los campos, eran comunes. Todos, por acuerdo unánime, habían fijado el programa y la distribución del trabajo, y lo ejecutaban como hombres conscientes que obedecen á su razón y no al mandato de un amo.

Sentíase allí uno en un medio bueno y sano, muy diferente de la sociedad burguesa, donde todo es hipocresía, envidia, cobardía y traición. Estanislao y León sentían dilatarse su corazón y un aire más puro llenaba sus pulmones.

Y cuando después de haberse paseado con Senect por los campos bien cultivados, habiendo visitado los talleres, la fragua, los almacenes generales, donde estaban colocados ordenadamente los productos del trabajo común, y donde cada uno tomaba libremente lo que necesitaba, Estanislao y León entraron con su guía en el comedor, sólo vieron rostros sonrientes y dichosos.

Los habitantes de Tierra Libre, no reconociendo amos, leyes ni reglamentos, comían individualmente ó en común, como les agradaba más, prefiriendo generalmente comer en la sala común, en mesas donde, reunidos por grupos de afinidad de carácter y de temperamento, alegraban la comida con la conversación. Algunas veces cantaban individualmente ó en coro, y con frecuencia, una joven música, llamada Florencia Romana, recientemente llegada á la colonia, tocaba en su bandolina piezas alegres ó de sentimiento.

—Cuando la colonia sea más rica, dijo Senect al pintor, comprará un piano que servirá para nues-

tras fiestas. No todos aquí son aficionados á la música, pero, no obstante, esta adquisición no tendría oposición, porque los contrarios á la música reconocen á los demás el derecho de tener gustos diferentes y satisfacerlos. Por lo general hemos dado la prioridad á lo útil sobre lo agradable, por lo que hemos formado ante todo una biblioteca, que cuenta con más de quinientos volúmenes.

Todos los colonos acogieron á Estanislao y á León como hermanos. El niño se extasiaba en una felicidad tranquila, y repetía á su amigo:

—¡Al fin hemos encontrado una sociedad perfecta!

El joven pintor, oyendo ese grito de entusiasmo, sonreía dulcemente sin contestar.

Nuestros viajeros permanecieron dos semanas en Tierra Libre. Quizá los bellos ojos de Florencia Romana contribuían á retener á Estanislao en la colonia, porque se hallaba en la edad en que el corazón se abre á tiernos sentimientos, y el joven no había declarado, como los curas, guerra á la vida, á la belleza y al amor

Durante su estancia, Estanislao y León intervinieron en los trabajos de la comunidad. El primero no se limitó á cavar la tierra y á trabajar la madera: habíase abierto un embrión de escuela, donde un colono, exprofesor, enseñaba rudimentos de ciencia á los niños y nociones menos rudimentarias á los adultos. Estanislao explicó un curso de geografía por la mañana y de geometría por la tarde.

En su compañía León se había hecho un sabio. No sólo leía bien, sino que escribía correctamente;

conocía tres reglas de las cuatro, esperando los quebrados y las raíces cuadradas ó cúbicas. Sabía que el hombre no había sido creado con un puñado de barro, sino que descende de una larga serie de animales que le han precedido sobre la tierra, y que se han ido modificando continua é insensiblemente durante el curso de millones de años. Sentíase capaz de discutir con el cura Necedal si aquel ignaro impostor se le pusiera delante para imponerle la creencia en el misterio de la trinidad.

Esa ciencia no le hacía orgulloso, y no le impedía, después de haber suministrado espontáneamente una cantidad de trabajo apreciable ayudando al jardinero, entregarse á diversos juegos infantiles con los niños de la colonia. En resumen se sentía feliz.

—¿Qué os parece la vida en nuestra comunidad? ¿Os gusta? ¿Quisierais ser de los nuestros? preguntó una noche Senect á sus huéspedes.

Hallábanse en el refectorio donde los colonos acababan de cenar, y como la pregunta fué hecha de modo que la oyeran todos, las miradas se fijaron en Estanislao.

El pintor, con su amable sonrisa, respondió:

—Amigos míos, voy á hablaros con toda franqueza, aunque mis palabras no sean completamente de vuestro agrado.

—Escuchamos, dijo Senect.

—Pues, aunque declarando que vuestro medio es infinitamente superior al infame medio burgués, quiero volver á él.

Los colonos se miraron sorprendidos. Estanislao continuó:

—Vuestra colonia atestigua un esfuerzo sincero, valeroso y perseverante, pero no resuelve la cuestión social. Sois treinta y dos, y hay millones de seres humanos en la tierra; el éxito de vuestra empresa queda ahogado en la masa de miserias y de desfallecimientos desesperados. Los revolucionarios queremos trabajar para la masa humana, y para ello, por penoso que sea, hemos de permanecer en medio de ella; no podemos aislarnos y abandonarla.

Además, hablando del éxito: ¿es un éxito vuestra obra? Para obtener este rincón de terreno en que vivís relegados, habéis tenido que tratar con el Estado; lo que os ha dado puede quitároslo si vuestra obra le hace sombra un día.

Al llegar aquí casi desprovistos de medios de producción, habéis tenido que trabajar enormemente para obtener lo preciso para vivir. Lo que habéis recogido así, lo hubierais recogido centuplicado si hubierais poseído los instrumentos, las materias primeras y cuanto poseen los capitalistas, merced al trabajo de los desgraciados á quienes explotan.

Ese conjunto de cosas hemos de tomarlo á los parásitos. Entonces sí que podremos crear verdaderos paraísos, donde se hallará reunido todo lo que encanta y embellece la vida y eleva al hombre. Vuestra colonia es una obra respetable, pero no puede ser más que un pálido bosquejo del ideal. Alejados de la vida, del movimiento de las masas, del choque

de las ideas, acabaréis por olvidar el mundo, y, después de haber sido ardientes revolucionarios, acabaréis por ser demasiado reposados y pacíficos. Y lo cierto es, bien lo comprendéis, que ha de conservarse el odio á la injusticia y el vigor de la pasión para destruir el mundo burgués.

Os dejo porque siento en mí la fuerza del combatiente y no quiero debilitarme. Os dejo con sentimiento, expresándoos gran afecto y aprecio, y si algún día me siento agotado y cansado vendré á buscar reposo y consuelo á vuestro lado. Ahora vuelvo á la lucha. ¡Compañeros, salud!

Y á la mañana siguiente Estanislao salía de la colonia, acompañado de León, más decidido que nunca á seguirle adonde quiera que fuese, aunque sintiendo también separarse de sus amiguitos los niños de Tierra Libre.



EPÍLOGO

Durante meses y meses viajaron nuestros amigos, recorriendo una parte de Europa, Marruecos y Argelia.

Aquel niño que antes conocimos tenía ya diez años y en lo físico representaba catorce, y mucho más en lo moral, porque hay seres que se desarrollan precozmente, y otros que, hombres hechos, permanecen siempre siendo niños.

Un día, sin previo aviso, se presentaron en Bardabas, y los esposos Martín quedaron extáticos de admiración y alegría reconociendo en aquel mozo alto y robusto, algo moreno por efecto de los viajes, á su hijo que los estrechaba entre sus brazos, y los besaba filial y cariñosamente.

No podían al principio dar crédito á sus ojos; pero hubieron de rendirse á la evidencia y gozar aquella inmensa felicidad: era León aquel hermoso joven que tenían en su presencia.

Estanislao les contemplaba sonriendo.

—Me confiaron ustedes un niño, les dijo, y les devuelvo un hombre que pensará por sí mismo y defenderá su dignidad, su libertad y su felicidad contra todos los que quieran engañarle, dominarle ó explotarle.

El tío Martín tuvo un rayo fugaz en la mirada: comprendía lo que aquello significaba, entreveía las enseñanzas que el pintor había dado á su hijo, y pensó que el joven pintor tenía razón. ¡Ah! ¡si él mismo no hubiera tenido demasiada edad para reformar su vida! Comprendió que la generación nueva ha de instruirse y es la que ha de venir con un nuevo ideal, con nuevos bríos y poderosos entusiasmos.

La madre de León no se atrevió á preguntarle si se había preparado ya para la primera comunión. Comprendió que había vivido nueva vida y que era imposible volver á la antigua.

Además, el cura Nocedal había tenido historias repugnantes á su cargo, á consecuencia de las cuales sus superiores, para evitar el escándalo, que tanto teme la Iglesia, tuvieron que cambiarle de residencia. Ello quebrantó un poco la confianza de aquella pobre mujer en los curas.

Estanislao, que á la sazón juntaba á la industria de pintor, la de fotógrafo ambulante, permaneció dos semanas en Bardabas, lo que le dió ocasión de ver el entierro del conde de Godsilver, que murió de indigestión. Esos hombres adinerados tienen gustos groseros y vulgares y por ellos revientan.

Fué después á Bárcena, seguro de que, con el tiempo transcurrido desde que se escapó de la cárcel, nadie se acordaría ya de él. Por precaución además modificó el corte de sus cabellos y de su bigote y cambió de nombre. Con eso había de sobra para despistar la policía de Bárcena, que se distingue por su estupidez y brutalidad.

León partió con su amigo: no podía vivir sin él. Regocijábale la idea de volver á ver á Giacomo, con quien Estanislao había cambiado frecuente correspondencia. También había tenido noticias de sus amiguitos del Círculo Artístico Obrero, Pedro, Enrique y Germana. Sin duda volvería á verlos si la cosa no era muy imprudente, á causa de Estanislao, cuya presencia en Bárcena había de pasar sin ser notada.

Gran dicha fué para los dos amigos Estanislao y Giacomo encontrarse. Seguía viviendo en la calle del Marqués del Asalto, donde después de trabajar para su clientela, imprimía manifiestos revolucionarios exhortando á los oprimidos á la rebeldía, ó folletos explicando sus derechos á los trabajadores, literatura que produce excelentes resultados.

Había, sin embargo, un cambio en la vida de Giacomo: una compañera compartía con él la vida de trabajo y de propaganda. Esta compañera era Colombina Terna, la joven que cantaba tan bien en el Círculo Artístico, y un niño que reposaba en una cuna consagraba su unión libre y leal.

León ya no es un niño, es un adolescente de dieciséis años, amigo y además asociado de Estanislao Loupinsky. Juntos han viajado mucho y á todas partes han llevado la buena palabra revolucionaria, diciendo á los explotados que son el número, que pueden ser la fuerza si se unen y que por miserables que sean su suerte está en sus manos.

Varias veces han vuelto á visitar á sus amigos de Tierra Libre, y cada vez les han encontrado buenos,

hospitalarios y fraternales, pero progresando poco en número y cada vez más extraños á la vida del mundo que les rodea y que en un momento puede ahogarlos. Algunos, por efecto de la calma y del aislamiento, habían llegado hasta el exceso de indulgencia de perdonar á la sociedad burguesa.

Por eso los dos amigos visitantes se separaron de ellos cordialmente, como se separan los amigos, para lanzarse á la lucha con todas sus fuerzas contra la autoridad y la explotación.

En esa lucha están y continuarán seguramente sin desfallecer, hasta que la muerte ponga término á su existencia ó hasta que á los golpes de los atrevidos luchadores vean hundirse la sociedad presente, culpable de subyugar, en medio de la riqueza y de la ciencia, á tantos seres humanos bajo el peso de la miseria y de la desesperación.

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
CAPÍTULO I.—La familia Martín, el tendero Monpignon y el conde de Godsilver.	5
— II.—Las preguntas de León Martín	12
— III.—Los Charlatanes.	16
— IV.—El Catecismo.	21
— V.—Justicia de Polichinela	28
— VI.—Las angustias de León	33
— VII.—Un encuentro feliz	37
— VIII.—Un hermoso proyecto.	46
— IX.—León comienza su aprendizaje	51
— X.—Los matadores de hombres.	60
— XI.—La partida	64
— XII.—El Cielo.	69
— XIII.—Camino de Bárcena.	73
— XIV.—Solidaridad.	79
— XV.—Máquinas, Trabajo y Riqueza.	86
— XIV.—Estancia en Bárcena.	95
— XVII.—Una velada en el Círculo Artístico Obrero.	101
— XVIII.—En la Cárcel.	111
— XIX.—Preparativos de evasión.	118
— XX.—La evasión	124
— XXI.—La Poesía.	135
— XXII.—República y Libre organización.	141
— XXIII.—La Justicia	147
— XXIV.—Una colonia libre.	155
Epílogo.	163

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la **Escuela Moderna**, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

Cartilla. Primer libro de lectura.

Aventuras de Nono. Segundo libro de lectura.

Patriotismo y Colonización. Tercer libro de lectura.

Cuaderno Manuscrito. Pensamientos humanitarios.

Origen del Cristianismo. Cuarto libro de lectura.

Epítome de Gramática Española, por Fabián Palasi.

Resumen de Historia de España, por Nicolás Estévanez.

Compendio de Historia Universal, por Clemencia Jaquinet.

Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.

Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.

Nociones de Idioma Francés, por Leopoldina Bonnard.

La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Javal.

Geografía Física, por el Dr. De Buen. Prefacio de Eliseo Reclús.

León Martín, por C. Malato.

Cantos de la Escuela Moderna

Los Juguetes. Letra de N. Estévanez. Música de A. Codina.

¡Empecemos! Letra de F. Salvochea. " " " "

La Vida. Letra de Jaime Bausá. Música de Pedro Enrique de Ferrán.

Próximas á publicarse

Botiquín escolar, por el Dr. Martínez Vargas.

Nociones sobre las primeras edades de la humanidad, por J. Engerrand.

La Psicología Étnica, por Ch. Letourneau.

En preparación

Aritmética, Geometría y otras.

Para cada volumen 2 pesetas. Cartilla y Cantos 1 pesetas. A los señores corresponsales 25% descuento. A los envíos del exterior se carga el franqueo. A las escuelas descuento especial.

BOLETÍN DE LA ESCUELA MODERNA.—Publicación mensual, á excepción de Julio y Agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas

ESQUEMA MODERNA
1950-1951

